

Averno

Gabriel Jiménez Emán

Fundación Editorial

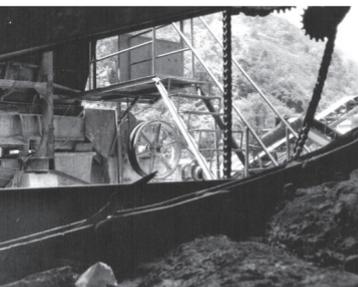


elperroylarana

COLECCIÓN

Páginas Venezolanas

serie CONTEMPORÁNEOS



© Gabriel Jiménez Emán
© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2018 (digital)
1.a edición impresa, 2006

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de la Colección

Carlos Zerpa

Foto de portada

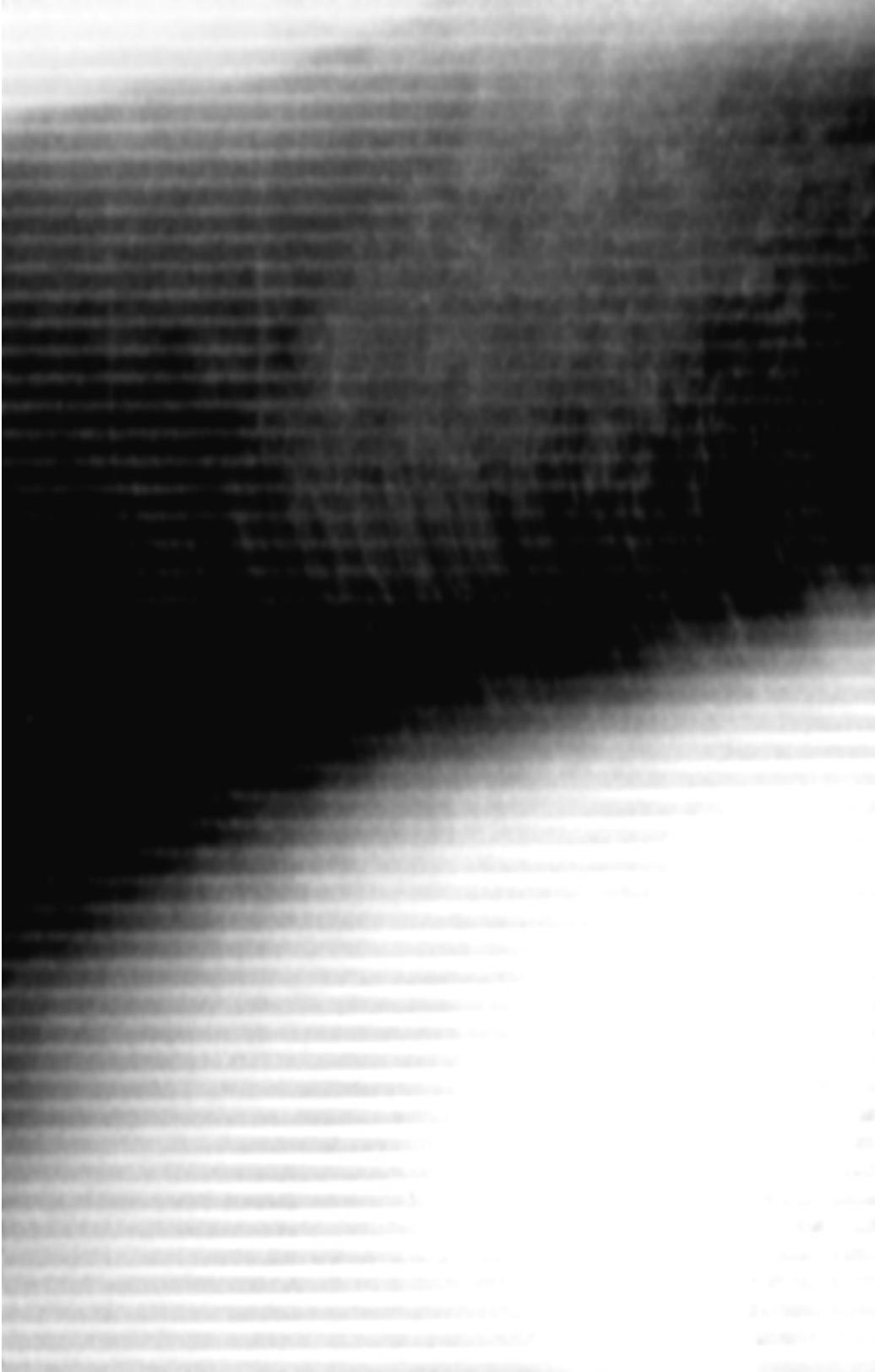
Gabriela Schenner

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2018001132
ISBN 978-980-14-4216-5

COLECCIÓN *Páginas Venezolanas*

La narrativa en Venezuela es el canto que define un universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra —a través de sus cuatro series— las páginas que concentran tinta como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.

*La serie **Clásicos** abarca las obras que por su fuerza se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana; **Contemporáneos** reúne títulos de autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer rezumar de sus palabras nuevos conceptos y perspectivas; **Antologías** es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren senderos al deleite y la crítica; y finalmente la serie **Breves** concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*



Averno
Novela ecológica en tiempos globales
Gabriel Jiménez Emán

*¡Oh insensato interés de los mortales,
cuán defectivos son los silogismos
que abaten a tus alas mundanales!
Quién tras derechos, quién tras aforismos
andaba, y quién siguiendo sacerdocio;
quién reinó con sofisma y despotismos;
quién el robo, o en civil negocio,
quién de la carne en el placer disuelto
se fatigaba, y quién se daba al ocio,
cuando de todas estas cosas suelto,
con Beatriz me estaba yo encielado
y por gloriosa recepción envuelto.*

DANTE ALIGHIERI
Canto IX “El Paraíso”

*Para los que meten miedo con el zamuro atómico
recordándonos que las luchas de liberación
pueden provocar una espantosa catástrofe
yo les digo he aquí mis bienes terrenales
tres litros de aire de capacidad pulmonar
medio siglo de burocratismo soviético
y dos mil años de crímenes sucesivos
entonces no tengo mucho qué perder
señores de la guerra por mi parte
pueden ir apretando los botones*

VÍCTOR VALERA MORA

Capítulo uno

Cuando Juan Pablo Risco nació, un catorce de febrero en la Maternidad Concepción Palacios de Caracas, estaban dinamitando el retén de Catia, una cárcel famosa por tener el mayor número de presos hacinados en todo el país. Pocos meses antes, esa cárcel había sido visitada por el papa Juan Pablo II, y el pontífice vio cómo los presos lo saludaban desde las ventanas de las celdas con gestos alegres y agradecidos. A casi todos les habían pagado para hacerlo, y otros habían sido obligados a punta de pistola a saludar con pañuelos de colores.

El presidente de la República había invitado al espectáculo de la voladura del retén a representantes del clero, las fuerzas armadas y la cultura. Lo más curioso del evento fue el discurso leído por un pintor que antaño había sido de la izquierda radical, y ese día gagueaba sílabas incongruentes frente al micrófono. A pocas cuadras de las ruinas del retén se alzaba un museo con el nombre de ese pintor y por allí cerca también estaban apuñalando a un hombre para robarle la billetera, mientras unos mendigos gemían en las aceras y unos borrachos vomitaban cerca de la estación del Metro. Un poco más allá el hospital general de Catia reventaba de ancianos moribundos, y todo ello contribuía a consolidar la verdad de que Catia era el grande, el verdadero

infierno de la ciudad, en el que las gentes más avispidas se pasaban la vida haciendo trácalas para sobrevivir, canjeando todo por todo a lo largo de las calles, o en el bulevar por donde circulaban hedores de orín y cagarrutas de perro, de basura vieja y comida podrida.

En el momento de parir a Juan Pablo, su madre tenía el vientre inflamado dos veces al tamaño normal. Entonces tuvieron que practicarle una cesárea luego de haber pujado y llorado. Pudo ver la criatura en las manos del médico, y no dudó ni por un momento de ponerle el nombre de pila del Papa, a quien tanto admiraba. En la maternidad Concepción Palacios había un calor sofocante ese día, que recrudecía los olores de los fármacos y procreaba en los pasillos un bochorno irrespirable. Las enfermeras y camilleros transpiraban sobre los pacientes un sudor grasoso, y los doctores sobrevivían en sus cubículos rodeados de aparatos vetustos de aire acondicionado y miriñaques clínicos, mientras esperaban las demás consultas de rutina.

Nadie acompañó a María José, la madre de Juan Pablo, la noche en que fue dada de alta en la maternidad. Tomó ella sola a su criatura, y la cargó hasta la estación de autobuses. Una vez dentro del vehículo se dio cuenta de que había olvidado su cartera en la maternidad, y no pudo pagarle al chofer. Pero no se devolvió; siguió en el bus hasta Gato Negro, donde se detuvo y tomó fuerzas para subir una cuesta de ocho cuadras con el recién nacido en brazos, envuelto en pañales sucios. Cuando entró al vecindario, amigas y solteronas conocidas se acercaron para ayudarla, pero ella no se dejó quitar la criatura de los brazos. La acostó en el único colchón de la casa y luego se echó a llorar de alegría. Las vecinas la abrazaron y los maridos de esas vecinas fueron por botellas de ron para iniciar la fiesta. El rancho de María José fue una sola fiesta hasta el amanecer, y el niño no podía descansar, así que éste comenzó a chillar y entonces María José conoció, al poner el pezón de la teta en la boca del bebé, la incomparable felicidad de estar alimentando por primera vez a una criatura nacida de sus propias entrañas.

La infancia de Juan Pablo transcurrió en aquel vecindario de Gato Negro. Dio sus primeros pasos en una placita cercana, y apenas pudo andar comenzó a corretear tras las palomas. Su madre estaba asombrada de cuánta velocidad había podido desarrollar el niño en unos pocos días, cuando se afanaba en ir tras las aves color ceniza. Una vez un pichón se paró en la cabeza del niño y le cagó copiosamente; entonces el chico cayó sentado frente a la estatua de Bolívar. María José estuvo

contenta porque aquello significaba que su hijo iba a tener buena suerte durante toda la vida.

Pero no fue así. Apenas tuvo uso de razón a los cinco años, Juan Pablo comenzó a padecer de jaquecas que le impedían concentrarse en las cosas. Su comportamiento era aparentemente normal, pero los dolores de cabeza lo descentraban y lo hacían divagar, y luego delirar. Durante todo un año Juan Pablo no hizo sino garabatear líneas y colores sobre cualquier superficie, y la verdad es que casi todo el mundo veía en ellas una belleza preocupante. Su madre le adornaba el cuarto con sus propios dibujos y luego los mostraba a sus amigas y amigos con orgullo, agregando en sus comentarios que un día su hijo llegaría a ser un gran artista. Y tampoco esto se cumplió.

De pronto Juan Pablo dejó de dibujar y comenzó a pronunciar las palabras de manera perfecta. María José no podía creerlo; entonces consultó la opinión de varios médicos, y ninguno de ellos pudo darle una respuesta satisfactoria. Luego visitó a Elías, el brujo del lugar, quien examinó al niño en un consultorio decorado con imágenes de dioses africanos, altares barrocos y bolas de cristal, en una habitación saturada de olores de tabaco y aguardiente, dominada por la imagen de la Reina María Lionza, y éste le verificó que el muchacho tenía condiciones de visionario.

Como Juan Pablo aún no había ido a la escuela, su madre pensó que su hijo podía ser un médium o un iluminado, y le llevó a las autoridades eclesiásticas. Después de varias visitas a curas y monjas de donde salió debidamente bautizado, María José estuvo más tranquila y dejó todo en manos de la divina providencia.

Comenzó el muchacho a ir a la escuela normalmente, y mientras más trataba de pasar desapercibido su personalidad se hacía más y más enigmática. Fue admirado, envidiado y odiado en la misma proporción. Quienes le envidiaban por sus aptitudes artísticas se vengaban conquistando mujeres, asunto para el cual Juan Pablo no mostraba ninguna destreza. Se conformaba con clavar los ojos en una niña aindiada de largos cabellos negros y ojos inmensos que, en cuanto le miraban, Juan Pablo desviaba los suyos, revelando su extrema timidez. La niña, sabiendo esto, insistía en ponerle nervioso mirándole fijamente hasta que él, turbado, miraba hacia otra parte.

María José trabajaba atendiendo una quincalla y lavando y planchando ropa en el barrio, y aquello apenas si le alcanzaba para sostenerse

los dos. Un estudiante universitario que vivía en el barrio le había dicho que aquella condición se llamaba pobreza crítica, expresión que a María José le pareció preocupante, pues pensaba que el hecho de ser pobre merecía la crítica de sus vecinos. A ella no le parecía tan malo el vivir allí, rodeada de sus amigos y su gente, donde se las arreglaba siempre de cualquier manera, sacaba los reales de cualquier parte para comprar la comida. Pero cuando se dio cuenta de que la plata no le alcanzaba para adquirir los útiles escolares de Juan Pablo, entonces sí se preocupó y buscó un trabajo adicional como doméstica en una quinta del este de Caracas. Trabajó duro allí durante cuatro años, y así su hijo pudo concluir sus primeros estudios.

Juan Pablo aparentaba tener más años; poseía un porte robusto de hombre maduro. Un día le comunicó a su madre que prefería trabajar para mantenerla, y ella le dijo que no fuera pendejo, que los hombres sin estudio no valían para nada, y él le dijo pero mamá, si yo puedo estudiar de día y trabajar de noche, que aquí en este barrio de noche no se hace nada sino ver televisión o vagar por ahí con algunos tipos que no hacen sino hablar de juegos y diversiones fáciles. Y ella le dijo hijo tienes razón, si puedes trabajar hazlo y así nos ayudamos un poquito, pero ten cuidado. No te preocupes mamá, le respondió él, que yo sé defenderme solo y no me voy a dejar envainar de nadie ni a envainar a nadie tampoco.

Y así lo hizo. Juan Pablo ayudaba a atender la cantina donde merendaban los estudiantes en el Liceo Fermín Toro de El Silencio, donde también estudiaba. A fuerza de ahorrar con su madre y de abastecer la quincalla con nuevos adornos para ropa, botones y bisutería, pudieron ahorrar para mudarse a un rancho mejor en el mismo Gato Negro. El día en que se instalaron Juan Pablo experimentó una sincera, una verdadera alegría, apreciando su casa más limpia y una calle un poco más decente, donde podía compartir su alegría con su madre y las amigas de su madre como la señora Gracia Guerra y su esposo Caracciolo, quienes siempre le manifestaban a María José su preocupación por las situaciones inusuales protagonizadas por Juan Pablo, quien nunca había tenido un amigo o una amiga, ni en el liceo ni en el barrio. Se limitaba a cruzar con sus semejantes las palabras necesarias para comunicarse cosas indispensables, y nada más. Nunca un comentario específico acerca de nadie. Era tranquilo, pero de mirada hosca; parco, pero de sus movimientos tan calculados delataban una oculta violencia.

Aprobó la educación primaria en exámenes escritos, todos con altas calificaciones, pero nunca mostró afecto especial hacia ningún profesor, excepto hacia aquella niña de aspecto indígena y hacia una profesora demasiado dulce del tercer grado, que trataba de comprenderle y ensalzaba sus virtudes en frente de todos, cosa que al niño le disgustaba. A medida que fue entrando en la adolescencia su carácter fue mejorando; habló, además de su madre, con la doña Gracia Guerra y comenzó a hacer favores a los demás, a ayudar a los ancianos y a dar comida a los mendigos. Fue siempre especial en el trato con los mendigos, a quienes ayudaba a incorporarse si se hallaban muy débiles o borrachos, y a los ancianos prestaba ayuda para subir la empinada cuesta de Gato Negro, cargando los bultos que llevaban en la mano. Después habló con los niños, y se hizo comprensivo con ellos; a algunos se acercaba para explicarles cosas de la naturaleza o describirles mejor asuntos que no estaban bien claros en los libros o en los apuntes de los profesores; también colaboraba en las fiestas infantiles a hacer las situaciones más gratas para los pequeños, de modo que pasó casi toda su adolescencia tratando con niños, y durante la niñez casi no tuvo contacto con ellos.

Después le dio por preparar cosas para comer, sobre todo refrescos de frutas, infusiones y brebajes tonificantes. Ello era bien visto por la gente anciana. El brujo del barrio que le había visto de niño lo recibió varias veces en su cuarto y le bendijo en nombre de todos los santos, y Juan Pablo reconoció ese día una inmensa escultura coloreada de la Reina María Lionza, cubierta con un manto azul, rodeada de sus boas, chivos, pumas y de la santería afroamericana, de figurillas de héroes históricos y de personajes legendarios que habían sido santificados por esos poderes especiales que sólo otorga el pueblo. En una de las esquinas de la habitación pudo apreciar también una gran reproducción fotográfica a todo color de su Santidad el Sumo Pontífice, quien había sido el responsable de su nombre de pila aquel día remoto de la voladura del retén. De niño su madre le llevaba a la iglesia, pero él por sí solo nada más mostraría interés por algunas figuras de Jesucristo y la virgen María —sobre todo hacia aquella de la Virgen de las Rocas pintada por Leonardo Da Vinci— pero no volvió a mostrar interés por ninguna otra imagen del catolicismo, excepto por la de Juan el Bautista, que pregonaba su evangelio en el desierto.

Un día por la tarde su madre lo vio probando una cerveza dentro de la casa. La había comprado en una bodega y ahora la bebía, mirando el vaso de cuando en cuando, como si no creyese el sabor que estaba degustando. Le gustó y adquirió otra. Su madre le recalcó que el alcohol era dañino, embotaba la conciencia y sacaba la violencia del espíritu humano, si era bebido en demasía; en cambio lo alegraba si era disfrutado con mesura. Ahora podía explicarse mejor por qué los hombres se reunían a charlar en esos sitios llamados bares: también el alcohol podía soltar la lengua y la capacidad de hablar, de ser efusivo y de cantar: la música, sobre todo, iba muy bien con el alcohol, sentía al beber la cerveza cómo las notas de los valeses o el jazz acariciaban su espíritu y lo envolvían en una ola agradable de sonidos, en una marea de donde no deseaba salir. Pero sentía vergüenza de sentarse en un sitio público a beber alcohol.

Un día por fin se decidió. Entró a un bar cualquiera, el primero que se topó. Atravesó una larga fila de mesas y se sentó a una de ellas. Pidió un trago y lo dejó en la mesa sin beberlo. Del bolsillo del pantalón sacó un pequeño libro y se puso a leer. Algunos en el bar comenzaron a observarle y hacer comentarios. Él continuaba leyendo, mirando a ratos el ambiente. Luego sacó una libreta y un bolígrafo y empezó a tomar notas, no sobre lo que estaba leyendo, sino sobre las sensaciones que experimentaba ante aquel cuadro de bebedores. Al poco rato, ya tenía la libreta llena, y le faltaba el papel para continuar, por lo cual salió del bar a comprar un cuaderno para seguir; canceló la cuenta y se prometió regresar, pero al llegar se encontró con que su silla estaba ocupada por otra persona. Entonces se arrimó a un rincón que daba a un patio pequeño, y se quedó mirando la copa de un árbol, que fue dibujando meticulosamente en el nuevo cuaderno. Y no pudo continuar escribiendo. Comprendió entonces Juan Pablo que escribir no era un proceso reflejo, sino que surgía de modo inexplicable y no siempre se podía trabajar con la voluntad. Las anotaciones que había tomado en el bar las relejó al llegar a casa y luego las convirtió en historia, con personajes inventados. Fue entonces cuando se le ocurrió que podía ser escritor. Ya habría tiempo para eso. Ahora debía concentrarse en su empleo, en sus estudios y en ayudar a su madre.

Durante el quinto año del bachillerato, Juan Pablo conoció a Vicente Montero, un muchacho con inclinaciones artísticas, que de cuando en cuando compartía con él opiniones. Era de temperamento

tranquilo, leía a autores clásicos y prestó sus libros a Juan Pablo. Tenía una novia, Margarita, con quien salía casi todas las tardes. Ella era una muchacha amable y hermosa, que terminó, al cabo de varios meses, por simpatizar también con Juan Pablo. A menudo los tres iban juntos y compartían cafés o refrescos en el liceo, daban vueltas por parques y plazas, entraban a cines o centros comerciales; en los estudios se complementaban y se explicaban cosas unos a otros con afabilidad y camaradería.

Vicente Montero vivía en el Bloque Uno de la urbanización El Silencio, con sus padres y un hermano. Un día, cuando las simpatías ya pisaban las zonas de la amistad, Vicente invitó a cenar a su casa a Juan Pablo. Allí estaban el padre y la madre de su amigo, sentados a la mesa esperando ser servidos por la mucama, en un departamento limpio, bien organizado, de la clase media. La madre de Vicente, Cecilia Vázquez de Montero, era una mujer delgada y elegante, de unos cincuenta años, entregada al cuidado de sus hijos y de su marido, Jorge Montero, de unos sesenta, era abogado y trabajaba en el Ministerio de Comunicaciones en la Torre Sur de El Silencio.

Don Jorge era un hombre parco y su mujer, más afable, llevó las riendas de la conversación de aquella noche, donde se comentó algo de política, algo de cultura, algo de esto o lo otro. Había sido un rato agradable. Juan Pablo se despidió de ellos respetuosamente, un poco atolondrado con las atenciones de doña Cecilia. La verdad, era la primera vez que asistía como invitado a una cena, en el seno de una familia “normal”, si se las comparaba a aquellas familias del barrio Gato Negro, en su mayoría conformadas por núcleos familiares atípicos, donde no había un orden preestablecido para hacer las cosas. Además la presencia de doña Cecilia y Margarita constituía, por decirlo así, el primer contacto social de Juan Pablo, las dos únicas mujeres con quienes había tenido trato, fuera de su madre y de algunas otras señoras además de doña Gracia Guerra, amigas de casa a quienes apenas dirigía algunas palabras respetuosas.

De improviso, algo extraño comenzó a ocurrir dentro de la cabeza de Juan Pablo, quien ya no podía concentrarse bien en los estudios. Ello explicaba las bajas calificaciones que había obtenido en los últimos exámenes. En Física, por ejemplo, casi había sido aplazado, mientras que en otras como idiomas o literatura había mantenido un nivel promedio, a pesar de su afición de leer y escribir por su cuenta. Sin embargo, logró

culminar el bachillerato con unas calificaciones más bien mediocres, aunque ello no fue motivo de una especial preocupación.

Un día Margarita, la novia de Vicente, algo preocupada por la situación de su amigo, se acercó a él y le preguntó qué estaba ocurriendo.

—Creo que la falta de sueño me ha estado afectando —dijo él.

—Bueno, ya nos graduamos, ya tendrás tiempo de descansar —le consoló ella.

En el Liceo Fermín Toro se hacían los preparativos para las graduaciones. En los cursos del quinto año se organizaban buenas fiestas, con las que Juan Pablo no se entusiasmaba demasiado. Sin embargo, no se oponía ni decía nada al respecto. A los actos de graduación asistieron las familias, en largos y aburridos actos académicos. Los de su salón, además de la fiesta general organizada por el liceo, tenían proyectada otra en la casa de uno de los compañeros de curso, donde beberían y bailarían hasta el amanecer. Juan Pablo aceptó ir a esa fiesta más por la insistencia de su mejor amigo que por propia decisión. Ahí estuvo, tomando algunos tragos de cerveza y conversando eventualmente con algún muchacho o muchacha. Pero pronto desistió. Abandonó el lugar como a las tres de la madrugada, ya cansado, sin despedirse de nadie. Tomó un taxi hasta su casa y descansó.

Como a las diez de la mañana su madre lo despertó, sobresaltada, con lágrimas en el rostro.

—¡Juan Pablo, por Dios, levántate hijo, ha ocurrido una tragedia!

—¿Pero mamá, qué ocurre?

—¡Esteban tuvo un accidente en la carretera hacia La Guaira...!

—¿Cómo...?

—¡Se estrellaron, hijo, chocaron en un puente contra un camión!

—¿.....?

Esteban y su novia, acompañados de dos amigos, habían decidido marchar hacia la playa, luego de amanecer celebrando en la casa del anfitrión de la fiesta, y emprendieron viaje en el auto de éste. Habían chocado contra un camión. Juan Pablo se imaginó los cadáveres de los muchachos, en medio de sus guitarras; dentro de su cabeza escuchó el ruido de un gigantesco crash, un golpe horrendo donde la sangre bañaba los trozos de chatarra y los vidrios rotos en mil pedazos, aquellos rostros jóvenes bañados por la impiedad de un azar siniestro que vivía latente en las carreteras, escondido al borde las autopistas como

un fantasma que deseara llevar hacia la nada las almas buenas, para convertirlas en gases y depositarlas en algún lugar del cielo; otras las llevaría tal vez a un Averno innombrable, en donde estarían recordando eternamente a quienes querían o deseaban desde el fondo de un amor purificado por la sensación de la muerte repentina, por la muerte que nos arrebató un pedazo para llevarlo más allá, al territorio incognoscible donde la madre fantasía vaga solitaria, como una viuda con el corazón destrozado.

Entonces Juan Pablo experimentó el miedo real, una sensación de vacío. Llamó a los padres de Vicente, que en ese momento se enteraban también, y salió con ellos para el litoral. Llegaron al lugar del accidente, donde desde hacía rato habían llegado las autoridades del tránsito, policías y ambulancias. El lugar era un verdadero caos. Los cuerpos de los colapsados ya habían sido trasladados al hospital de Catia La Mar, así que hasta allí llegaron sólo para comprobar que el cuerpo de Esteban yacía destrozado en una camilla, junto con el del anfitrión y la novia de éste; solamente Carolina, la compañera de Esteban, había logrado salvarse, pero se encontraba en estado de coma, malherida. El calor sofocante hacía vibrar la atmósfera del hospital hasta un punto en que, oyendo los alaridos de la madre, las quejas del padre y las maldiciones del hermano; y observando las sudorosas caras de los médicos y las enfermeras en medio de aquel tumulto de heridos y moribundos en los pasillos de emergencia, Juan Pablo experimentó otra de sus alucinaciones. En el rincón de uno de los pasillos vio rasgarse el aire y mostrar, como desde una pequeña pantalla, un tumulto de cabezas que giraban ahogándose en fuego, lanzando ayes. Ello duró sólo unos segundos, pero fue suficiente para que Juan Pablo se sintiera tocado por un sentimiento de predestinación. Se abrió paso arbitrariamente entre la turba y habló con los médicos, apaciguó a los padres y contuvo los ataques de ira de impotencia dolorosa de Vicente, quien hubo de ser sedado también y recluido en una sala adyacente. Dos días más tarde los cadáveres de los jóvenes eran velados en la funeraria Vallés de Sabana Grande, y luego enterrados en el cementerio del Este. Los cadáveres de los dos jóvenes acompañantes en los féretros de tal modo desfigurados y maquillados, causaron a Juan Pablo otra alucinación, cuando miró hacia un rincón de la sala funeraria y vio allí rasgarse el aire y abrirse una pantalla donde unos bebés se ahogaban en una bañera gigante, y luego eran tragados por un remolino.

Juan Pablo se sintió perdido una noche entera en una selva intrincada. Primero se encontró con tres bestias feroces que le impedían el paso, pero ahí mismo se le apareció la sombra del poeta José Lezama Lima, quien le tranquilizó diciéndole que algún día visitarían su Paradiso, la tierra prometida de las palabras. Le sacó de allí como pudo y le llevó por entre el Infierno y el Purgatorio y le puso cerca de la imagen de una bella mujer. Lezama Lima echó a andar y Juan Pablo le siguió, hasta que salieron subiendo un collado que se presentaba iluminado por los rayos de un sol naciente, y entonces Juan Pablo pudo salir de su alucinación.

En el hospital, Carolina se recuperaba lentamente, salía del coma y era atendida por un grupo de médicos que lograron hacerla reaccionar. Juan Pablo fue varios días seguidos a la clínica donde se encontraba y ahí conoció a los padres de la chica, que le miraban como si éste hubiese tomado parte del incidente. Le agobiaron con todo tipo de preguntas, que Juan Pablo no contestó. Los padres de los tres muchachos no cesaban de hacer hipótesis sobre lo que debían o no haber hecho. Yo les dije, repetía la señora, fuera de sí, que no debían manejar tomando tragos, yo siempre he creído que estas fiestas de celebración de graduaciones terminan en tragedia, Dios mío, esto no puede ser, esto no puede estar sucediendo, es un verdadero infierno lo que le ha sucedido a mi Carolina, tiene que haber un culpable, Dios mío, tiene que haber un culpable.

Capítulo dos

María José no encontraba la forma de consolar a su hijo. Hablar o no con él daba casi lo mismo, tan sumido estaba en sus pensamientos. Abandonó el trabajo por varios días e iba por las calles de arriba abajo sin ningún destino, sentándose en los bancos de las plazas o en la grama de los parques. Apenas comía; prefería beber jugos o café y siempre estaba garabateando algo en una libreta o leyendo novelas o poemas. Llegaba a la casa por las noches, exhausto, y se echaba en la cama a ver la televisión o a leer; se daba una ducha, comía poquísimo, se quedaba un tanto adormilado y luego se levantaba con frecuencia en la madrugada a beber agua o a hojear los periódicos que habían quedado en la salita de la casa.

Un día en que venía caminando por los lados de Sabana Grande, se encontró con un grupo de rockeros amigos de Esteban. Se saludaron; uno de ellos se acercó a Juan Pablo, y él se asombró de aquel gesto del muchacho, quien lo presentó a los demás como el mejor amigo de Vicente Montero.

—Qué buena vaina, hermano —dijo.

—Sí, qué buena vaina —confirmó Juan Pablo.

—Pero bueno, así es la vida, un día estás y al otro no. La tierra te traga como si fueses un bocado.

—Sí, eso mismo —constató Juan Pablo.

—A dónde vas —preguntó el muchacho, llamado Rogelio.

—Andaba por ahí, dando vueltas.

—Si quieres nos acompañas. Vamos a tomar unos tragos. Te invitamos.

—Sí, como quieran.

Juan Pablo no quería ahogar su amargura en la bebida. Apenas tomó un par de cervezas. Con bebidas más fuertes comenzaba a dolerle la cabeza. Hasta ahora, se había emborrachado sólo aquella vez en el bar, y se había prometido no hacerlo más.

Pero esta vez fue diferente. En cuanto tomó la primera cerveza, algo agradable ocurrió en el interior de su cabeza, así que apuró dos más y la sensación fue más intensa. Sintió que algo se abría en el medio, como una zanja por donde corría un caudal de aguas sedantes. Comenzó a sonreír y luego a reír con cualquiera de las historias de las que contaban los muchachos. Continuaban las tandas de cerveza y Juan Pablo comenzó a narrar ocurrencias y cuentos que causaron mucha gracia a los demás; cuando ya entraban en el territorio relajante y sin tiempo del alcohol, Rogelio recordó a su amigo Esteban y sacó a relucir los buenos momentos que habían pasado juntos. Ello dio pie a Juan Pablo para hacer también una relación de los buenos momentos suyos con Vicente. Pero muy pronto el tema de la muerte comenzó a disipar esas alegrías y entonces la conversación se tornó agria, de modo que los muchachos desviaron los diálogos hacia otros temas con el fin de disipar las diferencias. Terminaron todos borrachos en un bar de mala muerte, poblado de prostitutas, en la avenida Casanova, cantando canciones pegajosas, bailando con aquellas mujeres impregnadas de aromas penetrantes, que se dejaban besar y manosear a cambio de unas copas de licor irreconocible, de cuya cuenta era deducido un porcentaje para ellas, al final de la noche.

Rogelio había costeado toda la farra, y hasta les había dado dinero para “sacarse el ratón” al otro día, para hacer huir la resaca con nuevos tragos, especialmente de cerveza. Y así fue. Se dirigió como a las once y media de la mañana a una tasca de La Candelaria y allí se refrescó con cervezas la reseca garganta. Se sintió un poco mejor y tuvo apetito, y hasta le sobraba del dinero que les había obsequiado Rogelio, el amigo

puddiente; fue a su casa y comió con ganas un cochinitillo horneado con ajo y orégano, acompañado de tostones, que María José sabía preparar muy bien. Después se acostó a dormir una siesta que duró unas cuatro horas, hasta la noche, y se levantó de mejor ánimo. María José se sentía ahora más tranquila, pues su hijo incluso había recordado algunos de los chistes que había compartido con los amigos la noche anterior, y los comentó con su madre. Poco a poco, Juan Pablo fue entrando en una camaradería de adulto con su madre. Y eso significaba, sencillamente, que ya era un hombre hecho y derecho, que podía ahorrar algo para costear sus cervezas.

Lo constató una noche, acodado a una barra de La Candelaria. Los lugareños compartían las incidencias de un partido de fútbol, entre jamones y pasapalos. Unos hojeaban periódicos o revistas hípcas; otros charlaban o discutían menudencias de un juego de fútbol. A su lado, en la barra, había dos bancos vacíos. De repente Juan Pablo vio que una mujer tomaba posesión de uno. Pidió una cerveza y encendió un cigarrillo, a tiempo que miraba alrededor; dio unas rápidas buenas noches a los presentes, miró fugazmente a Juan Pablo y se dispuso a disfrutar de su birra, entre bocanadas de humo y miradas al televisor. El cabello rizado de la mujer, sus piernas macizas y trigueñas, su cara fina y sus ojos grandes y aceitunados, lo llenaron de una sensación eléctrica, como nunca antes. El hechizo terminó de consumarse cuando la mujer le sonrió. ¿Por qué le sonreía? Un gesto de cortesía o simpatía, pero esa sola sonrisa preparó a Juan Pablo para el disfrute del paraíso y el infierno simultáneamente.

Primero, sacó valor para ofrecerle un trago, que ella aceptó, y que él tomó como un triunfo. Luego ella dijo algo acerca de un pase de un jugador en el partido, que él constató automáticamente. Él se acercó un poco más, situándose a su lado, y pudo percibir su olor. Era embriagador no tanto el perfume que llevaba, sino la combinación de olores con aquella piel, que transpiraba sutilmente en medio del ambiente tosco. Ella aceptó otra cerveza, y luego de la conclusión del partido él la invitó a cenar.

—Aquí hace mucho calor —dijo ella, insinuando la retirada a otro sitio.

—Sí, debe haber por aquí cerca lugares más agradables —dijo Juan Pablo.

Ese fue el comienzo de una relación tormentosa. Juan Pablo comenzó a salir con aquella mujer, que se llamaba Ruth. Se atraían. Cenaban, iban al cine y luego a fiestas con amigos o solos. Bailaban primero en alguna parte, para buscar la excitación; luego iban a algún hotel a hacer el amor. Tal y como había ocurrido la vez en que bailaron, se acariciaron y besaron. Luego en una cama, se desnudaron: era la primera vez que Juan Pablo le quitaba la ropa con emoción incomparable; y ella lo desnudaba a él y lo disfrutaba y se dejaba disfrutar hasta casi ahogarse en el otro. Nunca pudo siquiera imaginarse cómo era en verdad la pasión, hasta que no la probó. Era algo que lo sacaba de sí, lo hacía como volar y perderse en un ámbito de plenitud. Sexo con brazos, brazos con nalgas y nalgas con boca, lengua con pezones y pezones con nariz y con labios buscando cavidad húmeda de sexo abierto, sexo erecto con boca, boca que rítmicamente relame lo pulido del varón y el varón internándose por la selva abrasadora y suave, goce con dolor y quejidos con risas de alegría, celos y venganzas y disfraces en posiciones frontales, laterales en el mueble o la cama, cualquier lugar es bueno para traspasar y ser traspasado, algo así sentía Juan Pablo en los primeros encuentros carnales con Ruth, hasta el punto de querer tenerla todo el día cerca, o llamándola constantemente por teléfono, para planear el próximo encuentro.

Esto duró dos meses, a lo sumo. Ruth pertenecía a una familia del interior, de Puerto La Cruz, donde tenía una hija y estaba casada. Había llegado a Caracas para hacer un curso de cosmetología, y terminó dando uno de sexualidad a Juan Pablo. Ahora debía volver con su marido, eso le dijo. Juan Pablo la quería para él solo, pero ella le convenció de que pronto todo aquel sentimiento se le iría pasando, y así fue. En las primeras semanas Juan Pablo lloró de rabia e impotencia, llegaba a la casa derrotado, apenas saludando a María José. Ella intentó consolarlo, pero podía adivinar de qué se trataba.

—Siempre es así, hijo. La primera pasión siempre es así. Ya se te pasará —le dijo, acariciándole el cabello—. Ahora debes terminar tus estudios y ponerte a trabajar.

Juan Pablo hizo caso. Era la única forma de olvidar todo aquello.

Pero los hombres no tienen paz. Apenas salen de un embrollo, la vida los mete en otro inmediatamente. No se trata de que lo elijan o no, no se trata de la voluntad humana; se trata del molino de la existencia, que va pasando invisiblemente arriba y debajo de toda cosa para llevarla

a otra, para convertirla, por obra del azar, en una masa que se expande y cierra, devora todo y lo expele como una máquina de destripar basura.

De hecho, Juan Pablo hizo lo que debía hacer: se graduó, y al graduarse de bachiller en ciencias vio cómo delante de él, en vez de abrirse, se cerraba el mundo. Todos le sugerían esta o aquella profesión, le indicaban qué hacer o qué no hacer, cómo ganar dinero fácil, cómo llegar a ser respetable. Y por el otro, también, se le presentaban formas ilícitas de poder o placer, todo en la misma proporción. Y no podía decidirse. Su madre trató de ser justa con él y lo dejó tranquilo, le dio tiempo para pensar, pero él veía cómo María José se iba deteriorando, se iba haciendo vieja en medio de la pobreza y él apenas podía ayudarla. Con el roce de los muchachos de la clase media en el liceo, muchos de estos intentaron hacerlo sentir muy por debajo del escalafón social, que debía intentar subir en su estatus, tener una posición, buenos ingresos y familia y cosas por el estilo, pero él ya estaba cansado de todo aquel discurso repetido hasta la saciedad, por lo cual intentó estar tranquilo por un tiempo. Pero la paz no existe. Es un invento de las ideologías para poseer un control del aparato social.

Aun así, lo intentó. Consideraba todas las posibilidades cercanas para dar un sentido a su vida, y no las encontraba. Aún estaba afectado por la muerte de Esteban, aquel muchacho bueno, que lo único que hacía era disfrutar de su música con sus amigos. El sólo compartir aquellas cervezas con ellos era suficiente para conocer su personalidad desinteresada, y su amor a la vida. Desde el día del sepelio no se acercaba por aquella casa. Vicente y Margarita estarán destrozados, pensó. Dejó pasar otra semana y por fin fue a visitarlos. Doña Cecilia abrió la puerta y le invitó a pasar. Adentro se encontraba una mujer joven sentada en un mueble y fumando un cigarrillo. También sorbía un trago.

—Conoce a nuestra sobrina Josefina. No pudo estar a tiempo para el sepelio. Vive en Mérida, y se va a quedar aquí por unos días —les presentó doña Cecilia—. Y este es Juan Pablo, un amigo de la casa —agregó.

Se trataba de una mujer vistosa, muy desenvuelta, que en seguida sacó conversación a Juan Pablo. Él tuvo una sensación de haberla visto antes en alguna parte e incluso de haber vivido este momento, como en un *déjà vu*. Al principio la conversación tuvo un curso normal, pero apenas avanzaba, el rostro de aquella mujer adquiría una configuración especial, cambiante, como si se trasladara al momento o lugar que

estaba refiriendo; así, era alternativamente melancólica o divertida, alegre o nostálgica, y los estados de ánimo se veían reflejados en su rostro con una rapidez inusual, que desconcertaba a Juan Pablo. Cuando él intentaba contarle cosas suyas, ella interrumpía diciendo cosas virtualmente más interesantes; encendía otro cigarrillo y se servía ella misma otro trago de una botella de vino que estaba sobre la mesa del recibo. Habló de los cursos de cine que había estado siguiendo en Mérida, los cuales ya había concluido. Habló de permanecer un tiempo en Caracas y comentó algunas películas de estreno en la cartelera de cine-arte, que Juan Pablo también había visto en algún cine destartado de Gato Negro, y coincidieron en varios puntos en relación al trabajo de actores o directores. Lamentó mucho la trágica muerte de su primo Esteban y dijo algunas vaguedades sobre la vida o la muerte. Juan Pablo, en tono calmado, le ofreció un nuevo vaso de vino a ella y luego ella a él. Al rato él encendió su cigarrillo y al hacerlo vio aquel par de ojos negros y brillantes, que lucían como dos gemas bajo unas cejas pobladas e interceptados por una nariz perfecta y una piel muy blanca —aunque muy maquillada, pensó Juan Pablo— pero la observación del conjunto del rostro fue algo que le impresionó. Su rostro tenía un aspecto incitante, con una boca tan sensual que le podía ser aplicado el adjetivo de escandalosa. La ropa que llevaba puesta dejaba apreciar sus manjares carnales. Juan Pablo estaba experimentando esta vez una sensación erótica mucho más fuerte que con Ruth; pero la verdad ahora la mirada de la recién conocida revelaba algo ambiguo, una especie de perversión encubierta. Nervioso, no aceptó el café que le ofrecía doña Cecilia, pues ya estaba compartiendo el vino con la visitante y se sintió un tanto incómodo con la presencia de la señora. Mientras tanto la joven comenzó a separar más las piernas y la blusa se abría eventualmente dejando ver gran parte de los senos, los cuales no llevaban brassiere. Mientras preguntaba nimiedades a la señora Montero, Juan Pablo no podía quitar la vista de Josefina, quien abría y cruzaba las piernas y se halaba la faldita hasta un punto en que Juan Pablo pudo apreciar que tampoco llevaba nada debajo, y ante este descubrimiento derramó el vino y manchó la tela del mueble. Josefina buscó una servilleta y se dispuso a limpiarla agachada y luego hincada en el suelo, con lo cual Juan Pablo pudo apreciar su maravilloso trasero. Él se repetía para sus adentros que no podía ser, que este ángel sensual hubiese aparecido de repente en su vida. El frotar de la servilleta contra el mueble y

la alfombra produjo en Juan Pablo un erizamiento compulsivo; le provocó abrazarla y hacerle el amor en la alfombra, y al mirar el felpudo se abrió una zanja en él y dentro pudo ver un túnel de árboles umbríos atravesados por un pequeño cauce de aguas cristalinas por donde se deslizaban unos barquitos de papel; visión que duró unos instantes y luego desapareció. Se disculpó con doña Cecilia y apenas si se dirigió a Josefina; para salir del paso preguntó por la salud del señor de la casa y dejó saludos a Vicente, dijo sentirse muy apenado por la muerte de Esteban y agregó otra retahíla de cosas heterogéneas, que sólo revelaban su nerviosismo.

Se despidió y salió de la casa trastornado, sin poder calibrar aquella situación. De nuevo estaban allí esas visiones que ni siquiera podía asociar a los sueños. Lo pensó bien, y en verdad su actividad onírica no era mucha; apenas si podía recordar lejanos fragmentos del sueño nocturno en las mañanas. En esos días estuvo decaído, pensando alternativamente en Ruth y Josefina; en Vicente y en los amigos que dejaba atrás en el liceo. Ya tenía cumplidos los dieciocho, era bachiller y conocía la pasión; tenía la certeza de ser un buen hijo y de no tener padre, y todo aquello le atormentó por un instante.

Saliendo de la boca del Metro en Catia, vio a la gente arremolinada en el bulevar. Se dirigió al tumulto y se abrió paso en él sólo para encontrar en el círculo de personas a un hombre tendido en el suelo, con una herida en el abdomen descubierto, que ya había manado una buena cantidad de sangre. Pero nadie llegaba en su auxilio. La gente se quejaba de la falta de asistencia, de seguridad y de todo el etcétera. Pero ya no había remedio. El hombre estaba bien muerto; ya varios de los presentes lo habían comprobado. La gente se iba uniendo y pronto el sitio se convirtió en una especie de remolino viviente.

Con la llegada de la policía y las ambulancias, el remolino se fue disolviendo, y al final quedaron dos o tres desocupados haciendo elucubraciones; algunos vejetes murmurando en las esquinas, y varios borrachos empinando el codo en la calzada. Juan Pablo los detalló uno a uno por instantes, como si estuviese comprobando que formaban parte anticipada y constitutiva de las sombras de su mente. Sintió entonces una sed única que iba mucho más allá de la sed física, y cuando estuvo frente al refresco que pidió, no lo probó. Sin explicarse por qué, caminó hasta el bar más cercano y se sentó a una de las mesas. Era un bar corriente, lleno de ruido, olores mezclados y palabras soeces. Ya Juan

Pablo había adquirido un diario vespertino, y mientras le hojeaba fue consumiendo, muy lentamente, una cantidad enorme de cervezas. El encargado del bar nunca le había visto, de modo que se mostró algo alterado por el récord de este nuevo cliente. Al alcanzar las veinte botellas, Juan Pablo se levantó de la silla hacia el baño y disparó una meada descomunal. Se lavó la cara sin mirarse al espejo y salió dando tumbos del lugar.

Afuera, se sentó en uno de los bancos del bulevar. Recordaba vagamente el suceso del hombre muerto en el suelo y las piernas de Josefina, todo en una mezcla sórdida de crónica policial de revista amarillista, donde los crímenes eran exaltados y condimentados con hembras de grandes tetas que aparecían en las portadas. Otra vez estaba ebrio; sentía culpa y le dolía la cabeza, así que caminó lo más rápido que pudo hasta su casa, y allí durmió como un leño hasta el otro día.

Capítulo tres

Atenazado por la culpa y la resaca, Juan Pablo se disculpó con su madre por haber llegado en aquel estado. María José estaba realmente preocupada, pues su hijo entraba en los terrenos de la incertidumbre de vivir. Le preguntó si deseaba bañarse, a lo que él asintió, y luego le sirvió el desayuno. Mientras saboreaba su arepa, Juan Pablo miraba hacia la pequeña ventana del rancho, desde donde se divisaba un horizonte de escalerillas, barandas y paredes informes, un verdadero laberinto de casuchas recompuestas, edificadas allí sin ninguna planificación urbana. Aquel barrio era producto del azar, de la urgente necesidad de vivir bajo un techo, todo ello moldeado por la urgencia. Apenas terminó su desayuno, Juan Pablo oyó disparos afuera, detonaciones y gritos. Se asomaron él y su madre y vieron a varios hombres corriendo hacia arriba. Los gritos salían de un ranchito cercano; los vecinos se acercaron rápidamente para ver a una señora dando sollozos sobre el cuerpo de una niña. Aunque había tenido muchas noticias de sucesos semejantes por la televisión o la prensa, ahora presenciaba uno real, y apenas si podía creer que algo tan espantoso hubiese podido convertirse en suceso cotidiano. La sangre había comenzado a manar por uno de los oídos de la niña, y los chillidos de la mujer aumentaban; de la casa de

al lado salieron dos hombres armados a perseguir a los asesinos, mientras otros se encargaban de llamar a la policía. Todo ocurría tan rápido que Juan Pablo no podía asimilar con claridad los sucesos. Era la misma historia de siempre: tiroteos entre bandas de delincuentes, y muchas de las balas perdidas iban a dar a cuerpos de niños inocentes. Al poco rato llegaron los agentes de policía a hacer las averiguaciones de rigor. Interrogaron a este o aquel, incluso se acercaron a Juan Pablo para hacerle preguntas, que él respondió del modo más seco. Entró de nuevo a su rancho, y ahí estuvo cavilando largo rato en la cocina, mientras su madre se lamentaba de la crueldad de este mundo, de la inseguridad, de la falta de mano dura para el hampa y otras cosas, pero nada de aquello podía cambiar ahora. Juan Pablo se sentía insignificante e impotente frente a la cantidad de sucesos que ocurrían a su alrededor, y él no podía hacer nada. Era la injusticia de este mundo, que traspasaba el ambiente hasta saturarlo.

Intentó recuperarse como pudo, aunque le dolía la frente al recordar la cabeza de la pobre niña, inerte en el suelo. Salió dispuesto a cumplir con su trabajo en la cantina del liceo. Al cruzar la avenida experimentó una sensación extraña de descolocación espacial, pero ésta pasó rápido. Una vez al otro lado, divisó el bar donde se había emborrachado la noche anterior; lugar que, lejos de parecerle feo, le produjo simpatía. Entró al Metro con un leve malestar melancólico en la cabeza, mientras las culpas y otras preocupaciones iban desvaneciéndose paulatinamente.

Allí en la cantina actuaba casi mecánicamente, sonriendo por obligación a clientes y amigos. Almorzó a duras penas y se quedó dando vueltas un rato por los jardines. Salió de nuevo hacia la calle sin despedirse de nadie y no pudo resistir la tentación de fumar un cigarrillo. Inhaló el humo a grandes bocanadas, y sintió un reconfortante calor en el pecho, como si el humo del tabaco lo llenara todo y le fuese suficiente para congraciarse con el mundo. Ya había caído la tarde, y no quería ir de nuevo al barrio; así que estuvo vagando un buen rato por ahí, sin hacer nada. Sacó de su bolsillo la libreta de teléfonos para marcar el número de Vicente. Se dio cita con él en un bar del centro, del cual Vicente le había hablado. Ahí estuvieron hablando un buen rato; Juan Pablo por supuesto le comentó el asesinato accidental de la niña cerca del Metro, y Vicente nada dijo; sólo movió la cabeza como si se sacudiese una molestia. Al rato maldijo, sin embargo. Después fueron a

casa de Vicente, donde había música, algunos libros recientes de autores latinoamericanos y una nueva droga que pronto abriría otras puertas de percepción en la mente de Juan Pablo: la marihuana. Oyendo unos discos de jazz y empinándose unos rones, Vicente ofrecía a Juan Pablo su primera “patada” de hierba, y entonces sintió como una duplicación de su sensibilidad, como si hubiese otra persona dentro de su cuerpo observando sus movimientos, haciéndolos lerdos. El jazz sonaba más denso, las notas de guitarra y trompeta se desmayaban primero, luego surgían fortalecidas de los dedos y la garganta de Miles Davis. En algunas revistas y periódicos se hablaba de nuevo de los escritores Beatniks, que habían hecho de las suyas durante los años sesenta y ahora se encontraban de regreso en los ambientes de Nueva York y París, donde les estaban dedicando exposiciones, libros y homenajes. Cada tanto tiempo aparecía por ahí el revival de estos escritores que habían sido casi beatificados en los años sesenta por su arsenal de delirios y droga, por una homosexualidad vitalizadora que desenmascaraba de algún modo la hipocresía reinante en los “hogares” de la clase media norteamericana, tan pacata y mediocre como la latinoamericana. Fumaban marihuana y se atestaban de alcohol, viajaban con sus amantes y queridas, y les importaba un bledo el matrimonio, con su sarta de estupideces congelada en los freezers de las neveras.

—A mí que no me vengán con el cuento de que en Sudamérica somos mejores o somos más “profundos” o alguna vaina por el estilo —dijo Vicente—. Aquí estamos hundidos hasta el cuello en la misma santurronería hipócrita, en la misma crueldad primitiva de cualquier pueblo perdido en el confin de España, Grecia, Italia o Estados Unidos. La vida y la muerte son iguales en todas partes.

Juan Pablo oyó con respeto las palabras de su amigo. Seguían inhalando el humo del cigarrillo recién “enrolado”.

—Ahora lo que hay que hacer es vivir la vida en toda su incertidumbre y todo su riesgo —concluyó diciendo el amigo.

—Hace poco vi una vieja película de los años sesenta, que me impresionó, Vicente —dijo Juan Pablo—. Se llama *Zorba, el griego*. Es una película extraordinaria. Un resumen de drama, alegría, tragedia, crueldad y honor. Por fin ve uno retratada la vida de los pueblos griegos de hoy, sin tanto discurso de dioses y mitos. Una obra despojada de todo lo superfluo.

—Sí, ya me han dicho que es muy buena. Tengo que ir a verla —dijo Vicente, colocando de nuevo el disco de Miles Davis en el reproductor.

Allí estuvieron un buen rato hasta que, mareados por los efectos de la marihuana, se durmieron. Despertaron a eso de las nueve de la noche, con más sed. Vicente le invitó a pasar la noche ahí, si quería; sin embargo, éste tenía ganas de salir un rato, a ver *Zorba, el griego*, la película que su amigo le había recomendado. Yo me quedaré un rato leyendo, le contestó Juan Pablo.

—Por el camino que vas, te convertirás en escritor, eso es seguro —le dijo.

En el fondo, aquellas palabras le hacían bien a Juan Pablo, aunque no sabía cómo diablos iba a hacer para sacar tiempo de escribir, de leer, de formarse como escritor en un país donde Rómulo Gallegos, Picón Salas o Ramos Sucre tomaban impolutos el lugar de la leyenda, y los poetas y escritores contemporáneos parecían no tener una voz nítida, de peso real en la sociedad o en la conciencia colectiva de la gente. Tomó una edición deshojada de *En el camino* de Jack Kerouac, que Vicente tenía en su habitación, y comenzó a leerla. No había llegado aún a la página quince cuando tocaron a su puerta.

La figura de Josefina se apareció allí rotunda, tan hermosa como perturbadora. Allí estaba de nuevo esa sonrisa, esos ojos que parecían inquirir, ver el fondo de todo. Preguntaba por Vicente. Juan Pablo le dijo que había marchado al cine.

—¿Y tú qué haces? —preguntó ella.

—Bueno, yo nada, estaba leyendo... Vicente me invitó a pasar aquí la noche.

—¿Leyendo en este cuarto y con este calor?

—Bueno, la verdad es que no me haría nada mal...

—Caminar un rato. Bueno, vamos...

Tomaron el metro y se detuvieron en la estación de Chacaíto, en dirección al bulevar. Juan Pablo no pudo evitar comentarle lo del fatal accidente de la niña en la mañana, de lo penoso de la vida en el barrio, que ya no deseaba trabajar como ayudante en aquella cantina y que tampoco las oportunidades de convertirse en abogado, médico o ingeniero le atraían.

—¿Entonces qué harás? —inquirió ella.

—Vicente me dio una idea hace rato. Creo que me gustaría escribir...

Josefina quedó en silencio un rato. Luego prosiguió:

—Mira, no se qué decirte. Hasta donde yo sé es una profesión digna y honorable, pero creo que te espera un calvario de necesidades, problemas y precariedades. Este no es un país para dedicarse a escribir... este es un país de gacetilleros y periodistas, que derraman toneladas de tinta tumbando al gobierno o poniéndolo... aquí lo que manda es el dinero fácil y la política; la única manera por donde veo que puedes encauzar lo tuyo es la televisión, no sé... la docencia, de resto me temo que vas a tener que enfrentarte a momentos muy amargos.

Todo esto se lo dijo Josefina con los pies sobre la tierra, como si su propia madre le estuviese hablando. Y lo peor de todo: tenía razón, eso era una locura, de dónde iba a sacar ahora dinero para mantener a su madre y para mantenerse él. Ya iría a alguna editorial, le dijo él, o a un liceo o una escuela donde pudiese impartir clases de literatura, después de hacer la licenciatura en Letras o en Educación.

—Esa es una buena salida —repuso ella. Juan Pablo le agradeció sus palabras, demasiado ensimismado en sus problemas le pidió disculpas y le preguntó por las cosas de ella.

—A mí me gustaría ser actriz. Cuando termine ahora el bachillerato me iré a probar suerte a Nueva York, en alguna academia, a ver qué ocurre. Le habló de innumerables actrices que se habían arriesgado desde jóvenes y habían logrado llegar a Hollywood, la Meca del cine. A él le gustaba esa apuesta de ella; estaba bien impresionado con sus expectativas. Andaban ahora por los lados del bulevar de Sabana Grande, y decidieron entrar a algún sitio a tomar un café y comer algo. Mientras conversaban, Juan Pablo intentaba sostener la mirada de Josefina, pero no lo lograba. Aquella mujer tenía algo extraño en los ojos; no podía mirarlos de frente por mucho tiempo, prefirió ponerlos en sus bellos brazos, en el contorno de sus piernas y eventualmente en sus nalgas y senos. Era una mujer preciosa, pero su rostro lucía excesivamente pintado; la pintura rojísima de sus labios, el acicalamiento de sus ojos y aquellos aretes y el peinado algo tieso contrastaban con sus gestos, con su frescura... Durante el breve tiempo en que compartieron los dulces y el café, se rozaban brevemente las manos, en los gestos de ambos y atenciones de él hacia ella había un profundo deseo. Apenas salieron del establecimiento decidieron ir de regreso a la casa, pues en el

ambiente de Sabana Grande pesaba una gran sordidez; años atrás había sido lugar propicio para pasar una noche placentera y ahora era una suerte de antro donde pilluelos, borrachos, ladrones, prostitutas, mendigos, drogadictos y pedigüenos de toda laya transitaban por ahí, viendo el mejor modo de arrebatar carteras o billeteras, o de asaltar impunemente a los incautos.

—¿No es algo extraño que nos dirijamos a la misma casa? —preguntó Josefina.

—Sí, es verdad. A esto le llaman el destino, Josefina —en el bulevar se toparon con Vicente, que regresaba del cine.

—Qué buena película, Juan Pablo. Gracias por recomendármela —dijo Vicente—. No la había visto; no pensaba que fuese tan completa. Esa danza de Zorba es la celebración más completa de la vida. Me gustaría leer la novela de Kasantsakis, un gran escritor, poco conocido por aquí... ¿Y ustedes, qué hicieron?

—Fuimos a caminar un rato por ahí. La verdad que el bulevar de Sabana Grande se ha vuelto un sitio peligroso.

—Vine a buscar un dinero para salir por ahí con unos amigos. Estamos preparando un trabajo de equipo y nos vamos a quedar todos en casa de Raúl Conde. A lo mejor mañana nos vamos temprano al litoral. ¿Nos acompañan? —preguntó Vicente.

—No, no creo —respondió Juan Pablo—. Le prometí a mi mamá que mañana la acompañaría al médico. Últimamente no se ha sentido bien.

—Bueno, deberes son deberes —dijo Vicente, y se alejó diciéndoles adiós por el callejón.

En verdad, Juan Pablo no quería despedirse. Como podía retrasaba el momento, y Josefina le pedía con aquellos ojos turbadores que se quedara un rato más. Y así lo hizo. En verdad no hablaron de nada en especial... Juan Pablo le mencionó el libro de Jack Kerouac que había empezado a leer y ella le dijo que le gustaba mucho... su hermano se lo había prestado y era uno de sus autores preferidos. Cuando subieron al recibo de la casa, doña Cecilia no estaba allí y tampoco en la cocina; estaba, con toda seguridad, descansando en su cuarto. Josefina le hizo una seña convidante a Juan Pablo para entrar a la habitación de Vicente con el pretexto de ver allí algunos discos y libros, pero la verdad era otra: apenas traspasaron el umbral de la puerta se miraron como petrificados primero; luego un silencio espeso se apoderó del aire y comenzaron a

acercarse. Ella tomó la iniciativa de tender la mano para acariciarle el cabello y él la atrajo tiernamente hacia sí para besar sus mejillas y su barbilla; luego la besó en los labios, a tiempo que ella acariciaba su espalda y le presionaba fuerte con el brazo; él respondió el gesto juntándose más, hasta que tomó la iniciativa de despojarla del suéter y de la blusa, lentamente. Mientras lo hacía seguía besándola en la boca, esta vez chupando aquellos labios con frenesí. Ella hizo lo mismo: aflojó la correa para bajar los pantalones y admirar por encima del interior la fuerza de su miembro; él terminó de sacarse los pantalones y las medias; ella fue entonces hasta el borde de la cama donde dormía su hermano y comenzó a desnudarse empezando por sus medias livianas. La ropa interior consistía en un delicado conjunto color perla que erizaba la masculinidad de aquel joven y lo ponía frente a frente con la mujer más atractiva que hubiese visto. Cuando se acercó para hacerle el amor, ya sabía lo que esperaba de ella, pero ésta le dio más, lo hizo nadar en un caudal de placeres, de posiciones y delicias, caricias pequeñas, dolores propiciados para alcanzar mayor placer: desde la punta de los pies hasta el cuero cabelludo de ambos, desde los codos hasta las tetillas, desde la juntura de los sexos hasta los sexos mismos, desde la mordida y la chupada de clítoris y glande, desde uñas en las espaldas y nalgas hasta gritos ahogados en almohadas: todo aquello fue un solo movimiento de aleteos y caídas, de viajes por ojos donde el olfato se confundía con el tacto y el tacto con la lengua. Todo aquello se abría y cerraba al borde de la cama, en la alfombra, ayudándose con las paredes para arremeter con más fuerza. Salieron de aquel viaje con la sed de los ahogados, como si hubiesen caído del techo de la nada hacia el cielo de abajo, allí donde se abre el magma que quema y aturde, esa otra muerte de donde se sale lavado y más apto para existir.

Capítulo cuatro

La inmersión de Juan Pablo en aquel universo de plenitudes vitales poseía también un lado ríspido y cortante; lo deseaba y desechara a un tiempo, quería verla a ella en otro lugar, en otro espacio donde pudiese calibrarla mejor, a la luz del día quizá, en una playa o a pleno sol en medio de un campo. Esa era la imagen que se había hecho de ella luego de haber pasado toda la noche en el cuarto de su amigo Vicente. Se sentía culpable de haberla poseído en su cama, llenando el lecho de sus humores, de su sudor, su semen, impregnando con su olor las sábanas y almohadas. Ella no se encontraba allí ahora; quizá había ido a su propia habitación de huésped para despistar a la madre, que ya seguramente se estaría preguntando dónde estaría su hijo. Ellos se vieron obligados a mentir durante el desayuno, diciendo a doña Cecilia que Juan Pablo se había quedado aguardando a Vicente toda la noche y se había quedado dormido; le dijeron que Vicente había llamado a primera hora para anunciarles que se iría al litoral. Tenían durante el desayuno un aspecto demasiado feliz, como si se hubiesen puesto de acuerdo los dos para que no hubiese fisuras en sus respuestas. Estaban satisfechos, en efecto, pero aquella cosa turbia no desaparecía de los ojos de Josefina, por lo que él le preguntó más tarde, en privado, si había probado la marihuana. Ella

le respondió que no, pero no le importaba, sus amigas y amigos lo hacían y ella no le daba ninguna importancia, le daba sueño o le dolía la cabeza, pero nunca llegaba a hacerle bien. Entonces él se sintió en parte aliviado, pero no podía entender cómo aquella mujer se manejaba en el sexo de una manera tan impresionante. Por momentos, cuando ella le pedía más ardor y orgasmos continuados, él no podía estar a su altura concupiscible. Aquella falta de candor le aterraba un poco, le hacía perder el horizonte. De hecho, cuando en la mañana se encontraron solos de nuevo y se dirigieron a la urbanización Las Mercedes buscando mejor ambiente e iban caminando por una avenida poblada de sitios agradables, heladerías y cafés al aire libre, ella le pidió que le hiciera de nuevo el amor al caer la tarde. Él se sintió feliz: había hecho la primera conquista importante de su vida, y aunque ella estaba costeando con gusto todos los gastos de hotel y comida, él pudo saborear cierto gusto triste. En la habitación la pasión volvió a desatarse; sin embargo ella se mostró más erótica que tierna, iba directo al grano sexual, por lo cual él experimentó una especie de miedo, pues tenían más de dos horas en la cama y le dolían los órganos, tenía los labios agrietados por los besos y los pequeños mordiscos, pero ella pidió más y más, y apenas él dejó que ella tomara casi todas las iniciativas corporales, se tendió en la cama a esperar que ella le sedujera, le besara y le absorbiera con su sexo oloroso y doloroso. Luego le amarró a la cama con su propia correa con el fin de experimentar cierto goce masoquista, le pellizcó y le mordió, le dio correazos y le lastimó las muñecas. Él se excitó mucho más y entonces buscó el dolor de ella también, la golpeó y le dio correazos y hasta ciertos golpes deliciosos. Una vez exhaustos, dándose una ducha, Josefina se acercó con nuevas intenciones de que la penetrase bajo el chorro de agua, y ante la negativa de él, ella se molestó diciéndole palabras hirientes. Entonces él vio cómo aquellos ojos se volvían turbios y de turbios pasaban a reclamarle cosas imposibles, ya no se podía llegar más allá como no fuese el agotamiento supremo, una especie de éxtasis buscado que ya no tenía nada que ver con lo afectuoso, ni siquiera con el goce puro, sino que había allí una trasgresión peligrosa, algo que iba más allá de lo humano y quería como posesionarse de una arista del mal.

Ella salió de la ducha, y ante la negativa de él se vistió rápidamente. Él trató de disculparse, sin suerte; ella le miró con un cierto desdén lastimoso, que él asumió con entereza, pero que le dolió en lo hondo. Ella se despidió en la puerta del hotel con un beso ineficaz, un beso que sólo

significaba una despedida, y él lo aceptó así. La vio caminar rápidamente y desaparecer doblando una esquina, y ella ni siquiera le miró antes de perderse de vista en medio de la gente. En ese instante, en el tumulto, vio Juan Pablo un gran hueco donde se levantaba una gran puerta, y en ella vio una inscripción espantosa. Pero ahí estaba otra vez el poeta Lezama para calmarlo, acompañado de otro poeta llamado Elisio. En el vestíbulo de esa entrada vieron a un grupo de indiferentes, a aquellos que pasaban la vida sin hacer nada en el mundo, cerca de la ribera de un río. Cruzaron y llegaron a la otra ribera acompañados de un barquero que trasegaba las almas de los condenados, y allí mismo, deslumbrado por una fortísima luz, cayó sumergido en un sopor tan profundo que le hizo abrir los ojos a la realidad.

No volvió a ver ni a llamar a Josefina en cinco días. Esta fuerte impresión mantuvo a Juan Pablo alejado del misterio del deseo. Apenas conocía la verdadera pasión y desconocía por igual el amor, y aquello le resultaba inextricable.

Abandonó el trabajo en la cantina debido a la baja paga y se empleó en una tienda de películas donde ganaba mejor; comenzó a asistir a conferencias de escritores y algunas presentaciones de obras literarias; leía, escribía, veía películas, pero casi no salía con nadie; prefería la compañía de un buen libro a tener que conocer escritores de café; asistía en calidad de oyente a clases libres en la Escuela de Letras en la universidad y hasta pensó que podía publicar algo en la prensa; sin embargo no se arriesgó, optando por guardar sus escritos y organizarlos mejor. Se dedicó a atender a su madre, María José, quien había comenzado a padecer los embates de la edad y siempre se quejaba de dolores en la columna; ya su vista era escasa y debía hacerse una intervención costosa; aquel trabajo de lavar ropa ya había causado estragos en su cuerpo, así que la atendió por varios días llevándole al médico y quedándose con ella por las noches. Todo aquello lo hacía en cierto modo para olvidar a Josefina; las ráfagas de recuerdo con ella en la cama le llegaban como fognazos perturbadores que no le dejaban concentrarse en las cosas. En los poemas siempre aparecía ella envuelta en metáforas o imágenes terribles, y por las noches la fuerza erótica de la hembra aparecía para torturarle.

Hasta que un día llegó Vicente a visitarle. Mientras subía las escalinatas de aquella colina poblada, Vicente no lograba explicarse cómo había conseguido su amigo educarse en aquel ambiente, cómo había

hecho para estudiar y atender a su madre en medio de tantas limitaciones; varios mendigos y borrachos extendían su mano hacia él rogándole una limosna, mientras otros le dirigían miradas retadoras, notando cómo estaba vestido o cómo se expresaba; se le acercaban preguntándole la hora sólo para inspeccionarle de cerca, y Vicente sentía un poco de temor. Sin embargo algunos ya le conocían por ahí, y Juan Pablo le había advertido cómo comportarse con estos o aquellos; después de todo tenía valor para exponerse y enfrentar aquellas situaciones en el barrio.

Por fin llegó al rancho de Juan Pablo, y le pareció irónico que se llamasen ranchos aquellas chabolas, aquellas subviviendas de donde salían olores extraños, siempre mezclados a algún sopor de alcantarilla. Rancho se llamaba, en el gran país del Norte, a todo lo contrario, a una casa lujosa, dotada de todas las comodidades. Tocó a la puerta y abrió Juan Pablo en persona.

—Dónde has estado metido, Juan Pablo, andas perdido de la casa —le dijo Vicente.

—Nada, vale, concentrado en mi madre y en mis inicios como escritor —dijo sonriente.

—Nada de eso, chico, algo extraño te está pasando...

—¿Ella no te ha dicho nada? —le preguntó Juan Pablo.

—¿Ella? ¿Quién ella?

—Tu prima Josefina, ¿no te ha comentado nada de lo nuestro?

—¿Quieres decir que tú y mi prima Josefina...? ¡Pero si eres un tremendo mosca muerta! ¡Ya te has enredado con la chica, y eso que ella está preparando boda para el mes entrante con un actor de televisión!

Juan Pablo experimentó un gran mareo dentro de su cabeza. Se sintió un gran bocón, pero el amigo le insistió en que le adelantara algo. A duras penas logró narrarle a su amigo parte de la aventura que había tenido con su prima. Se dio cuenta de que la noticia lo trastornaba aún más.

—No debí habértelo mencionado. Total, soy un soberano bocón, y me temo que para ella esto no fue más que un incidente...

—Pero cómo se te ocurre, bribón, en mi propio cuarto... —exclamó bromeando el amigo.

—Quiero que olvides todo esto, Vicente, por favor, esto no ha sido sino un disparate, una ilusión boba de mi parte...

El amigo le consoló de buena manera. Le tranquilizó diciéndole que todo saldría bien, que había hecho lo mejor dedicándose a sus escauceos de escritor, y que pronto tendría que publicar en los periódicos y revistas sus cuentos o poemas, y sus artículos de opinión. Le parecía magnífico, además, que estuviese empleado en una tienda de películas de video, pues con las ofertas podrían ver todos los films que quisieran en un nuevo aparato de alta resolución que acababa de adquirir. Su idea era convertirse en cineasta, primero estudiar algo de teoría cinematográfica en Venezuela y luego ir a Europa o los Estados Unidos a hacer los cursos prácticos. Su madre estaba satisfecha con la elección y el próximo año tenía todo en proyecto para viajar. Además Juan Pablo podría no sólo escribir ficción literaria, sino contribuir a los guiones para realizar algunas ideas; lo ocurrido no tenía por qué ser un obstáculo para conseguir las metas propuestas. Con todos estos alicientes Juan Pablo se sintió mejor, y acompañó a su amigo a comer por allí y luego a ir a una obra de teatro que montaban en el Ateneo, una versión nada desdeñable de *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams, que Vicente no se cansaba de admirar.

Capítulo cinco

Pensaba Juan Pablo que las cosas comenzaban a enderezarse. Pero la selva oscura se encuentra en el Monte Iluminado por el sol y defendido por las tres fieras, que sirven de cubierta a la tenebrosa claridad. El río del Olvido, el Aqueronte, en cuya ribera aguarda cansada y desnuda una multitud de almas, nos separa del temido infierno, el Averno que Juan Pablo rehuía, y que se le presentaba ocasionalmente en forma de alucinaciones. Esta vez lo padeció de la manera que menos podía imaginarse.

Subiendo la cuesta de Gato Negro entró a la boca de aquel infierno en unos pocos instantes, cuando llegó a la casa y descubrió gran tristeza en sus puertas: su madre, la querida María José, estaba muerta. Se hallaba tendida en su cama y parecía dormida, como un ave callada.

—Se acostó a dormir, simplemente, y amaneció muerta —dijo doña Gracia Guerra, su vecina de toda la vida. La señora Gracia Guerra le acariciaba el cabello a su amiga en la almohada, como a una niña buena, y todo el mundo miraba la cara asombrada de Juan Pablo, que se tapaba los ojos con los dedos y se los frotaba, se mesaba el cabello y miraba hacia el laberinto de calles del cerro, buscaba signos en las nubes, miraba hacia los huecos del cielo, imploraba con las manos y no

encontraba respuestas ni explicaciones al absurdo secreto de la muerte. No lloró ni profirió gritos, apenas se arrodilló junto a la cama y observó el porte de aquella noble mujer. Acarició sus dedos y sus manos cuarteadas, miró sus pies con sus limpios zapatos de tela para ir a misa los domingos, su faldita de flores y su frente cansada y limpia, y no podía entender cómo alguien que había hecho de la angustia el mejor modo de vivir y del sacrificio sin quejas una manera de transmitir los extraños secretos de este mundo, yaciera ahí como algo que no se iba a mover más, como un ser que ahora mismo podía disiparse con el aire como una exhalación.

Durante el velorio de su madre, por la noche, Juan Pablo no dijo una sola palabra. Recibió a varios vecinos y amigos en silencio y, aún cuando se encontraba visiblemente abatido, no derramó una lágrima. Recibía condolencias y pésames, pero no permitió que nadie le abrazara ni llorara sobre sus hombros. Se levantaba de su silla y estrechaba la mano de este o aquel, se volvía a sentar y se volvía a levantar con una expresión impasible en el rostro. Sentado siempre en la misma silla, se dedicó a explorar el ambiente, a las mujeres de negro y a los hombres metidos en sus pulcras vestimentas, donde el hecho de la muerte representaba una buena ocasión para lucir sendos trajes negros. Las mujeres murmuraban y secreteaban en las sillas de los rincones de aquella sala que constituía casi toda la casa, el rancho que había sido convertido, como por arte de magia, en una sala funeraria.

Mirando aquel ambiente Juan Pablo se dio cuenta de que no tenía más familia que su madre. No conocía a su padre y no tenía hermanos; su madre tampoco le habló demasiado de sus tías, de sus dos hermanas. Ella era la menor de las tres. Una vivía en las Islas Canarias y la otra en no se sabía qué pueblo perdido de Los Andes, de donde nunca salía. Una vez al año hacía la promesa de ir a visitar, pero las ocupaciones de la sobrevivencia la absorbían y al final siempre se veía con el mes de diciembre encima, sin ningún tiempo para nada, excepto para preparar las hallacas y reunir dinero para hacer la cena de Navidad y comprar algunos regalos.

Según la versión que su madre apenas refería, Guillermo Risco, el padre de Juan Pablo, había sido un hombre de negocios, un viajante de comercio del ramo de las computadoras; había instalado su empresa para vender ordenadores con dos socios más. No se había casado con María José Jiménez, pero vivían juntos en una pensión, mientras las

cosas mejoraban. Ella esperaba un hijo de él. Pensaban casarse, pero él debía tener más recursos, por lo que trabajaba duro. Un día, yendo en avión desde Caracas a Puerto La Cruz, donde tenían una oficina, el avión había sufrido una falla en los motores y se había estrellado, tratando de aterrizar inútilmente. La tragedia conmovió a la comunidad unos pocos meses, como casi todo, y después pasó. Los socios en la Compañía dieron a María José una cantidad de dinero tan irrisoria, que ésta apenas le alcanzó para levantar aquel rancho en Catia. María José no se preocupó o no tuvo nunca tiempo de saber de dónde había salido su amante. Todo aquello había sucedido tan rápido: el amor, el embarazo, el accidente, el nacimiento del niño. Ella, una mujer nacida y criada en el interior, en el seno de una familia humilde del estado Yaracuy, había ido a Caracas a buscar mejores oportunidades: trabajó primero en un almacén y luego en una gran tienda por departamentos, donde había conocido a Guillermo. Él la cortejó unos cuantos meses, y la conquistó pronto. Hicieron viajes cortos al litoral central, a Valencia, Maracay y San Felipe, donde había vivido su infancia al lado de sus dos hermanas mayores, que luego se irían de aquel pueblo sin fuentes de trabajo. Ni siquiera una fotografía de Guillermo Risco había quedado. A él nunca le gustó tomarse fotos en ninguna parte; tenía una especie de animadversión supersticiosa respecto a ello.

Mientras miraba el pesado ambiente de la sala, los visitantes al funeral se iban marchando poco a poco. Al final sólo quedaron doña Gracia y don Caracciolo; ella compungida y él mirando un punto ciego en el piso. No habían probado bocado en toda la noche, así que Juan Pablo quiso mandarles a traer algo de comer, pero ellos rechazaron la invitación. Le dijo a Armandito —el diablillo del vecindario que sobrevivía llevando y trayendo cosas de otros y haciendo mandados—, que buscara algo de comer, y éste regresó con dos pollos asados y arepas. Doña Gracia, don Caracciolo y Armandito comieron el pollo sin decir palabra, mirando eventualmente el féretro desde la mesa. Juan Pablo no probó bocado, no soportaba en sabor del pollo. La pareja se despidió más tarde, con lágrimas en los ojos.

Juan Pablo se metió en su cuarto a descansar; al día siguiente le esperaba el ajetreo del entierro, al que asistieron exactamente las mismas personas de aquella noche, con excepción de la familia Montero, que no había podido acudir al velorio. Al cementerio sí asistieron, muy puntuales y cariacontecidos. De regreso, invitaron a Juan

Pablo a su departamento en El Silencio, —la urbanización más ruidosa de la ciudad— donde almorzaron con desgano. Juan Pablo les dio las gracias; Vicente insistió en acompañarle hasta la casa.

—Prefiero estar solo, Vicente. —Gracias de todos modos, amigo —le dijo.

Vicente comprendió. La soledad era la mejor compañera en estos casos. Quedarse solo con la muerte del otro, irse penetrando hasta absorberla totalmente, meterla en los huesos y llevarla con uno a todos lados era la mejor manera de comprenderla. Vicente subió la avenida hasta el rancho y aquello le pareció distinto: al final de la cuesta ya no le esperaba nadie; los demás le miraban con lástima o piedad, mientras él repasaba la fauna del cerro, a sus mendigos y malandros de siempre, a los vendedores de latas vacías de refresco, a las señoras regordetas con rollos en el pelo asomadas a las ventanas, a los viejos descansando en los umbrales de las puertas, a los desocupados fumando en las esquinas sus cigarrillos interminables, a los borrachos empinando sus carteritas de aguardiente, a los perros cojos y malolientes, a los gatos que saltaban astutamente por los tejados de zinc, a los vendedores de droga cambiando su diaria remesa por bolillos de billetes furtivos, a los niños correteando o montando en bicicletas oxidadas por los sinuosos declives del cerro, a los grupos de desocupados reunidos en las esquinas de las licorerías o bodegas, oyendo música de salsa latina, boleros y sones cubanos en grabadores portátiles, a los desempleados apostando a la lotería o los caballos. Para seguir paso a paso las carreras de caballos muchos llevaban los audífonos conectados a pequeños grabadores y marcaban en las gacetas hípicas los ejemplares de su predilección. Todo el barrio en los sábados se movía en torno a estos juegos, a través de los cuales esperaban hacerse ricos de la noche a la mañana, tal y como veían en las promociones televisivas, donde los ganadores salían anunciando semanalmente qué iban a hacer con sus nuevas fortunas, los premios gordos de la lotería que los llevarían a una nueva vida, llena de placeres y comodidades. Pero nada de eso ocurría por ahí; todo seguía igual: los pobres diablos seguían alimentando semana a semana aquella ilusión que nunca llegaba.

Justamente en un sábado como aquel el ambiente estaba más caldeado; las carreras de caballos, los juegos de azar y el béisbol saturaban la atmósfera del día de arrebatos innominados, de pulsaciones secretas. Juan Pablo observó todo aquello con el ojo de la piedad, como si fuese

un nuevo apóstol que perdona a sus semejantes sus pequeños pecados y sus vicios inconfesados, viendo aquel turbio movimiento de seres como quien contempla un filme o una proyección irreal; de hecho, se sentía levitando, como si caminase en un segundo nivel del aire, como un Mesías o un apóstol que viniese a redimirlos. Una doble pantalla se abrió esta vez en el aire a través de una zona más cristalina y vio cómo eran absorbidos por una hendidura un montón de ranchos y personas, gnomos y diablillos, enanos, seres deformes y animales híbridos huían por aquella hendidura como succionados por una ráfaga cuyo sonido espantoso le turbó, un gran trueno le despertó y siguió su camino llegando a un Limbo, el primer cerco del Infierno, donde se encuentran las almas de los que fueron excluidos del Paraíso porque no recibieron las aguas del bautismo, aun cuando hayan vivido su vida de acuerdo a la razón y a la verdad. Bajó a un segundo cerco y luego descendió otra vez a su particular realidad. Quedó, como siempre, mareado y con la vista nublada. Se sentó en el cuarto peldaño —su preferido— de la escalinata cercana al rancho y tendió la mirada hacia el horizonte de cerros de La Matica y Ruperto Lugo, que enlazaban directo con el barrio Canaima y Altavista —así se llamaban aquellos cerros hermanados en la miseria, en la supervivencia y el trajín—, siempre con la muerte en los talones del día, con la navaja del peligro acechando a diario la garganta de la vida. Esa era la ley cotidiana de aquellas gentes, esa era la manera de saludar un futuro que no existía y un pasado impreciso condensado en un presente compacto, aunque inexplicable.

No podía darse el lujo de sucumbir ante la ausencia de la madre. No podía permitirse el privilegio de hundirse en el agua de la melancolía; no podía echar por la borda el esfuerzo de María José en todos aquellos años. Él le había respondido hasta el último momento, aunque ahora era asaltado —como todos los hijos que se cumplen de verdad en el amor de la madre—, por un abalorio de culpas, por no haber hecho a tiempo esto o lo otro para complacerla, por no haberle dado esto o haber conquistado aquello: todo resultaba inútil ahora, todo es así frente a la ausencia definitiva de la madre, todo es insuficiente para equilibrar ese hueco de donde venimos, el vientre universal del remordimiento, el ombligo cortado de la placenta que nos nutre con su misterio. Cuando ella se va, cuando es situada en un lugar indeterminado del espacio y luego emprende vuelo hacia la región impalpable, nada puede curarnos de esa ausencia, excepto nuestra propia muerte.

Ya no hay remedio, se dijo Juan Pablo, y se levantó del escalón. Entró al rancho y recogió algo de ropa, un cuaderno, tres libros, una libreta de banco y un cepillo de dientes, sus ahorros y los guardó en una mochila. Salió de la casa y se dirigió a la de doña Gracia Guerra.

—Aquí tiene, doña Gracia —le dijo, poniendo un llavero en la mano derecha de la señora—. Tenga las llaves de la casita, que ahora es suya. Yo voy a recorrer mundo, voy a ver lo que hay allá afuera, antes de que sea demasiado tarde.

—Qué harás —preguntó doña Gracia, sin asombrarse, como si presintiera su viaje.

—No lo sé —dijo.

—De cualquier modo, buena suerte, hijo, cuídate —remató ella, con una mirada comprensiva. Detrás de la señora estaba don Caracciolo, que no hablaba nunca, y miraba a Juan Pablo con sus ojos acuosos, que parecían comprender todo. En ese instante Juan Pablo los sintió como a sus únicos familiares, y les abrazó. Las lágrimas mojaron los hombros de aquellos abrazos.

—Algún día volveré —les dijo—. Cuídense ustedes también.

Bajó la cuesta lentamente, tomando aire para darse ánimos. A su lado venía Armandito, quien había compartido la última cena con la madre, y que andaba todo el día de arriba abajo haciendo mandados, correteando descalzo por aquel laberinto de veredas. Había crecido demasiado rápido, y su edad era indeterminada. Acompañó en silencio el descenso de Juan Pablo hasta la avenida. Le preguntó varias veces porqué le seguía y el niño no había contestado nada. Es mejor así, pensó Juan Pablo, es como un duende que me está dando buena suerte. Le gustó ver la imagen del niño descalzo y casi harapiento, que lo despedía desde el borde de la acera al otro lado de la calle, sin necesidad de levantar la mano para decirle adiós ni pronunciar una sola palabra.

Capítulo seis

Había varias ideas rondando su cabeza, pero no se decidía por ninguna. El cine, la literatura, la música, la escritura de guiones, el periodismo o el estudio de las doctrinas secretas, la iniciación el taoísmo o el budismo. Nada de aquello podía conseguirse en aquel barrio, a excepción de ciertas imágenes prodigadas por el paisaje, cuando por las tardes algunos crepúsculos teñían el cielo de naranja y las nubes se arbolaban allá a lo lejos, formando figuras caprichosas y mágicas, que Juan Pablo gustaba de observar para dejar vagar la fantasía. Y uno que otro viejo músico que asomaba por allí sacando acordes a una guitarra, o algún relator de cuentos de aparecidos que de cuando en cuando formaba círculos de oyentes en torno a él. Sólo los ancianos conversaban por las noches en las puertas de los ranchos, hablando de mejores tiempos.

Le parecía insólito que en medio de la pobreza que acababa de dejar conviviera una sofisticada tecnología: computadoras, Internet, teléfonos celulares, televisión por cable, aparatos de video y una gama grande de artefactos domésticos, desde hornos microondas hasta aparatos a control remoto podían convivir en el rancho más destartado, donde a veces no había ni qué comer. Aquella era una de las paradojas

que más le atizaban, vivir en la permanente contradicción de poder acceder y disfrutar de las migajas de una alta tecnología que generaba una competitividad enfermiza. Muchos de aquellos aparatos eran contrabandeados, robados o canjeados por cualquier cosa, así como el dinero proveniente de la droga era “lavado” por la mafia para presentarlo con rostro de establecimientos de lujo, en una sociedad que no podía disfrutar siquiera del derecho a educarse, comer bien o tener medicinas, y en cambio nadaba en un mar de conceptos e imágenes empaquetados, ilusiones y sustitutos de la libertad.

Quería salir de todo aquello; vivir cerca del mar en alguna ciudad de la costa como Cumaná o Puerto La Cruz, o en alguna playa de Falcón, no lo sabía bien, también le atraían ciudades como Mérida o San Cristóbal, donde pudiese respirar el aire de las sierras nevadas y hacer una vida distinta, alejada de aquel tráfigo. Pero tampoco de ello estaba completamente convencido, pues quería vivir con asombro, con un azar que le produjese sensaciones nuevas, formas inéditas de acceder al mundo. Cada vez que pensaba en la política, en la sociedad que había heredado de los viejos partidos democráticos, la decepción lo invadía. En un país que en el siglo diecinueve había sido asolado primero por la Guerra de Independencia y luego por la Guerra Federal y no había sabido sacar provecho del pensamiento o la acción de aquellos hombres arrojados como Bolívar o Sucre; de un país que había soportado el despotismo ilustrado de Guzmán Blanco, la tiranía de Juan Vicente Gómez o la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, y luego, en el período llamado democrático, padecido los partidos políticos blancos y verdes, anaranjados o rojos, sin que ninguno de sus líderes hubiese podido encaminar durante el siglo veinte a sus gentes a un estado de justicia o bienestar, ya casi no cabía esperar nada. Un militar había llegado al poder cerrando el siglo y éste tampoco había podido implementar nada tangible para el grueso de la población, y la misma población lo había depuesto para nombrar a un neoliberal, Tobías Méndez Muñoz. Todo se deshacía en la retórica del poder, en el lenguaje de la economía global, donde la danza de millones de dólares en torno al petróleo y las riquezas del subsuelo se perdían en otro discurso vacío, donde los recursos del país salían de nuevo desangrados. Su escepticismo hacia cuestiones políticas se veía agravado por el proceso de enajenación masiva a que era conducida la población, que no sabía más que hablar de política o dinero, una población anestesiada por los medios visuales,

manipulada por la tecnología o el consumismo, ahíta de una productividad puramente material que rechazaba cualquier humanismo. Por ello descreía del concepto fatuo de democracia que habían tratado de inculcarle en el liceo o a través de periódicos, aquellos impresos que le parecían colecciones de calamidades. La mayor parte de lo que solía llamarse sociedad estaba impregnada de una mezcla de sordidez e hipocresía, cuando no de mal gusto oficializado, un paquete de clisés ofrecidos como panacea, pero en el fondo de aquello no había sino un depósito de cifras, de números o de tristes estadísticas, todo maquillado de liberalismo, diversión y unos cuantos placeres instantáneos, una suerte de felicidad a plazos, disfrutable con tarjetas de crédito y otros débitos bancarios cuyos intereses en metálico endeudaban el alma, de acuerdo a las famosas leyes capitalistas de oferta y demanda. Una felicidad estomacal de fines de semana, donde en un par de días había que emborracharse, tragar, fumar, tener sexo y vomitar todo lo más rápido posible, pues el día lunes había que presentarse bien limpio en la oficina, con la apariencia de no haber roto ni un plato, dispuesto a trabajar como un asno para que el jefe pudiese llevarse todos los méritos. Y a eso le llamaban la libertad, esfuerzo, trabajo, sacrificio, responsabilidad o qué se yo. Había revisado todo esto con una mirada neutra, lo más fría posible, y no podía llegar sino a estas conclusiones. Por ello prefería mirar el mundo a través del arte, pensarlo a través de los libros; tenía como premisa en su vida la máxima de John Keats según la cual la verdad es la belleza y la belleza es la verdad, y con ella como guía trataría de darle algún sentido a las horas que le aguardaban por vivir.

Pensó en Ruth, en Josefina, en Vicente, en María José, en los sentimientos que había compartido junto a ellos. Todo le parecía una ilusión dolorosa, un sueño negado. Pero estaba dispuesto a encontrar belleza o verdad, estuviesen donde estuviesen.

Mérida, Cumaná, San Cristóbal, San Felipe, ciudades que tenían cada una un secreto bien guardado, y él estaba dispuesto a descubrir. Tomó el metro de Catia y se bajó en la estación de Altamira, buscando un ambiente distinto para pensar. Se sentó en uno de los bancos de la plaza Altamira. Buscó el morral y sacó un libro de César Vallejo; leyó por enésima vez uno de los poemas; después anotó algo en su libreta, pensó en lo que podía hacer con aquel pequeño capital, y al abrir la libreta de ahorros del banco para mirar el monto que su madre le había

dejado pudo comprobar que la cifra era mayor de la que él suponía. Lloró copiosamente esa tarde, hasta que sus párpados se hincharon; se sentía culpable de poseer aquella suma, era injusto que María José hubiese ahorrado tantos meses para no disfrutar ni un solo céntimo, ni siquiera aceptaba invitaciones de su hijo a salir por allí a comer en un buen sitio, todo lo ahorra para los gastos de la casa.

Hacía calor, así que Juan Pablo se dirigió a un carrito de helados y pidió uno para refrescarse. Mientras lo comía pudo relajarse por un momento; miró distraídamente hacia un edificio en construcción. Había unos techos de zinc, una de esas construcciones provisionales armadas para uso de los obreros y para guardar materiales. Cerca de la caseta había un hombre sentado en el suelo en una posición desgonzada; aparentemente era un borracho, pero la vestimenta que llevaba no era del todo harapienta, aunque sí sucia; tenía el aspecto de un mendigo. Juan Pablo se acercó más, se mudó de banco para observarle mejor, durante un rato.

Pero el hombre no se movía. Así que Juan Pablo se levantó del banco y se acercó a la caseta, y el cuerpo seguía inmóvil. Se hallaba recostado de una pared mugrienta, y a su derecha había una taza de café vacía. Su cabeza estaba tumbada hacia un lado, de modo que se podía pensar que estaba dormido, pero no se movía ni un ápice. Juan Pablo lo tropezó adrede con el pie, pero éste pareció no sentir nada. A su derecha había un montón de revistas y periódicos viejos, un morral en el que asomaban la punta de un cambur y una manzana a medio morder. El paquete de periódicos estaba amarrado por un guaral fino. Al aproximarse más vio que la suela de los zapatos estaba rota, los jeans manchados y la camisa raída en el cuello y las mangas. Una barba no muy larga y un cabello enmarañado tapaba a medias sus orejas y parte de la frente. Parecía estar entregado a un sueño profundo, a ese sueño de los borrachos en la calle que tanto se parece a la muerte.

Hasta ahora no había movido ni un músculo, y Juan Pablo se aterrorizó con la posibilidad de que aquel hombre estuviese muerto. Había muchos como él en la ciudad, era verdad, pero éste tenía algo que llamaba su atención, no sabía qué exactamente, su rostro le lucía familiar, algo en sus facciones finas, en su barba roja de días y en su melena rubia le recordaban a algún personaje del cine o la literatura, después de todo siempre le habían llamado la atención los apacibles mendigos que extendían sus manos solicitando con nobleza alguna

limosna para beber o comer, los consideraba unos héroes cotidianos arriesgando el todo por el todo, ahí en el latido peligroso de la calle, en la peligrosa intemperie... Pero seguían vivos por un día más, y éste tenía un aspecto respetable, un signo de nobleza en la frente.

Miró a su alrededor, cerciorándose de que no le vieran acercándose, y le tocó para despertarlo, y aquél no respondió. Se agachó a su lado y le sacudió más fuerte, y el hombre apenas si movió los párpados, pero no tenía fuerzas suficientes para abrir los ojos.

—Epa, hombre —dijo Juan Pablo—. Despiértese, que se va a quedar ahí para siempre.

El hombre logró abrir los ojos azules a medias, y Juan Pablo sintió alivio. Le tomó del brazo derecho para ayudarlo a incorporarse. El hombre le dirigió una mirada agria, salpicada de asombro.

—Quién es... usted —preguntó con voz gangosa.

—Nadie. Pensé que estaba muerto, amigo, y he venido a recordarle que todavía está en este mundo.

—En este mundo... —repitió el hombre, tratando de acomodarse mejor, y echando un vistazo en torno suyo—. Tengo sed —dijo.

—Yo también. Ahora mismo traigo agua —dijo Juan Pablo, con toda la intención de ir a buscarla a uno de los carritos de “perros calientes” cercanos. Al regreso, el hombre se había enderezado un poco más y bebió con fruición el agua. Ya había empezado a declinar la tarde, y ambos pudieron ver la escena cotidiana de esa hora en aquel sitio: seres mendicantes y marginados salían de todas partes a deambular por allí buscando el sustento; limpiando autos, barriendo los frentes de algunos establecimientos o recogiendo sobras en los basureros cercanos, latas de refresco que luego podían canjear por algunos bolívares; los más atrevidos se montaban en los carritos por puesto a declamar sus miserias: debo hacerme una operación y no tengo dinero, me estoy muriendo de cáncer, y se subían la camisa y dejaban ver el tubo conectado al intestino por donde evacuaban, o mi hija tiene que hacerse un tratamiento muy costoso y entonces mostraba a los pasajeros las encías rotas de la niña, o pedían para cualquier otra cosa, para completar un pasaje al interior o comprar comida, aunque algunos de ellos eran ladrones, se montaban en las busetas y a punta de pistola despojaban a los pasajeros de dinero o prendas, cuando veían que el conductor era viejo y los pasajeros no podían defenderse, pues eran mujeres o ancianos o niños indefensos. Por esta razón casi todos los conductores

iban también armados o viajaban acompañados de un pedazo de hierro o una gran cabilla, que usaban en casos de emergencia.

Los más numerosos eran los “recogelatas” y los de la “mafia” de desperdicios comestibles, aquellos que se repartían o negociaban la basura de las mejores zonas de la ciudad, pues ésta provenía de los edificios o de casas de gente pudiente, o de los restaurantes cercanos de esas zonas de Altamira o Los Palos Grandes, donde siempre había restos de carne o piezas de pollo aún tibias y hasta suculentas, arroz, papas o panes consumibles, sazonados gracias a buenas recetas. Los marginados veían cómo a los lujosos restaurantes llegaban autos de último modelo con mujeres bellísimas acompañadas de hombres elegantes, que eran recibidos con todas las atenciones y luego conducidos hacia el interior de los restaurantes, debidamente escoltados.

Justamente, en esas primeras horas de la noche comenzaban a subir por la avenida los grandes autos, y Juan Pablo y aquel hombre harapiento estaban teniendo impresiones similares.

—No sé quién es usted —le comunicó el hombre a Juan Pablo—. Pero le doy las gracias por haberme ayudado, y... por el trago de agua. Ahora debo conseguir algo para comer, pues tengo trabajo más tarde.

—¿Trabaja usted? —preguntó Juan Pablo.

—Sí, claro. Y usted, ¿qué hace?

—Acabo de graduarme de bachiller y voy a estudiar al interior... a Mérida, quizá.

—Yo soy científico, o al menos eso intento ser —dijo el hombre—. Mucho gusto —dijo extendiéndole la mano a Juan Pablo—. Me llamo Nicolás Kai.

—Yo soy Juan Pablo Risco, y estaba en esta plaza decidiendo mi destino —dijo sonriendo.

—El destino no se decide. El destino decide por nosotros. A lo sumo, podemos atisbar. Mire a su alrededor. No me dirá que es propiamente una situación alentadora.

—No, no la es, tiene razón, casi en ninguna parte hay situaciones alentadoras.

—Qué cree usted que negocian estos señores en esos grandes restaurantes, joven. Los ricos quieren ser cada día más ricos. Los pobres serán cada día más pobres, si no lo impedimos. Lo peor de todo es que la única quimera de los pobres es llegar a ser ricos —dijo—. De alguna forma hay que parar esto. En este país todavía tenemos la oportunidad

de comer sobras no sintéticas. Nuestra basura es la mejor del mundo. En Nueva York y casi todas las ciudades norteamericanas, y en París, Tokio, Londres y Madrid están comiendo casi todo sintético, así que ni siquiera hay la posibilidad de comer basura. La basura allá no existe, amigo...

—Juan Pablo...

—Créame, Juan Pablo, créame lo que le digo.

—Quizá sí, quizá no...

—Hay muchas cosas que no sabemos, Juan Pablo...

—¿Cómo se siente ahora? Le invito a una hamburguesa en la esquina.

—No seas tonto, muchacho, esas hamburguesas son auténtica mierda. Yo conozco un basurero donde puedes comer mejor, aunque tal vez quieras invitarme a ese restaurante —dijo, señalando a uno llamado “La Estancia”, de donde salía un aroma de carne asada que inundaba las calles cercanas.

—Te juro que he soñado con el sabor de esa carne por semanas. No tienes idea de cuánto vale un buen bistec ahí.

—No puede costar más de veinticinco mil.

—Estás soñando, muchacho, estás soñando... Cuesta cuarenta y no se lo venden a todo el mundo. Sólo a clientes exclusivos que van a hacer buenos negocios. Si te pones un buen traje y te metes ahí con una amiga con cien mil en el bolsillo, tampoco te servirán. Primero tienes que convertirte en cliente, tienen que saber de dónde vienes, qué haces, tener una credencial y amigos comunes ahí, ya sabes.

—Eso no es posible.

—En qué país vives, muchacho.

—Yo vengo de Catia, ahí nací. Allá mi madre me preparaba carne, comía cerdo con tostones todas las semanas, y ensaladas frescas, buen pan.

—No sé de dónde las sacaba, chico. Tiene que haber sido una gran dama, todo un esfuerzo para conseguirte esa ración una vez a la semana.

—Mira, yo atendí una cantina en el liceo donde se expendía comida fresca todos los días, y un amigo mío de El Silencio, Vicente, come carne o lo que él quiera en su casa.

—¿A qué comida te refieres?

—Bueno, pasteles, arepitas, hamburguesas, sándwiches.

—¿A eso llamas comida fresca? Me parece que estás en un error, amigo Juan Pablo.

Juan Pablo lo pensó bien. La verdad, nunca había estado completamente consciente de la dificultad para conseguir alimentos. Con excepción de las esporádicas invitaciones de su amigo Vicente, no comía nunca fuera de casa; todo lo que había ingerido provenía de la cantina o de las manos de su madre. Lo pensó bien. Los olores que salían de las casuchas de su pobre barrio eran agrios, fuertes, casi hediondos, y nunca se veía carne por allí. Las legumbres eran sembradas en los pequeños patios, en materos. Las hortalizas que llegaban a las bodeguitas eran cosechadas por un negro del lugar, Pancho Iriarte, que no hacía otra cosa sino sembrar y regar legumbres y hortalizas en las laderas de los cerros del vecindario, acompañado por un grupo de negros que le ayudaban en el negocio de distribuir las y venderlas.

Asimismo, se había resistido a creer que se matasen los perros y los burros del vecindario para comérselos, como varias veces había oído decir. Las ocasiones en que había llegado a cenar en casa de la buena de doña Gracia, por invitación de ésta, los alimentos no le habían sabido ni sentado bien, hasta el punto de provocarle indigestiones. Por los lados de Catia no había en verdad restaurantes, sino bares, areperas y fuentes de soda donde los rellenos eran casi todos de salchichas y embutidos, pues el queso era inencontrable o muy caro. En la región de los llanos, las vacas eran cada día más escasas, casi no se usaban para extraer de éstas la carne, sino para dar leche y producir quesos. El virus que había atacado al ganado vacuno en el año 2005 les había causado una enfermedad tan grave que casi hizo desaparecer al ganado, que y a duras penas le permitía dar pocas cantidades de leche.

Lo visible eran expendios callejeros ilegales de pinchos de carne, de los que sí había oído decir que estaban hechos con perros sacrificados. Pese a la prohibición oficial de tales asaderos, no podían hacerles desaparecer, pues de estos se alimentaban muchos niños y muchas familias de los policías, quienes vivían de manera casi tan indigente como los pobres, y no podían acceder a restaurantes ni a las polleras. Aún no sabía cómo aquel niño, Armandito, se las había arreglado para entrar a una Maxipollera en la avenida y traer pollo el día del velorio de su madre, y cómo aquel perrito lazarillo, medio cojo, se había salvado de ser una presa para los pinchos, y hasta había acompañado a Juan Pablo el día en que decidió su partida del barrio.

Los otros establecimientos, los de comida rápida, eran negocios para vender pollos, una carne que a él nunca le gustó. Pollo frito, crocante, horneado, alas fritas, pescuezos, grandes pechugas chorreantes y sobre todo mucha grasa, piel de pollo, pellejo de grasas saturadas que al ponerse al contacto con el fuego producía cierto olor agradable y algo parecido al gusto, pero no, ya las investigaciones con respecto al pollo salían semanalmente en la prensa, la crianza de aves con hormonas, inyectadas con líquidos para que no se pudriesen antes de tiempo, los pollos engordados con una luz encendida día y noche a fin de que no durmiesen nunca, de que se atragantaran de alimento sintético engordante hasta morir. Despedían un olor a desinfectante, a bagazo quemado, y la carne, pese a ser gorda, no tenía ningún sabor especial, y entonces debía ser sazonada con algo fuerte que le imprimiera cierto gusto. La ingestión de pollo, según muchos informes médicos, podía causar cáncer y hasta alteraciones en el sistema endocrino, pero las poderosas empresas transnacionales de aves, enclavadas en las grandes avenidas, llamaban la atención con sus atractivos diseños metálicos y luminosos donde había diversiones para los niños, música, pequeños parques y envases de colores, cupones, ofertas, rifas y muñequitos que atraían a niños y adolescentes, hacia quienes estaba dirigido casi todo el negocio. Aunque resultaban costosos los platos, la clase media asistía a aquellos establecimientos como quien acude a un templo, como quien se realiza en medio de un paraíso artificial. Hacían largas colas, esperaban tiempo indefinido para retirar los pedidos, pero aquello lo convertían en fiesta, en entretenimiento, conversaban entre ellos, oían música, aguardaban en salas especiales. Estaban allí, donde la chusma no podía molestarles, donde los pedigüeños no les fastidiaban, pues para acceder allí había que tener un auto en buenas condiciones, y un auto nuevo costaba casi un ojo de la cara.

Casi nunca frecuentaba el este de la ciudad, y la situación con la comida allí era más radical. Sólo existían los carritos de perros calientes y hamburguesas, las Maxipolleras, una que otra arepera mal montada y los restaurantes de lujo. No se explicaba Juan Pablo cómo había podido ser tan ingenuo. Lo pensó bien. Aquel hombre, Nicolás Kai, tenía razón.

—Y qué piensas estudiar en Mérida —le preguntó Nicolás de improviso.

—Cine —respondió Juan Pablo.

—Ah, cine... interesante. Yo era escritor, pero luego tuve que meterme de lleno en la lucha de la ecología política.

—¿Y qué pasó?

—Es una larga historia, muchacho. Y no creo que ahora sea momento de contártela.

Nicolás se levantó del suelo y se frotó las manos para conjurar el frío. Se sacudió un poco el ruinoso paltó y le hizo una seña a Juan Pablo. Este le siguió por curiosidad, dos cuadras más hacia el Norte. Ya había caído la noche y Nicolás continuaba mascullando cosas acerca de la comida. Juan Pablo sintió un poco de miedo, como si estuviese penetrando en un universo desconocido, en un ámbito del que no sabía nada. Cómo podía enfrentarse el mundo real si ignoraba de él las cosas más elementales, como la situación de la comida, por ejemplo. Y ahora un hombre de la calle, un mendigo casi, le estaba haciendo sentir que era un ingenuo. Quizá por eso le seguía. Mientras cruzaba las aceras, sentía que una brisa fresca, distinta, le acariciaba la cara. Los arbustos de la isla en la avenida se alineaban de manera uniforme. Miró hacia el fondo de la avenida, y sintió la poderosa presencia del cerro Ávila, su mirada penetró contra su voluntad en las capas de oscuridad y percibió un pequeño remolino arriba, cerca de las copas de los árboles, y entonces vio el cerro Ávila de día, su color y sus espigas por un momento, y que en algún lugar del verdor se abría un vaso comunicante hacia el interior del cerro donde vio venados dando vueltas, turpiales y arrendajos que piaban desesperadamente, jaguares y pumas que se enfrentaban a grandes nubes de gases. Y en el centro del remolino la cara de un hombre indio que les llamaba inútilmente. Ese hombre indio se llamaba Minos, el juez de los culpados. En el segundo cerco vio a los condenados por lujuria, cuya pena consistía en verse eternamente sacudidos por fierísimos vientos en un ambiente oscuro y tenebroso. Entre esos infelices reconoció el rostro de Josefina Montero, y escuchaba la historia de sus desgraciados amores.

Se tambaleó un poco en la acera, y Nicolás se acercó a él.

—¿Qué te pasa, hombre? Se ve que tampoco has comido.

—No, no es eso... pero ya pasó.

—¿Estás bien?

—Sí, ya estoy bien. ¿A dónde vamos?

—Si no puedes o no quieres venir, no importa, muchacho. A donde te llevo no hay peligro, pero quizá no quieras perder tu tiempo

conmigo. Me parece que deberías ver algunas cosas antes de marcharte a estudiar cine.

—De vez en cuando sufro de alucinaciones —confesó Juan Pablo—. De pronto siento que el aire se abre y veo adentro cosas fantásticas y vertiginosas.

—Ah, eso es un buen síntoma.

—¿Un buen síntoma? —inquirió Juan Pablo.

—Después te explico —dijo Nicolás.

Capítulo siete

Continuaron subiendo por la avenida. Ya habían caminado cinco cuadras, y estaban llegando al límite de la Cota Dosmil. La arteria vial había sido ensanchada recientemente, y ahora tenía capacidad para recibir un enorme volumen de carros. La cantidad de automóviles crecía; se sentía su zumbido, el sonido que dejaban con sus ráfagas veloces se desplazaba en ecos. Las huidizas luces terminaban de componer un extraño espectáculo de vértigo, donde los puntos luminosos se movían en el espacio negro describiendo una órbita desigual.

Llegaron a una redoma. Nikolás se encaminó hacia una esquina donde se divisaba una enredadera que dejaba ver sus ramas aéreas a una luz muy débil; los autos que ocasionalmente pasaban por allí la alumbraban. Nikolás se recostó de los viejos alambres de una cerca, y le hizo señas a Juan Pablo de adelantarse.

—Vamos a entrar aquí —le susurró a Juan Pablo—. Pero nadie debe vernos.

Juan Pablo no entendía por dónde iban a hacerlo. Cuando ya no se avistaban luces de autos ni gente transitando en varios metros, Nikolás le indicó a Juan Pablo seguirlo. Una vez situado frente a la tupida enramada, Nikolás abrió una puerta simulada, para permitirles el descenso

a un sótano, a través de un largo y oscuro pasillo, húmedo y umbrío. Juan Pablo le preguntó varias veces qué significaba todo aquello, hacia dónde iban, pero Nikolás no le contestaba. Finalmente Nikolás se detuvo, y empujó algo que cayó aparatosamente sobre la tierra. Cuando estuvieron frente a la puerta. Nikolás sacó un manojito de llaves de su morral, introdujo una en la cerradura y pasó el cerrojo varias veces; la puerta se abrió a un ruinoso pasillo por el cual caminaron para acceder a otra puerta; metió otra llave y al fin llegaron a un cuarto.

Nikolás encendió una luz y entonces Juan Pablo vio la imagen más contrastada que sus ojos habían presenciado hasta ahora: una vetusta habitación de madera servía de recinto a una gran red de computadoras. Numerosos monitores, conectados a torres de unidades compactas, constituían un sistema de ordenadores. Inmediatamente Nikolás se dejó caer en una silla y se llevó las manos al abdomen.

—Me duele —dijo.

Juan Pablo estaba atónito, sin poder pronunciar palabra. Nikolás se paró y fue hasta un refrigerador cercano. Buscó un envase en su interior y se empinó el contenido.

—Esto me calmará —dijo.

—Toma un poco de agua de verdad mientras tanto —respondió Nikolás, alcanzando a Juan Pablo un vaso, y llenándolo luego con agua de otro recipiente de la nevera.

Juan Pablo probó entonces un gran sorbo de agua fresca; lo paladeó como si se tratase de un gran vino o el zumo exquisito de alguna fruta paradisíaca.

—Y pensar que te creí un mendigo completo. Ahora explícame qué significa todo esto.

—Me gustaría saber, Juan Pablo, dónde has vivido y qué clase de educación has recibido.

—Debes estar bromeando —dijo—. Este no es un momento para hacer eso. A menos que me encuentre secuestrado.

—En serio, Juan Pablo, en serio te lo pregunto —exigió Nikolás.

Juan Pablo se esforzó. Hizo un recuento muy breve de su vida; le narró algunos episodios escabrosos de su vida en Catia y su amistad con Vicente. Nikolás insistía en preguntarle peculiaridades de su infancia que Juan Pablo evadía; luego le habló de su efímera relación con Josefina sin referirle detalles dolorosos. Se sentía en una extraña confianza con aquel hombre que terminaba de conocer. A pesar de su

parquedad, le habló de su orfandad paterna y de la muerte reciente de su madre. Pero Juan Pablo era parco por naturaleza, y no pudo explayarse demasiado. En cuanto a su educación le dijo que la suya no se diferenciaba mucho de la de cualquier muchacho de su edad. Las facilidades de la informática, el acceso a la sociedad globalizada por ordenadores había alcanzado ya registros enormes. El asunto estaba en el contenido de esa educación. Todo parecía estar homogeneizado y hermoheado por lo visual, mientras que las palabras, el pensamiento o la literatura parecían no tener peso específico en el motor humano de la sociedad: la ética, los principios o valores se encontraban supeditados a una estética previa, por el llamado “gusto popular” acreditado en los grandes centros de poder económico, las Megacorporaciones.

Nicolás estaba entusiasmado por aquella repentina hilvanación de ideas por parte de Juan Pablo, quien sorbió un trago más de agua para continuar.

—El llamado arte popular, en vez de ser una expresión espontánea, es conducido, a través de una cultura de masas de medios tecnológicos, hacia una nueva versión de la Cultura Massmediática. Ya eso lo sabe un gran sector de la sociedad, el sector de la Vanguardia Ética. Pero ese sector es muy reducido y casi no tiene espacio en el mundo social real. El capitalismo de Estado permite a la gente ser libre sólo en teoría, pero la naturaleza de esa libertad no se deja definir sin que se la distorsione.

—Muy bien, muchacho —dijo Nicolás en tono alentador. Me imagino que estarás informado acerca del Credicidio.

—Sí, claro —respondió.

Los grupos minoritarios, artísticos y religiosos, estaban asistiendo al fenómeno de la muerte de las creencias o Credicidio, que iba en aumento. No se trataba de ateísmo ni de agnosticismo, sino del desinterés casi total por cualquier deidad, pagana o cristiana. Las imágenes cristianas habían sufrido deformaciones básicas, mientras que el capitalismo de Estado absorbía para él cualquier idea de fe. Los templos e iglesias se habían convertido en museos, en depósitos de obras artísticas para incrementar el turismo.

—Quisiera reunirme algún día con un miembro de la Vanguardia Ética —dijo Juan Pablo.

—Conozco algunos, muchacho, no pierdas las esperanzas —respondió Nicolás—. Pero ahora hay que llenar el estómago —se levantó para ir a buscar una bolsa negra, de donde sacó un pedazo grande de

queso y unos vegetales, lechugas y aceitunas. Cortó un poco de todo y lo dispuso en un plato, y bañó el conjunto con un poco de sal, aceite y limón. Acercó el plato a Juan Pablo.

—Qué son estas cosas verdes —preguntó Juan Pablo.

—Aceitunas.

—No las había visto.

Nicolás se echó a reír.

—Este queso sabe distinto a los otros —dijo Juan Pablo, saboreando un pedazo.

—Es queso de cabra.

—Nunca he visto una cabra de verdad en toda mi vida. Sólo en la televisión.

Degustaron la gran ensalada y luego tomaron agua. Ya estaban conformes. Juan Pablo no salía de su asombro.

—Ahora tienes que decirme qué estabas haciendo allá afuera, tirado en la calle, haciendo el papel de pordiosero —le exigió.

—Me acababan de dar una golpiza. Estaba cerca de un restorán montándole cacería a un par de tipos que probablemente estaban en ese restorán con una mujer. En efecto, al rato salieron; yo me acerqué más a detallarlos, entonces tropecé con la dama y ensucié su vestido adrede, por lo cual montó en cólera. Los tipos llamaron a uno de sus guardaespaldas, y ahí mismo me arrimó a patadas. A medida que me resistía otros iban agregándose, hasta que me propinaron una verdadera paliza. Era la reacción que me esperaba de aquel trío de mafiosos. Logré llegar hasta la isla de la avenida. De allí fui bajando, hasta el sitio donde me encontraste. La verdad, estaba medio muerto —terminó diciendo Nicolás con un suspiro.

—Y ahora este cuarto lleno de computadoras. Es difícil imaginar a qué te dedicas.

—La verdad, muchacho, es que no deberías estar aquí. Es peligroso para ti. Además sé muy poco de ti, podrías haberme mentado, y la verdad es que no tendría por qué darte explicaciones. Mi oficio es demasiado peligroso, y no quiero involucrarte.

—No soy un soplón ni nada por el estilo.

—No me refiero a eso. Me refiero a que si algún día tienes que hablarle a la policía de mis proyectos, si te torturan para hacerte cantar... entonces los dos estaríamos jugando un juego con demasiados riesgos.

—Bueno, entonces me voy —dijo Juan Pablo con gesto desilusionado—. Ábreme la puerta.

—Como quieras.

Nicolás tomó las llaves y abrió la puerta.

—Ven, te acompaño hasta la salida. Y gracias por ayudarme.

Capítulo ocho

Atravesaron de nuevo el oscuro zaguán, y una vez estuvieron cerca de la enramada en la avenida, Juan Pablo se detuvo.

—Quiero saber qué hay detrás de todo esto, Nicolás. De veras estoy interesado en tus proyectos, cualesquiera que estos sean. No diré nada a nadie, te lo prometo. Me involucre o no en ello.

Nicolás quedó un momento en silencio en medio de la oscuridad.

—Espero que no te arrepientas, muchacho —dijo. Se devolvieron a la casa. Ocuparon otra vez sus sillas. Nicolás se levantó un momento a preparar café. Sirvió sendas tazas humeantes.

—La mía es una historia larga —dijo—. Me gradué con honores en la Universidad Central de Venezuela. En Cibernética. Luego hice un postgrado en Ecogenética en Estados Unidos, en Columbia. Trabajé un tiempo en el Norte, como profesor, y luego como investigador. En el Instituto de Investigaciones Ecogenéticas conocí al profesor Fidias Heredia, quien para mi sorpresa también era venezolano. Este hombre me reveló una serie de claves y me enseñó el arte de investigar. Digo arte y no técnica: más que la implementación mecánica de cosas, le daba un contenido a todo cuanto hacía. Poco a poco fui empañándome de sus proyectos, especialmente de los referidos al agua,

energía solar y eólica. Del interés puramente científico derivé hacia un interés filosófico, digamos. Y de ahí, imperceptiblemente, me fui involucrando también en problemas de tipo social.

—Todo comenzó —continuó su relato Nikolás, tomando un sorbo de café— cuando el profesor Heredia desaparecía por días de los laboratorios sin explicaciones, y regresaba lleno de nuevas energías. Nunca revelaba dónde había estado. Yo me mostraba intrigado, pero era difícil que soltara prenda. Mientras tanto, me concentraba en mi trabajo cuanto podía. En una de esas rachas en que me hallaba más inmerso en lo mío, el profesor Fideas Heredia volvió a perderse. Él estaba cada día más en la idea de que la ciencia no servía para nada si no tenía una aplicación en lo real o producía algún bienestar en los hombres. Esta idea lo turbaba, o más bien la idea de no poder lograrlo lo perturbaba. Yo estaba de acuerdo con él, pero mi interés en aquel momento era ante todo científico. El profesor Heredia no regresó al instituto. Desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra.

El relato de Nikolás Kai fue de tono nostálgico, y hasta se le humedecieron un poco los ojos. Estaba sentado en una vieja silla de madera, y se levantó.

—Ahora vas a disculparme —dijo—. Voy a quitarme esta inmunidad de ropa.

Entró a un pequeño cuarto. Juan Pablo oyó el sonido lejano de la ducha. Al rato Nikolás salió irreconocible, con una camiseta negra y unas bermudas.

—No sé por qué te confío todo esto, Juan Pablo. La verdad no lo sé. Bien pudieras estar aprovechándote de cualquier cosa para divulgarla, y perdóname si te ofendo.

Juan Pablo permaneció callado, mirando fijamente a Nikolás Kai.

—No lo sé. Intuición, supongo —dijo con énfasis humorístico.

—Ahora hay otra duda de la que debes sacarme: por qué estabas espionando a esos tipos y a esa mujer a la salida del restaurante.

—Ahí está el asunto —repuso Nikolás—. Fueron ellos. Siempre son ellos. No voy a esperar a que me preguntes quiénes son. Simplemente escúchame.

Encendió un cigarrillo, y luego de exhalar una larga bocanada, prosiguió:

—Una vez que el profesor Fideas Heredia desapareció del Instituto de Investigaciones Biogenéticas comenzaron a suceder otras cosas

interesantes. Yo terminé mi labor allí a los pocos meses; renuncié al cargo y acepté uno nuevo en la Corporación Enolc, por sugerencia del propio Fidas Heredia, quien había trabajado un tiempo allí. Me pidió continuar con una investigación suya en el terreno de las drogas sintéticas, sobre un fármaco cuyo proyecto podía ser muy útil para la sanación del cáncer. El presidente de la Corporación Enolc era —y es todavía— Julio Leconte, un científico, o más bien un tecnólogo adinerado que forma parte del *trust* de las Megacorporaciones. Es posiblemente el tecnócrata más poderoso en Venezuela hoy. Está directamente asociado con Domingo Monasterios, un empresario, como tú sabes, dueño de los principales medios de comunicación del país, de diarios, canales de televisión, y de buena parte del mundo musical y del espectáculo. Maneja además Domingo Monasterios salas de diversión digital, turismo y otros ramos. Tiene acciones en la Corporación Enolc. Te preguntaré qué tiene que ver todo esto conmigo —enfaticó Nicolás. Trituró la colilla del cigarrillo contra el cenicero, antes de confesarle algunas otras cosas.

Aparentemente, él y Fidas Heredia habían tratado de divulgar en los medios de comunicación al grave problema de la destrucción de la Biosfera. Nicolás le resumió el asunto a Juan Pablo del siguiente modo: para producir los alimentos eran indispensables tres elementos: agua limpia, cielo óptimo y tierra fértil, elementos que cada vez andaban más escasos. Primero, el cielo, que con los contaminantes industriales, el nitrógeno, el sulfuro y los metales pesados comenzaron a saturar el aire de sustancias tóxicas. La capa de ozono estaba ya muy vulnerada, por lo cual los rayos ultravioletas del sol nos alcanzan en mayor proporción. Luego, los cultivos alterados con el humo espeso que sale de fábricas. Pese a las prohibiciones de quemar el carbón, éstas no eran tomadas en cuenta, pues las fábricas tampoco podían detenerse; así, el nivel de luz ultravioleta produjo un aumento del humo y por consiguiente cáncer de piel, mientras que los cultivos no prosperaban. Mientras tanto, el agua era contaminada con residuos tóxicos no tratados. Los lagos y ríos eran las víctimas principales de ello. El 40% de los cultivos debía ser por agua de regadío, y se consumía más agua de la que podía recuperarse por la acción natural del cielo; los depósitos de agua mermaban y no llovía lo suficiente. Países ridículamente subdesarrollados aún, como Venezuela, eran los más perjudicados por los tecnológicamente desarrollados, como Estados Unidos o Alemania, donde se aplicaba con

raciocinio la Biotecnología. Estos podían sobrevivir más tiempo. Precisamente, los ríos de Venezuela se estaban consumiendo bajo las miradas pusilánimes de empresarios y políticos, y Fideas y Nicolás se habían propuesto la recuperación de muchos ríos y la construcción de nuevos modos de cultivo.

Por otra parte, los bosques se estaban acabando. Las aguas no eran retenidas por las raíces del subsuelo; ahora se desplazaban bajo el suelo vertiginosamente, arrastrando los abonos. La producción de granos, tan importante para evitar el hambre de las naciones pobres, había disminuido por esta razón. Tierras de secano quedaban donde antes existían acuíferos. Intentaron con la recién inventada técnica de desalinización del mar, implementada en ese año 2020, a través de extractores que no implicaban menos costos de energía, pero la falta de agua limpia disponible no podía resolverse.

El excesivo uso de la tierra redundó en erosión. La siega y las deforestaciones contribuyeron a un subsuelo mediocre. No había técnica que pudiese recuperar a las tierras de esa erosión, de modo que éstas estaban convirtiéndose en desiertos. Pese a todo ello la producción de alimentos no decrecía, aunque aquellos fuesen de mala calidad. Precisamente, ese era uno de los objetivos de las Megacorporaciones: producir alimentos a toda costa. Una de las técnicas de esta nueva ciencia era la de la recombinación genética y cultivos celulares, lo cual transformó radicalmente a miles de variedades de especies existentes, para crear otros cientos de especies, plantas capaces de captar su propio nitrógeno, por lo cual no necesitaban de fertilizantes. El proceso de fotosíntesis se superaba en rapidez sobre dos o tres veces de lo normal, eran más resistentes a las pestes o microorganismos tradicionales, y no necesitaban de tanta luz o agua para crecer. A partir de nuevos microorganismos se introdujeron otras especies resistentes. Se implementaron entonces los depósitos-granjas para cultivar algas que luego eran aromatizadas y texturizadas, y podían consumirse sin temor. En fin, ya estaban en la era de los alimentos sintéticos, los cuales sustituían a la carne. De hecho, se había conseguido imitar el sabor y textura de la carne con un preparado vegetal con base de lentejas mezcladas con tofú y reforzada por aditivos, que nada tenía que envidiarle en sabor a un rojo y jugoso pedazo de carne molida hecha a la parrilla. Una de las técnicas para producir alimentos transgénicos era irradiando los alimentos con rayos gamma, con un bloque de cobalto; se alteraba, así el ADN de los alimentos, para

eliminar las plagas. Las radiaciones evitaban las bacterias. La biotecnología planteaba sobre todo la cuantificación de la comida, para alimentar a más gente. Así, lo invertido en la crianza de ganado quedó en buena parte suplantado por la dieta vegetariana.

Por su parte, el pescado y los mariscos seguían tan costosos como la carne roja, pero su producción era más sencilla, criándolos en estanques y grandes depósitos. Las proteínas de estos se aprovechaban sintetizándolas a partir del procesado de cabezas y colas de pescado.

A su vez, el movimiento de alimentación orgánica se hacía más fuerte, y emplazaba públicamente a la tendencia transgénica, en un combate publicitario permanente de parte y parte.

Pero nada de esto detenía el agotamiento de la biosfera y la contaminación del subsuelo, lo cual pasó a ser la preocupación central de Nicolás Kai y de Fideas Heredia, junto con el problema de la energía.

Juan Pablo estaba atónito. En su secundaria no le habían revelado las cosas con tal claridad, aunque algunos de estos datos ya habían sido intuitivos por él. Nicolás le explicó que aquel estudio, aquel laboratorio computarizado le permitía almacenar la información y llevar a cabo buena parte del trabajo: planificarlo, programar su explotación, calcular costos, para tener luego una base sólida.

—Me pregunto cómo se relaciona todo esto, qué buscan en verdad las Megacorporaciones, aparte de infinito poder.

—Me temo que si te dedicas conmigo a averiguar eso, tu carrera de cineasta se verá interrumpida —dijo Nicolás.

—No creo —replicó Juan Pablo muy seguro—. Creo más bien que el cine puede contribuir a que estas cosas se conozcan mejor. Acuérdate de que es el arte masivo por excelencia.

Al decir esto, Juan Pablo puso la vista en uno de los monitores de la habitación y vio que la pantalla se derretía y mostraba en su interior un remolino de formas incandescentes, como el movimiento del magma volcánico, de una lava que derretía su masa rojinegra y se derramaba hacia fuera, cubriendo las mesas y las sillas. El líquido espeso se dirigía a los pies de Nicolás, y Juan Pablo no quiso advertirle de nada, pues se trataba de otra de sus alucinaciones, a través de la cual entraba al cerco tercero, en el que se castiga el vicio de la gula con la pena de ser batidos los condenados con una fortísima lluvia mezclada de grueso granizo, y ensordecidos al mismo tiempo por los ladridos de Cerbero, que además los desgarran con uñas y dientes. Entre esos infelices encuentra a un

obeso de la secundaria, con el que se entretiene hablando de cosas del barrio Gato Negro. Pero cuando la lava tocó uno de los pies de Nikolás éste dio un grito; Juan Pablo se levantó de su puesto y entonces la lava desapareció.

—Sentí que algo me quemaba el pie —dijo—. Algo caliente.

Juan Pablo no quiso revelarle nada, y trató de retomar la conversación, haciéndole una pregunta para distraerlo de aquel extraño fenómeno que no lograba explicarse.

—¿Y en cuanto a energía cómo ves la situación? —inquirió.

—Oye, nunca había sentido tal calor en el pie; esto es algo muy raro... en cuanto a tu pregunta te anuncio que la tecnología energética también ha cambiado de dirección. Ahora las tecnologías alternativas provienen del sol, el viento y las mareas. No sé cómo se las arreglan para invertir todavía en automóviles de combustible. El petróleo es cada día más costoso, pero los carros de gasolina siguen siendo los más apreciados.

«—Ya sabrás —continuó— lo de las granjas solares o de viento instaladas en desiertos o tierras marginales: su energía va a dar a turbinas eléctricas con la ayuda de megaconductores calientes. Pero la instalación de esta energía sigue siendo más cara que el petróleo. En cuanto a la energía nuclear, los accidentes son cada vez mayores y catastróficos, como los de Chernobyl y Creys-Malville. Tienden a desaparecer empresas como la Gran Planta de Fisión Nuclear de Japón, que trabaja con la energía de los isótopos pesados de hidrógeno, pero ésta da sólo un resultado parcial y virtual: es otro negocio de las Megacorporaciones, pues se necesita demasiado dinero para mantener a varias así en el mundo. Los combustibles pueden obtenerse del agua del mar. Los generadores de fusión son conocidos, pero muy caros. De modo que, hasta que no se acabe el petróleo, la ganancia rápida que produce por dólar no puede ser superada por otras energías. Lo mismo ocurre con el gas natural, que durará por lo menos dos siglos más. Pero dos siglos no son nada, y ahora la lucha es por el futuro: quiénes van a sustituir a quiénes y qué va a sustituir a qué cuando nos veamos con la soga al cuello. Me pregunto si el dinero tendrá algún valor para entonces.

—La historia de siempre —dijo Juan Pablo—. Los políticos seguirán haciendo sus negocios con las Megacorporaciones y los ricos serán cada vez más ricos y los pobres más pobres. Una sociedad donde los viejos y los ricos crecen a expensas de los pobres y los jóvenes.

—Exactamente —confirmó Nicolás. Lo que sucede es que no se sabe hasta cuándo durará el aguante de los pobres y los jóvenes. Lo más triste en el caso de los jóvenes es que resultan blancos perfectos para el consumo de bisutería digital, para el consumo de novedades virtuales de poca monta: la industria del entretenimiento.

—La música —interrumpió Juan Pablo— en vez de ser medio de liberación, de belleza o reflexión, es en cambio un modo de fuga frenética hacia un estado de odio, de venganza social contenida. La música popular “fabricada” por la industria del entretenimiento es en verdad algo pasivo: lo único que tiene de rebelión es el ruido y el caos.

Juan Pablo se sorprendía de estar conversando en medio de una verdadera libertad. Las conversaciones que había mantenido con su amigo Vicente, allá en El Silencio, carecían de trasfondo. No era que creyese que Vicente era un superficial, pero ni con él ni con nadie en los cerros de Gato Negro, había hablado sobre estas cosas. Y aunque las hubiese pensado, tampoco tenía el ánimo para platicar sobre ellas. Nicolás ya había procreado en él la curiosidad y la confianza del conocimiento. Apenas podía creer que aquel hombre que pocas horas antes sólo era un ser andrajoso tirado en una esquina, ahora estaba convertido en una especie de gurú de la ciencia.

Nicolás hizo un gesto de alarma. Se puso en guardia, llevándose el índice a los labios.

—Sshh —silbó secamente—. Alguien anda merodeando.

En efecto, se oían ruidos por los alrededores, y Nicolás se puso pálido.

—Pueden ser ellos —susurró—. Me han visto por aquí, pero no pueden precisar el lugar, pues está blindado.

Juan Pablo percibió un dejo neurótico en la actitud de Nicolás. Se mantuvieron en silencio por un buen rato, bajo la recomendación de Nicolás.

—Bueno, creo que ya se fueron —dijo finalmente—. Ocurre siempre, por lo menos una vez a la semana. Y tú, debes tener sueño ¿no? Ha sido una noche larguísima. En el cuarto hay otra cama, ya te la arreglo —concluyó.

De hecho, para Juan Pablo aquella había sido la noche más larga de su vida.

Capítulo nueve

Al abrir los ojos en la mañana, Juan Pablo tuvo la sensación de estar descolocado del mundo. Había dormido más de doce horas seguidas, pero aún le dominaba la modorra; tenía los miembros acalambrados y endurecidos, y comenzó a abrir los ojos a aquella habitación cuyas paredes estaban empapeladas con recortes de prensa, fotos de animales, paisajes de playas y algunas caras de personas; transcurrió casi un minuto para que pudiera aterrizar en la realidad. Se incorporó y fue hacia la puerta; una vez reconoció el estudio buscó a Nicolás. Anduvo unos minutos curioseando por el lugar —en el que no había ni una sola ventana— iluminado por luces de neón, observando en las mesas de las computadoras repisas llenas de impresos y pilas de microdiscos láser-ultra, bien organizados.

Lo único que le indicaba el día era su reloj. Sabiéndolo y viéndose aún de noche sintió claustrofobia y quiso salir. Primero buscó a Nicolás en el otro cuarto donde supuestamente estaba dormido y no lo encontró; tampoco en el pequeño cuarto de baño. Se tranquilizó al ver una nota fijada a la puerta, donde le anunciaba que había salido por un momento y regresaría pronto. Aprovechó para darse una ducha y refrescarse, pero su claustrofobia aumentaba. Decidió entonces abandonar el lugar, y

traspasar el umbral de la puerta: allí estaba otra vez el tupido túnel de enredaderas, que apenas dejaba pasar unos rayos de luz; al llegar al final intentó abrir la puerta mimetizada y entonces sintió un fuerte corrientazo en la mano. Gritó, la puerta estaba abierta; la empujó un poco más con cuidado, pero afuera había mucho movimiento, ruidos de carros y personas, por lo cual pensó estar cometiendo un error o estar poniendo en peligro la seguridad de Nicolás. Se mantuvo un momento a la expectativa, abrió ligeramente la hoja de la puerta para mirar hacia fuera: patrullas, policías y algunos curiosos se arremolinaban en una esquina, al otro lado de la calle. Esperó a que la atención se concentrara completamente en el suceso, para salir sin ser visto de la enramada; luego se unió cautelosamente al grupo de curiosos.

La policía estaba haciendo redadas y ya tenía presos a varios hombres en una de las camionetas. Exigían la identificación a varios de ellos, entre los cuales estaba Nicolás, quien hizo señas con los ojos a Juan Pablo de no intervenir en el asunto. Ya los policías habían decidido llevárselo.

—El señor es amigo mío —se adelantó a decir Juan Pablo—. Díganme qué hizo.

—No tiene identificación, y eso es un delito —replicó uno de los agentes del orden.

—¿Y ahora dónde lo llevan? —demandó Juan Pablo.

—A la prefectura de Chacao. Ahí estará. Y ahora dígame qué hace este hombre, a qué se dedica.

—Se llama Nicolás y no se dedica a nada. Es un mendigo que acaba de conseguir ropa nueva —afirmó Juan Pablo—. Deberían dejarlo libre, no le hace daño a nadie.

—Su identificación, por favor —se dirigió entonces el malencarado agente a Juan Pablo, arreglándose la gorra. Mientras tanto, otro policía se dedicaba a dispersar a los curiosos. Juan Pablo sacó su cédula de la cartera y la mostró. El agente miró la identificación con suspicacia y luego se la devolvió.

—¿A qué se dedica? —interpeló.

—Soy estudiante. Ahora ingresaré a la universidad.

—Muy interesante —dijo el agente—. ¿Se puede saber qué hace un estudiante tan decente trabando amistad con un ser como este? —impugnó, señalando a Nicolás con la cabeza.

—Puedo ser amigo de quien me plazca, ¿o acaso es un delito? —rebató Juan Pablo.

—Muy valiente el joven. Déjeme darle un consejo: vaya cuanto antes a la universidad a estudiar, y búsquese mejores amigos —respondió el agente—. ¡Y ahora vámonos! —gritó al chofer de la camioneta, quien se puso de inmediato en movimiento. Antes de partir, Nicolás le hizo una seña a Juan Pablo que no era de despedida, sino de un “allá te espero” que éste captó. Luego cruzó la calle y se quedó observando la avenida Roche, la redoma, los árboles, la enramada, y pensando en lo sucedido la noche anterior, lo cual parecía más bien una ficción, algo novelesco.

El mundo de los cerros de Catia parecía pertenecer a otra ciudad, a otro país. Miró la entrada camuflada que cubría aquel fantástico búnker, donde descansaba y estudiaba Nicolás. ¿Qué investigaba exactamente?

Era la primera vez que caminaba solo por aquella avenida. Había pasado, sí varias veces en bus o en el carro de su amigo Vicente Montero, cuando éste solía dar paseos con su familia. Ya adulto, a Juan Pablo no le gustaba pasearse por allí, por un medio extraño, en el que sólo reconocía viviendas y edificios lujosos, que no le interesaban; casi todo en aquel mundo ostentoso era defendido por vigilancia privada, perros y guardianes; le parecía absurdo hacer una vida al lado de los poderosos, y optar por todo aquel confort antes de tiempo, le parecía injusto, desnaturalizado, cruel; tampoco las condiciones de vida en Catia eran algo deseable, por supuesto, pero era algo más vívido.

Sólo a partir de los trece años Juan Pablo salió a conocer Caracas más allá del centro, de las avenidas Baralt, Bolívar, Urdaneta, Fuerzas Armadas y de otras urbanizaciones cercanas. El este de la ciudad siempre había sido zona ultravigilada, llena de restoranes y sitios costosos. Pero el alto precio de los insumos no era el principal problema, sino la actitud de las personas, su actitud discriminativa, un racismo que se percibía en el desenfrenado consumismo de los jóvenes pudientes. Un par de veces Juan Pablo y Vicente habían visitado bares y cafés nocturnos, y se encontraron con jóvenes drogados hasta los huesos, pedantes, que se les acercaron buscando camorra. En otra ocasión, Vicente había citado a dos chicas preciosas para ir a bailar y beber, y con ellas se habían gastado los ahorros de todo un mes, sin que obtuvieran de éstas más que unos cuantos tragos mal digeridos y evasivas.

Juan Pablo bajó por la avenida, observando cómo todo era diferente por allí, restaurantes, establecimientos, plazoletas, parques, redomas, bancos, joyerías, boutiques. Cruzó varias esquinas, preguntó por la Comisaría de Chacao y pronto obtuvo la dirección.

La cantidad de patrullas y motocicletas era abrumadora en la plaza Chacao. El edificio de la policía, color verde loro, se destacaba por su arquitectura atrevida; un atrevimiento rayano en lo ridículo, pensó Juan Pablo. No era fácil entrar allí. Necesitó dos horas. Primero hizo una larga cola, después fue sometido a un interrogatorio, luego llenó una tediosa planilla y hubo de exponer —o mejor, de inventar— con Nicolás un nexos que no existía. Mientras contestaba a las preguntas rutinarias de un oficial, otro policía parado detrás de éste, en guardia, lo miraba con suspicacia, desde el umbral de la puerta que era abierta para dejar pasar a altos oficiales de policía. El guardia miraba a Juan Pablo a veces fijamente, como si aquel hombre quisiera averiguar algo más preciso acerca de él. Mientras estaba contestando el cuestionario de rigor, vio entrar a un agente del orden trayendo por el brazo a una mujer. El agente ejecutó un saludo militar, haciendo sonar los tacones de los zapatos. El oficial abrió la puerta, dejando entrar a los dos. Una vez dentro de la oficina, el soldado volvió a saludar militarmente a su autoridad.

—Al fin dimos con ella, mi teniente —dijo el agente.

La mujer, con las manos esposadas, se resistía, forcejeaba con gestos bruscos.

—Pásela a mi oficina —ordenó el teniente, no sin antes dirigir una rápida mirada a Juan Pablo, cerrando tras de sí la puerta del recinto.

—Es el teniente Alejandro Lameda —se aventuró a decir orgullosamente el oficial de guardia—. Él es la máxima autoridad aquí.

Juan Pablo no respondió nada; se limitó a oír los gemidos ahogados de la mujer que acababa de entrar. No era ese, pensó Juan Pablo, el lugar más indicado para tratar de hablar con una mujer arrestada, quien pronto salió libre, sin esposas. Era una mujer joven, bastante maltratada, pero hermosa.

—Bueno, ya terminamos —dijo el hombre que interrogaba a Juan Pablo—. Ahora, con la copia de esta planilla debe venir pasado mañana, y pasar por el departamento de reos comunes. Le recomiendo que no trate de acelerar el procedimiento, porque será peor, se lo aseguro —concluyó el gendarme.

Juan Pablo le creyó, y le dio las gracias. Estaba impactado con todo aquello. Salió de la comisaría verde loro y caminó hacia la plaza Chacao. Dio algunas vueltas por allí y se acomodó finalmente en uno de los bancos de la plaza. Era un mediodía claro; el sol caía por los costados de los edificios y rebotaba en el asfalto; los árboles recogían los rayos y se ponían más verdes, mientras la brisa movía las ramas con esa delicadeza que sólo ella posee para acariciar el verdor cambiante de las hojas. Estuvo un rato mirando las copas de los árboles y buscando formas caprichosas en las nubes lejanas de un cielo tan azul que casi le hería la retina. Después respiró hondo; miró hacia los kioscos situados en las cercanías de la plaza. Se levantó y se dirigió a uno de ellos para adquirir un diario. Lo hojeó más para entretener las manos que para informarse de algo. De hecho, los periódicos le parecían depósitos de calamidades. Pasó las páginas con desgano, incluso bostezó. En la sección de internacionales vio un titular: “Venezuela se prepara al reto energético mundial”. Luego se desarrollaba la información acerca de los planes del país: acuerdos con EE UU y Europa para importar tecnología alimentaria y energética. Fechas de los acuerdos, próximas reuniones, quiénes conformarían los comités: todo estaba allí. Leyó la noticia y colocó el periódico bajo el brazo para emprender el camino hacia arriba otra vez, hacia la enramada donde estaba el estudio de Nicolás. No tuvo dudas. Se dirigió allá como si estuviese destinado a ello, como si debiera cumplir una misión. Pensó en su madre María José, en su amigo Vicente Montero, en Esteban muerto, en Ruth y en Josefina, en las escalinatas del barrio. Pensó en su viaje a Mérida, en sus proyectos para estudiar cine o literatura. Se vio recibiendo clases en un aula, tomando notas, cumpliendo exámenes, filmando con actrices de renombre o llevando una vida de escritor de verdad, escribiendo guiones y novelas y aquello le gustaba: era un sueño pero también, en el fondo, una tontería: debía vivir antes que todo, meterse en el tuétano del existir y reconvertir esa experiencia en arte algún día. No era una cuestión académica, ni eran cátedras o profesores, aunque para el cine sí debía ser así, aprender técnicas de rodaje, teoría cinematográfica y esas cosas. Allá en el cerro, cuando no estaba leyendo, estaba mirando películas en la TV, los llamados clásicos del cine, filmes que habían hecho historia y eran repuestos continuamente. Siempre hacía comparación de novelas con películas, y los resultados eran dispares, los lenguajes eran distintos, formas diferentes de llegar al mismo embrión. Si él

podía alguna vez expresar algo a la altura de esas grandes obras, se sentiría cumplido. Además le había jurado a María José, su madre, ir a la universidad y obtener un título.

Ya estaba otra vez en la avenida Roche. Faltaban apenas dos cuerdas para llegar al búnker de Nicolás. Ahora pasaba por un punto desde donde se veía el cerro Ávila, imponente. Se detuvo un momento, como si la montaña le hablara. Justo en el centro del picacho se hizo una abertura dentro de la cual comenzó a producirse un movimiento violento de figuras retorcidas, esta vez acompañadas de sonidos desordenados. Entre el ruido apareció de pronto a un gran señor ampuloso, el señor de las riquezas, que trataba de espantarlo; pronto apareció Elisio y le tranquilizó y bajó con su compañero Nicolás a ver el castigo de los pródigos y de los avaros, que empujan con el pecho, para que ruede, enormes pesos y se chocan ellos unos con otros, pues están formados en dos grupos separados. Explica Elisio lo que es la fortuna y luego bajan al quinto cerco donde está la laguna Estigia, en la que padecen empantanados los iracundos y debajo los perezosos. Las figuras fueron subiendo hasta la punta, entonces el cerro hizo erupción con una detonación estentórea, ante la cual Juan Pablo se tapó los oídos. Surgió un rugido enorme y la lava se deslizaba ya cuando la visión se esfumó. Esta vez Juan Pablo sufrió un dolor en la cabeza, y fue a recostarse en un muro cercano. Era también la primera vez que una alucinación iba unida a un ruido tan enorme. Un poco más adelante se detuvo en una panadería y tomó un refresco, que bebió con sed irrefrenable. Divisó el búnker y aguardó a que nadie lo viera para acercarse y entrar. Abrió sin necesidad de llave (la tenía Nicolás) y cruzó el pequeño túnel de las enredaderas, empujó la puerta del estudio y ésta se abrió fácilmente. No podía seguir así de insegura la entrada. Buscó una mesa y la llevó hasta la puerta para asegurarla; debía recuperar las llaves cuanto antes.

Una vez estuvo dentro de la amplia habitación sintió que todo aquello le pertenecía de algún modo secreto. Comenzó a detenerse ante las computadoras, a curiosear las cajas de disquetes y carpetas etiquetadas: “Brigada contra el vicio”, “Espionaje genético”, Proyecto de alimentación sintética”, “Informe Zeta”, “Expediente Enolc”. Por curiosidad, encendió una computadora e introdujo un disquete en la unidad respectiva. Con el mouse hizo clic en el archivo “Expediente Enolc” y aparecieron las primeras páginas de la información:

La clonación de seres humanos es un hecho. Pese a todas las recomendaciones y alarmas efectuadas por humanistas, políticos y científicos, los especialistas en clonación siguieron trabajando en proyecto de copiar seres humanos, hasta lograrlo. Pese a estar prohibido oficialmente, de manera secreta se siguen produciendo humanos clonados que se integran a la sociedad, sin que nadie se entere de ello. Cumplen ‘normalmente’ con sus funciones, y hasta pueden vivir en comunidades. Pero en cuanto intentan formar una familia, empiezan los problemas (...) Los humanos clonados pueden ser muy útiles en misiones de las colonias espaciales, y responden muy bien a las metas programadas. De hecho, pueden ser programados para cualquier cosa, para el bien o para el mal. Los más escépticos opinan que dado el alto grado de perversión existente en la humanidad, los clones servirán para el mal antes que para el bien, si se toman en cuenta los acontecimientos actuales de la política, la corrupción en las altas esferas gubernamentales, la droga, los negocios ilícitos, el crimen organizado: todo ello avanzará más con el ingreso de los clones, que bien programados podrán ocupar altos cargos públicos. Baste imaginarse a un clonado ocupando la presidencia de un país...

Juan Pablo leyó en la pantalla un fragmento del informe y continuó curioseando en otras carpetas y cajas de disquetes. “Proyecto de alimentación sintética y transgénica”. Introdujo el disquete en la unidad de PC e hizo clic:

El progresivo envenenamiento del aire, agua y alimentos ya no es ningún secreto. Quiere decirse que tal envenenamiento puede ser voluntario o involuntario. El involuntario ya lo conocemos: el uso de pesticidas y químicos para las playas, el agua contaminada por las sustancias químicas de desecho en las grandes fábricas generan alimentos de mala calidad, consumidos en todas partes. Pero el envenenamiento progresivo de una población pobre que cada día va en aumento y no planifica la familia, teniendo más hijos de los que puede, la costosa manutención de enfermos crónicos en clínicas o casas, han dado origen a la idea de que esta población —generadora potencial de delincuencia y drogas, cuando no de ancianos inútiles— puede ser eliminada sutilmente mediante el envenenamiento gradual de alimentos producidos y distribuidos estrictamente entre esta población, a través de mercados especiales y por un personal especializado, eficiente, que a bajos costos pondría a la venta estos alimentos en

empaques limpios y en una presentación atractiva, pero poco a poco estará inepta para desempeñar trabajos importantes, a la vez que tendrá un índice de vida mucho menor. Mientras tanto, la clase media alta y los adinerados podrán consumir en los automercados mejores insumos a precios más altos. No sólo sucederá esto con los alimentos, también con todo tipo de insumos personales, desde jabones o aguas de colonia hasta autos y departamentos, estarán al alcance de una 'clase media virtual', es decir, una clase media que vivirá creyéndose tal (clase media alta o baja, según la denominación convencional) y sólo será pobre-baja que aspira llegar a media, sin lograrlo nunca."

"Por otro lado, gran parte de la producción de alimentos frescos y óptimos estará destinada al nuevo planeta, CASA, habitado por los sobrevivientes, los hijos y las generaciones que se hayan salvado del cisma económico y de la hecatombe contaminante que espera a la tierra. CASA será un planeta creado totalmente por medios artificiales, unas cuarenta veces menor que la tierra pero con todos los elementos funcionando para producir bienestar, felicidad y larga vida a seres humanos que serían previamente seleccionados. Los mayores adelantos de la tecnología y la ciencia están siendo empleados en la construcción de este planeta, del cual dependerá buena parte de la supervivencia de la especie humana, de los animales y plantas (...)"

Se leía al final del largo informe que "uno de los problemas mayores que enfrentarán los científicos será la creación de un mar. Difícil será transportar agua para mares y ríos; será aún más difícil que crear y mantener la gravedad."

Juan Pablo estaba literalmente boquiabierto. Pese a las breves conversaciones que había tenido con Nicolás acerca del asunto, no imaginó nunca que ese futuro estuviese tan cercano. Se encontraba atribulado y confundido. Por último, dominado por la curiosidad, metió el disquete etiquetado con "Brigada Contra el Vicio" para leer parte de su contenido:

Cada Brigada contra el Vicio está conformada por diez de los mejores policías del país, por agentes que deben ser, aparte de eficientísimos técnicos en sus áreas, maestros del camuflaje y el espionaje. Provenirán de la Policía Nacional, el Buró Central de Inteligencia, la Comandancia Superior de las Fuerzas Armadas y de la Presidencia de la Nación. Estos

diez hombres, a su vez, nombrarán a los policías de cualquier zona del país que puedan acabar con las drogas, el crimen, el contrabando, el latrocinio, las violaciones, la homosexualidad, la prostitución, el ocio, la mendicidad y la vagancia. En adelante el gobierno no se hará cargo de los locos, los enajenados, los artistas desocupados, los chulos, los adolescentes violentos, los hijos rebeldes que huyan del hogar. Se aplicará eutanasia a los deformes, los mongólicos, los seres contrahechos, los retrasados mentales. Todo será absoluta responsabilidad de la familia, no del Estado. Cada familia se hará cargo de corregir esas imperfecciones, aberraciones o desviaciones, a fin de que la sociedad pueda ser cada día más justa y alcance un grado de excelencia...

Juan Pablo no quiso leer más. Aquello era puro nazismo. Utilizó el ratón del ordenador para salirse del documento, hasta que apareció un paisaje marino en el protector de pantalla. Se quedó un rato pensativo, preguntándose qué tenía que ver todo aquello con Venezuela, un país que no tenía peso específico en las decisiones mundiales, ni tampoco parecía jugar un rol estratégico en materia de política internacional. Con una inclinación del cuerpo, la silla giratoria se deslizó hacia delante, perdiendo el equilibrio; entonces Juan Pablo apoyó el codo en el teclado de la computadora y accionó una tecla, la cual a su vez produjo una imagen en la pantalla del monitor: la imagen de una figura femenina de pie, estilizada, de cabello largo y rojo, con una boca de labios gruesos, un rostro delgado de ojos grandes y verdosos, un cuerpo perfecto en el que la belleza de piernas y brazos cumplían una clara armonía. Ni siquiera en las revistas o las películas había visto Juan Pablo una mujer así. Presionó el comando de acercamiento y entonces pudo detallar mejor el rostro y algunos otros detalles de aquella figura extraordinaria, que le alivió de la información calamitosa que acababa de leer, le hizo olvidar que vivía en un mundo casi agotado, un mundo que casi había llegado al límite de sus recursos. ¿Dónde estaba el amor, la pureza de los sueños infantiles, los altos ideales del arte y de la poesía? ¿Dónde estaba la amistad, la hermosa amistad compartida al calor de la música y los sentimientos nobles? Sus únicos amigos estaban a pocos kilómetros de él, en El Silencio, pero ya habían quedado tan atrás que parecían pertenecer a un tiempo remoto. Los cerros de Catia los identificaba con el amor y el dolor de su madre muerta, parecían quedar en una geografía lejana. Y aquella mujer, Josefina Montero, que le había

enseñado los secretos del placer sexual, lo había abandonado de improviso. Y ahora, viendo la figura en la pantalla de esa otra mujer ideal, le nacía una extraña sensación de deseo amoroso.

De pronto, la figura se desvaneció de la pantalla, y aparecieron algunas letras flotando: SARA AMARILIS era el nombre que se leía, y luego otra vez, al poner la mano en el ratón volvió a aparecer la figura de la mujer fotografiada por detrás, dejando ver su hermoso cabello rojo sobre la espalda y las nalgas, estupendas, apenas cubiertas por un finísimo pañuelo rosado. Sara Amarilis estaba sobre un par de zapatos rojos de altos tacones, y la sensualidad de su cuerpo contrastaba un tanto con el candor de su rostro. ¿Qué hacía la imagen de aquella mujer allí?

Capítulo diez

—¡Circulen, circulen! —gritó Alejandro Lamedada, abriéndose paso en el tumulto que se aglomeraba frente al cuartel de policía. Unos agentes habían esposado a una mujer, que profería insultos contra otro agente, a quien había herido en la frente con una pedrada. La mujer, mugrienta, tenía la nariz rota y la cara sucia; en cambio, tenía rapada la cabeza. Llevaba un faldón floreado, el cual, aunque muy ajado, dejaba ver retazos de la belleza de la tela.

—¡Nunca más vuelvas a ponerme una mano encima, sucio! —gritó, escupiendo varias veces por una boca con escasos dientes. Los agentes la llevaban por la plaza hacia la comisaría. El comandante Alejandro Lamedada apareció en escena.

—¡Déjenla! —gritó.

Los agentes obedecieron. La mujer quedó tirada junto a la estatua pedestre de Simón Bolívar. Lamedada se le acercó y la miró fijamente. Ella se arrastró hasta el pedestal de la estatua, mirando con temor —aunque con mucho coraje— al comandante. Todo el mundo observaba.

—¿Y ustedes qué ven?, ¡circulen, circulen! —gritó. Los policías que lo acompañaban se encargaron de dispersar a los mirones. Entre

ellos andaba Juan Pablo Risco, quien se dirigía a la Prefectura a saber de Nicolás Kai.

—Y ahora, viejita, me vas a decir por qué has herido a un agente de la ley —reclamó con tono cínico. La mujer casi temblaba.

—No soy viejita... él me pegó... yo estaba comiéndome mi pera...

—Nadie puede pegarte por eso, viejita... ahora dime la verdad.

El agente herido se acercó, tocándose la frente con un pañuelo. Miraba a la mujer con unos ojos punzantes. Juan Pablo veía todo desde una esquina de la plaza, pero no podía oír el diálogo.

—¡Me va a pegar otra vez! —imploró.

Al quitarse el policía el pañuelo de la frente, se vio una pequeña herida, insignificante.

—Estaba insultando a Fernando Saturno —dijo al fin—. Ocurrió cuando el Gobernador estaba saliendo de su despacho y esta mujer le insultó y luego se le fue encima. Yo estaba en la escolta; traté de someterla y se resistió. Primero me dio varias patadas, luego la alejé cuanto pude del señor Gobernador; después se arrimó a una acera y desde ahí me lanzó la piedra, coño, qué falta de respeto, mi comandante —concluyó el policía.

—¿Cómo se te ocurre faltarle al gobernador Saturno, vieja insolente? —increpó Lameda.

—Es un ser cruel —dijo la mujer—. Nos tiene jodidos a todos por aquí. Yo le conozco la historia —impugnó con amargura.

—Bueno, vamos a ver qué es lo que sabes —demandó Lameda.

Ella permaneció callada.

—Si no me dices nada, te meto en la cárcel por agresión a la autoridad —amenazó el policía.

La mujer carraspeó varias veces. Estaba temblando.

—Tengo sed —dijo—. Y hambre.

—Vamos, levántate de ahí —dijo el comandante, tomándola del brazo y acercándola a un banco más cercano—. Tráigale una arepa y un jugo —ordenó Lameda a uno de los policías. Mientras tanto, la mujer se secó la sangre de la nariz con el dorso de la mano y se frotó los ojos para terminar de secarse las lágrimas, que se confundían con la sangre hasta producir una pasta espesa y anaranjada. Suspiró hondo. Lameda se sentó a su lado, mirando alrededor. La plaza Chacao parecía volver a la normalidad.

Juan Pablo estaba sentado en uno de los bancos de la plaza, hojeando un periódico y mirando la escena con el rabillo del ojo. Apenas podía oír retazos de la conversación. La mujer mordió la arepa y bebió largos tragos de naranjada de un envase plástico. Tosió, para aclararse la garganta con dificultad.

—Nosotros vivíamos bien en el barrio —dijo—. Luego comenzaron las redadas. Las patrullas se metían en el barrio Díaz Rodríguez y hacían presos a los muchachos, trabajadores casi todos, empleados en fábricas o comercios. Los que no conseguían trabajo eran buhoneros por ahí, limpiaban carros, zapatos, vendían jugos, usted sabe, hacían cualquier cosa para sobrevivir. Todas las semanas venían las patrullas y se llevaban a varios, sobre todo a muchachos menores de edad que no estaban estudiando o no encontraban empleo. Se los llevaban y no aparecían más. Un día se llevaron a mi hijo Raulito... mi pobre muchacho —sollozó—. No sé adónde. Él no hizo nada malo, no usaba drogas, ni siquiera bebía. Andaba en lo de la música; se reunía con amigos a tocar guitarra en los garajes o en los sótanos. Ensayaban su música porque querían formar un grupo musical. Después que se llevaron a Raulito los demás muchachos cogieron miedo, y se fueron. Algunos eran de aquí mismo del este y otros del centro, pero no hacían nada malo. Ahora ya ahí no quedan jóvenes, sólo viejos muriéndonos de hambre. Él era lo único que yo tenía. Los policías siempre decían que eran órdenes del gobernador Fernando Saturno. Los policías comenzaron luego a meterse con las muchachas, a invitarlas para seducirlas. Yo he visto cómo las persiguen. Unas ceden, otras no; la mayoría no resiste el asedio. Otras se van con los policías por el interés... yo qué sé... Las pocas muchachas que ayudan a sus padres se casan con chicos del barrio, no tienen cómo mantenerse o mantenernos. Yo le escribí una carta a Fernando Saturno preguntándole por mi hijo Raúl y ni siquiera me contestó. Después lo he llamado por teléfono y hasta lo he esperado a las puertas de la Gobernación para preguntarle qué había pasado con mi muchacho, hasta que un día, cuando ya parecía cansado por mis insistencias, detuvo su gran auto, bajó el vidrio y me dijo:

«—Señora, su hijo es un delincuente. Usa drogas, está desorientado y hasta violento es. Atacó a varios de los agentes míos, diciéndoles todo tipo de vulgaridades.

«—Desorientado puede estar, señor Gobernador, y hasta violento puede ponerse a veces, ¿quién no se vuelve violento hoy en día?, pero yo

le aseguro que no es ningún drogadicto ni ladrón. Si usted me deja verlo hablaré con él y le aseguro que entrará en razón. Dígame al menos dónde está.

«—Tiene que darme tiempo para ubicarlo, señora —respondió Saturno.

«De ese encuentro hace casi un año, y de Raulito no sé nada todavía —sollozó la mujer, concluyendo su relato.

—Tiene que tener paciencia —dijo Lameda.

—¿Y usted, comandante, qué puede hacer por mí? Dígame —demandó la mujer al comandante, tomándole de los hombros—. ¡Sí eso es, llévenme a mí también, mátenme, desaparézcanme! —gritó. Y todo el mundo en la plaza la oyó. El comandante se levantó del banco, nervioso. Los agentes la rodearon para controlarla.

—¡Déjenla libre! —ordenó Lameda.

El comandante y sus agentes abandonaron la plaza y entraron a la comisaría. Juan Pablo se fue acercando poco a poco a la mujer. Se sentó en un banco contiguo, viendo cómo ella se llevaba las manos a la cabeza. Juan Pablo no sabía qué excusa usar para hablarle. La mujer, nerviosa, metió la mano en los bolsillos de la falda; de improviso, le habló a Juan Pablo.

—Señor, ¿tiene fósforos? —le preguntó.

Juan Pablo no fumaba, pero siempre metía en sus bolsillos cualquier cosa: navajas, fósforos, pastillas, libretas, pequeños frascos. Tanteó adentro y en efecto pudo palpar por allí una caja de fósforos, que sacó para encender el cigarrillo de la mujer. Ella aspiró el humo fuerte y luego despidió la bocanada, acompañándola de un gran suspiro de alivio. Juan Pablo siempre había pensado que los cigarrillos hacían bien a la gente pobre, que nunca podía comprarlos; en cambio la gente acomodada moría a causa de ellos cada vez con más frecuencia.

—Esos malditos —ella.

—Abusan todo el tiempo —confirmó Juan Pablo, tratando de entrar en conversación—. Se llevaron a un amigo mío, sin haber hecho nada.

La mujer miró fijamente a Juan Pablo, como identificándose con él. Ya Juan Pablo había logrado atraer su atención.

—A mi tío Nikolás también se lo llevaron. Está preso ahí —dijo, señalando al edificio verde loro de la comisaría de Chacao.

—No esté tan seguro —respondió ella—. Si no lo ha visto todavía, puede estar en cualquier otra parte.

Era verdad. Nada le aseguraba a Juan Pablo que Nicolás estuviese allí.

—Bueno, entonces podemos ayudarnos. A lo mejor usted puede hablarme más de lo que ocurre aquí en Chacao, el Municipio más rico del país. Pero veo que pasan cosas extrañas y absurdas. Fernando Saturno se muestra como un político triunfador, como un gobernante modélico.

—Modelo de nada —dijo la mujer—. Será modelo de tiranía. Mire usted: yo sé lo que pasa entre Saturno y la policía. Han creado esas fulanas Brigadas Contra el Vicio no para atrapar a los ladrones o asesinos o drogadictos, sino para llevarse a la gente inteligente, a la gente que sabe cosas. Mi Raulito es muy inteligente, lee mucho, es poeta, escribe y compone canciones. Hay muchachas lindas enamoradas de él. En el barrio Díaz Rodríguez tenía un grupo donde leían libros todos los viernes y hablaban de cosas bellas y profundas; era un grupito de actores, pintores, músicos... de gente que quería hacer películas de las buenas, usted sabe, no esa basura tecnológica que nos meten hoy día, sino películas artísticas, y también publicar libros, buenas novelas, cuentos, no esa porquería de los suplementicos y comiquitas para bobos. Eran diferentes.

—¿Pero entonces qué excusas tenían para llevárselos? Para eso está la ley —refutó Juan Pablo.

—Lo máximo que ocurría era que se pusieran a cantar o leer hasta la madrugada, tomándose sus cervezas y fumando los cigarros que tanto les costaba conseguir. Hacían un poco de bulla, pero cuando los mandaban a callar se aplacaban y después se iba cada uno para su casa. De eso no quedó nada, mire. Los de la Brigada Contra el Vicio llegaron allí y se los llevaron presos, y un policía violó a una de las muchachas un día, la novia de Jesús Martínez, a uno que apodaban Chuchito. Pero no puedo acordarme del nombre de la muchacha.

—¿Cómo fue eso?

—Mire usted: el problema de este barrio es que ya no hay mujeres jóvenes y bonitas. Casi todas son viejas cacatúas amargadas. Las pocas mujeres jóvenes ya están casadas con los ricachones, con los comerciantes y los políticos. Los obreros, los trabajadores, no tienen mujeres aquí. Les está prohibido hasta mirarlas. Si se fija bien, no hay

muchachas jóvenes que atiendan los comercios y establecimientos. Son puras viejas. Las pocas muchachas bonitas que llegan deben “pagar peaje” con los dueños de los negocios, deben acostarse con ellos si quieren subsistir. Por ejemplo, fíjese en aquella que está allá —dijo, señalando con la cabeza y haciendo un gesto con la boca. Era una linda rubia, que comía una hamburguesa sentada en un banco de la plaza, acompañada de otro joven.

—Esa trabaja en la panadería de la esquina, la mejor panadería de Chacao. Es bonita, pero la tienen como cebo ahí, luciendo piernas y tetas, pero no tiene ni puede tener un novio que ella escoja. Se acuesta con el dueño. Tiene comida segura, además del sueldo. Muchos policías le tienen el ojo puesto. Habla sólo con ellos o con gente común de por aquí, pero está todo el tiempo vigilada. Mi Raulito cometió el error de enamorarse de ella. La invitó a asistir al grupo unos días. Estoy casi segura de que ella fue quien sapeó al grupo con la policía. Se llama Patricia, y es una espía.

Aquellas confesiones dejaron atónito a Juan Pablo. Por fin estaba abriendo los ojos a la vida real, estaba comenzando a ver el mundo que se esconde tras apariencias de normalidad. En Catia, por el contrario, el mundo se mostraba tal cual era, con toda su crudeza o crueldad. En Chacao las cosas lucían limpias, ordenadas, aunque detrás de éstas hubiese siempre algo turbio. Pensó en Nicolás, en cómo su vida se encontraba ahora ligada a este hombre. Tenía que encontrarlo y sacarlo de la cárcel, para poder dar respuestas a sus preguntas. ¿Por qué Venezuela, por qué todos aquellos planes, proyectos e informes apocalípticos estaban relacionados con un país subdesarrollado como Venezuela? Siguió un rato acompañando a la mujer. Se llamaba Ana y le decían Ana la “Leona”. Poco a poco fue entrando en confianza con Juan Pablo. Éste le dijo que deseaba visitar el barrio Díaz Rodríguez algún día; caminaron por otra avenida lateral sembrada de árboles y más adelante se sentaron en el banco de una placita, más tranquila. Ana la Leona comenzó a dar bostezos y cerró los párpados a medias, para luego ir a recostarse de un árbol, en la grama. Juan Pablo también estaba a la misma distancia del búnker de Nicolás que de la comisaría, a donde debía volver, para preguntar por Nicolás. Se despidió de Ana la Leona, quien salió por un instante de su estado somnoliento. Juan Pablo sacó algunos billetes del bolsillo y se los entregó. Ana la Leona los miró, agradecida.

—Tengo que decirte algo antes de que te vayas —dijo—. Quiero que me oigas bien. Te voy a decir la verdad: no pienses ni por un momento en que estoy loca o hablando tonterías. Metió los billetes en la apretada juntura de los senos y se aclaró la voz antes de seguir.

—El comandante Lameda le consigue muchachas y muchachos a los políticos, especialmente al gobernador Saturno. Tienen una casa cerca del Ávila donde hacen sus fiestas privadas y orgías, como les dicen. Esa es la verdad. La policía también participa. A cambio de esto los policías también obtienen ganancias, bonos especiales. Alejandro Lameda controla todo aquí, con la ayuda del Gobernador. Prostituyen a las chicas, reprimen los barrios. No pueden ver a un mendigo porque tratan de eliminarlo. Están metidos en grandes negocios, no sé exactamente cuáles. Mi hijo se llama Raúl Andrade. Si oyes algo sobre él, por favor avísame. Vengo casi todos los días a esta placita, a descansar. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Juan Pablo Risco.

—Bueno, Juan Pablo, gracias. Y cuídate.

—Hasta luego.

Juan Pablo bajó de nuevo en dirección a la comisaría. Mientras caminaba pensó que no era descabellado lo que Ana la Leona le había dicho. Pensó que muchos de los problemas que enfrentaba la sociedad se debían a este tipo de pactos viciosos. Lo más seguro era que el gobernador Saturno tuviese contactos con el poder económico y con el poder tecnológico. No era nada raro. Las Megacorporaciones eran una suerte de monstruos de muchas cabezas, y en realidad no se sabía quiénes las manejaban.

Al llegar a la plaza Chacao, encontró todo más tranquilo. Se acercó a la comisaría y no tuvo inconvenientes para acceder a la recepción. Ahí estaba otra vez el sargento, recibéndolo con una sonrisa aprendida.

—Y usted cómo supo que a su amigo lo habían liberado —dijo el sargento, sorprendiendo a Juan Pablo.

—¿Liberado? ¿Quiere decir que ya salió?

—No, pero acaban de dar la orden. Estará aquí poco tiempo.

—¿No sabe quién dio la orden?

—Creo que un amigo del Alcalde, o un familiar... no sé.

Al cabo de unos minutos apareció Nicolás. Lucía mal, con ojeras. Necesitaba ducharse y comer. Le extendió la mano a Juan Pablo.

—Ahora vámonos de aquí —dijo.

—Un momento, señor —interrumpió el sargento de recepción—. Firme aquí antes de salir.

Nicolás asentó su nombre y número de cédula. El comandante Lameda lo veía desde la puerta de su oficina.

—Tiene suerte, amigo —dijo el comandante—. Mucha suerte. No todos los presos tienen amigos en el gobierno. Y su joven amigo, ¿algún familiar? —inquirió, refiriéndose a Juan Pablo cínicamente.

—Le voy a decir algo, comandante Lameda. Me han tenido aquí cuarenta y ocho horas sin ninguna razón. Usted bien sabe dónde están los verdaderos delincuentes o criminales de este país.

—No, no lo sé, usted dígame. Así colaboraría mucho con la policía, ¿no cree?

—Dese una vueltica por Sabana Grande de noche, o vaya a hacer una ronda por Petare o intérnese por los lados de Catia.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer. Y ahora lárguese, antes de que me arrepienta.

Nicolás tomó a Juan Pablo del hombro y caminó con él hasta la salida. Cruzaron la plaza y se adelantaron un buen trecho.

—Debemos asegurarnos que nadie nos siga, muchacho —dijo Nicolás.

Capítulo once

—Me hizo muy bien la estadía en la cárcel —dijo Nicolás a Juan Pablo, tumbándose sobre el sillón de su estudio—. La primera ventaja que tiene es que las paredes son débiles, y se puede oír a través de ellas. Cosas interesantes, muchacho, muy interesantes se escuchan por aquí —dijo con cierto alivio.

—Yo también tuve un diálogo interesante con una mujer —repuso Juan Pablo con orgullo.

—No me digas que te has enamorado.

—Sí, así fue, me enamoré, pero no de ella —dijo Juan Pablo en tono pícaro.

—Cuéntame, cuéntame.

—Conocí a Ana la “Leona”. Me dijo muchas cosas sobre el comandante Lameda y Fernando Saturno.

—¿Dónde la viste?

—Allá, en la plaza Chacao.

—Es una tipa fuerte. La creen loca, pero tiene buena información.

—Los policías la atraparón, y le dieron una tunda. Ella le propinó una pedrada en la frente a uno de ellos. Se salvó de casualidad. Me habló de las mujeres jóvenes que el policía le consigue al Gobernador,

me habló de la represión y de los desaparecidos. ¿Y tú, qué oíste a través de las paredes?

—Pocas cosas, pero que me dan muchas pistas. Ana la Leona tiene razón. Su hijo desapareció, al igual que mi hija.

—¿Cómo? ¿Tienes una hija?

—Sí, ya te contaré. Pero la relación del Gobernador con Lameda no se queda ahí. Saturno tiene contactos fuertes con el poder económico, con las Megacorporaciones. Y a la vez las Megacorporaciones adelantan varios proyectos para controlar los bienes, los insumos.

—Sí, me di cuenta.

—No perdiste el tiempo.

—También conocí a Sara Amarilis.

El semblante de Nikolás cambió.

—¿A qué te refieres?

—A Sara Amarilis, una belleza que apareció en aquel monitor —dijo, señalando al fondo.

—Creo que te pasaste de curioso —dijo Nikolás frunciendo el ceño—. Pero no me explico cómo pudiste acceder. Sólo yo tengo la clave de acceso a esa imagen.

—No lo sabía. Pisé por accidente algunas teclas.

—Es mi hija —dijo Nikolás con una entonación entre patética y reveladora—. Sara Amarilis es mi hija —y lo repitió con un nudo en la garganta—. Nació aquí en Chacao hace diecisiete años. Estudió pintura en la Academia Armando Reverón, quería exponer aquí, en una galería de Las Mercedes, y en un museo pequeño de Washington. Se reunía con escritores y cineastas en el barrio Díaz Rodríguez. Ahora ha desaparecido.

Juan Pablo quedó atónito. Luego le confesó la información de Ana La Leona.

—Ana La Leona me habló de ese barrio, y me dijo que las muchachas fueron desapareciendo porque se las fueron llevando los políticos... También ha desaparecido el hijo de Ana, llamado Raúl, quien también es artista y escritor.

—¿Qué dices? —inquirió Nikolás.

—Eso mismo. Que las muchachas lindas eran cada día más escasas. Con la persecución que tienen a las prostitutas, ahora los políticos organizan orgías en casas privadas. Según ella, Saturno tiene una de esas casas cerca del Ávila. ¿Hace cuánto desapareció tu hija?

—Hace un año. Pero tú me estás dando información. Debemos encontrarlos, Juan Pablo. A Sara Amarilis y a Raúl. Sí, es un buen muchacho el Raulito, que le conocí, pero no sabía que era el hijo de Ana. Esos chicos eran los únicos seres verdaderamente libres de por aquí. Creadores, artistas incómodos para el establecimiento social y económico. Son disidentes, se les ve como parásitos, y se les molesta siempre de cualquier manera. Ese sí es un buen dato —dijo Nicolás, levantándose de la silla.

—Explícate —exigió Juan Pablo.

—Bueno, nos aporta una de las claves. Los proyectos de las Megacorporaciones no los conoce casi nadie, o mejor dicho, los objetivos de esos proyectos.

—Discúlpame, pero estás haciendo muchos rodeos —dijo Juan Pablo.

—Los proyectos de las Megacorporaciones no son ningún secreto. Simplemente quieren seguir adueñándose de todo, y hasta apoderarse de las personas para manipularlas. A mí me quisieron hacer eso en la Corporación Enolc. Un científico brillante, Gustavo Jara, comenzó a involucrarme en un proyecto. Me invitaba a su casa, donde le esperaba una familia perfecta; ahí me brindó su amistad y confianza, y hasta propuso en la Corporación un aumento considerable de mi salario. Después fui cerciorándome de qué se trataba el proyecto, llamado Proyecto G, dirigido a la vieja voluntad de clonar a los seres humanos. Como tú sabes, esto fue vetado en la Sesión Mundial de Naciones, que considera a estos experimentos como delitos. Pero la compañía continuó con el proyecto en secreto, subsidiada por las Megacorporaciones. Esto podrá sonar a literatura de ciencia-ficción del siglo veinte, pero es la verdad.

—Continúa.

—Al poco tiempo de mi amistad con Gustavo Jara, me parecía que el comportamiento de su familia era demasiado seco, yo estaba inquieto ante las reacciones maquinales de la señora Jara y de sus hijos, y Gustavo, viendo que yo lo había advertido, me confesó con orgullo que su familia era producto de la clonación, y que aquello no tenía nada de malo. Poco a poco fue interesándose en clonar más gente, y yo me opuse.

—Entonces empezaron los problemas.

—Sí, sus argumentos eran simplemente para tener control absoluto de cosas y personas, de las necesidades y de las respuestas humanas a esas necesidades.

—Algo aterrador —dijo Juan Pablo.

—Pero ese no es el asunto central —prosiguió Nikolás— sino que habían comenzado a aislar y cultivar las células de dirigentes políticos y dueños de grandes riquezas y corporaciones, con el objeto de depositarlas en seres clonados, para asegurar futuros gobiernos de América Latina y Estados Unidos. Ya Jara me había transmitido demasiada información, cuando le anuncié mi no-participación en el proyecto. Por supuesto, me despidieron. Pero antes, el presidente de la Corporación Enolc, Julio Leconte, me llamó para amedrentarme, y me dijo que mi vida corría peligro, que no me atreviera yo a contar nada de aquello. Yo le dije que me parecía un proyecto infame, aunque no diría nada. Después tuvimos la siguiente conversación:

«Mire, Risco, me dijo, nosotros no podemos parar un proyecto como ese debido a una sola opinión adversa.

«Se equivoca, señor Leconte, le aseguro que millones de personas comparten mi opinión —le dije.

«No es la opinión de la mayoría lo que cuenta, sino la de los más autorizados —me respondió Leconte, mirándome con un dejo de desprecio.

«Como usted diga, Presidente —le respondí yo en tono hipócrita, a sabiendas de que estaba arriesgando el pellejo.

«No dijimos nada más. A los pocos días ya estaba recibiendo mi liquidación, con la que compré estos equipos —dijo Nikolás—. Pero fui declarado Persona Peligrosa —continuó— una persona que podía soltar información en cualquier momento, y desde entonces fui vigilado, luego acosado. Cambié de nombre, borré todas las señas de mi anterior identidad en todos los registros del país, haciendo trucos con las computadoras; entré en los sistemas hasta que logré eliminarme. Socialmente ya no existo. No puedo solicitar un empleo como funcionario público. He estado ganándome la vida por aquí como cuidador de carros o dependiente en establecimientos como panaderías, ferreterías... en las últimas semanas he comido muy poco... y he bebido mucho alcohol. Pero aquí estoy, dispuesto a desenmascararlos. Necesito encontrar a mi hija, hay que hablar con Ana la Leona, para comenzar —dijo Nikolás. Tenía un mal semblante.

—Otro de los dramas —complementó Juan Pablo— de los gerentes y los policías es que carecen de mujeres bellas, y entonces las buscan en los barrios. Pero la mayoría, profesionales emprendedoras,

entran en contacto con artistas o intelectuales, y viven en barrios marginales. Allí es donde más se afincan los de la Brigada Contra el Vicio, que usan la excusa de buscar drogas para chantajear a las mujeres. Consiguen siempre a una soplona, a una informante, que les dice todo lo que sucede en el barrio acerca de cualquier proyecto de avanzada, como el del Pensamiento Nítido.

—¿Pensamiento Nítido?

—Sí, pensamiento libre, de avanzada, que trata de librarse de la sociedad programada.

—A las mujeres se las comparten los policías y los nuevos *yuppies*, los gerentes. Ya hay muchos clonados en ambos cuerpos. La policía consigue buenas mujeres, criollas, tropicales, “calientes”, como ellos les dicen. Y los *yuppies* les pagan buen dinero. A su vez, los *yuppies* son los mayores consumidores de droga. Por eso la situación no mejora nunca; la droga genera nuevos vicios y nuevos negocios dentro de la Gran Gerencia. Los policías negocian hasta a sus mujeres. Es un círculo vicioso. A muchas de estas mujeres las han convertido en ídolos. La mayor revelación latina en Hollywood es una chica venezolana, Ingrid Valenzuela, que tiene contactos con las mafias grandes. Te voy a mostrar —prosiguió Nikolás, se levantó a buscar un periódico para mostrar a Juan Pablo una foto a color de la actriz y cantante a que había hecho referencia, figura central de un grupo de actores y actrices de la meca del cine norteamericano.

—Un momento —dijo Juan Pablo—. Aquí hay una cara que me resulta conocida —se fijó bien e hizo memoria: era el rostro de Josefina Montero, la sensual mujer que le había enseñado los placeres del sexo, la prima de su amigo Vicente Montero. Recordó que Josefina le había confesado sus deseos de ser actriz, y al parecer lo había logrado. Ahí estaba, al lado de la gran diva venezolana. En el texto de pie de foto no se mencionada a nadie más.

—¿Conoces a esta mujer, Nikolás? —inquirió Juan Pablo.

—No, no la había visto nunca antes.

—No lo vas a creer, pero esta mujer fue mi primera amante —respondió Juan Pablo.

Nikolás quedó atónito.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo Nikolás.

Capítulo doce

Desde el aire, Hollywood se veía como algo irreal. Cada uno de los estudios de filmación formaba vastas moles de edificios que se empinaban en todos lados, diseñando ciudades de cualquier época por aquí y por allá. Casas, suburbios, gentes, avenidas eran trasladadas permanentemente de un lado a otro, seguidas de camiones, gandolas, containers cargados de equipos de rodaje: filmadoras, escenografías completas y equipos se desplazaban frenéticamente por la superficie de la nueva Babilonia, la ciudad que había cambiado desde la segunda década en el siglo XX la dirección de los sueños humanos.

Ahora esas grandes moles habían sido trasladadas también a la computadora; ellas y también la poesía, la literatura, la pintura, la música, el teatro, todos ellos eran propiedad de Su Majestad el Cine, el gran arte que en los últimos años del siglo pasado había hecho de Hollywood una ciudad delirante por donde cruzaban todos los sentimientos, las pasiones, los pensamientos y proyectos, allí donde se erigieron las vidas de la nada para ser encarnadas por dioses y diosas de carne y hueso adorados por la humanidad entera, toda esa industria de sueños se encargó de someter a su vasto espectáculo la impensada lujuria, las transgresiones mentales: cantos, danzas, imágenes

prohibidas, actos imposibles, en la frágil existencia de actores se hizo encarnar un gran festín de historias que robaba novelas, partituras, dramas teatrales y a otras artes para fundirlas en el negocio supremo, en la consagración de la fama y la fortuna, en el lujo nunca imaginado: jamás antes ser humano vivió ni proyectó tal apoteosis de gloria, ni los mismos dioses del viejo Olimpo, ni los santos ni los reyes de Europa o Asia o África que también eran encarnados, hechos realidad, personificados por los actores de Tinseltown: Jesús, Buda, Mahoma, Alejandro Magno, Moisés, Taras Bulba, reyes egipcios, romanos, ingleses, franceses, españoles, árabes: todos han sido y seguirán siendo encarnados por alguien: mártires y románticos, desde Ulises o Aquiles hasta el ínfimo héroe cotidiano imaginado por Franz Kafka, las aventuras del mar y las tragedias místicas, las guerras todas salidas de esta gran factoría del sueño.

Allí estaba Hollywood, como flotando en una frágil soberbia hecha de un poder ficticio, donde el dinero no valía sino para malgastarlo o tirarlo por la borda, bebérselo o fumárselo o masticárselo o cogérselo o viajárselo o llorárselo o vomitárselo con lágrimas. El lente invisible va bajando zigzagueante y planea cada vez más bajo para investigar locaciones y estudios, como un ojo intocable observa el ajetreo, el conflicto que hace que lo humano sea humano, va captando los pequeños gestos y conversaciones, los diálogos cotidianos, las palabras cortadas por los suspiros. El azar quiere que se detenga en un estudio de películas donde chicas jóvenes y hermosas exhiben su desnudez ante las cámaras, bajo la dirección de técnicos que negocian con al ardor erótico, con el suspense de mostrar los cuerpos tallados de estas hembras, sus bocas entrea-biertas, sus ojos inquietantes en tramas donde violaciones y venganzas son parte de esencial de la excitación general.

En un pequeño estudio se encuentran filmando una historia de este género, protagonizada por la famosa actriz Ingrid Valenzuela. Ya han repetido la escena varias veces, hasta lograr que haya salido perfecta. Se cubre con una sedosa bata roja. La felicitan. Luego recibe besos fugaces de admiración. Se dirige a su camerino a descansar. Como en una de tantas escenas de película, la actriz se sienta en el tocador frente al espejo, y está inconforme con la imagen que ésta le devuelve: el cine dentro del cine. Tocan a la puerta y esta vez en lugar de ser el galán con el ramo de flores o el empresario que presiona y presiona para que la actriz sea suya y solo suya, es solamente un hombre.

Un hombre que está tocando allí por error. Ingrid Valenzuela, con gesto aburrido, pregunta quién es, antes de abrir.

—Soy yo, Eleazar —se oye la voz desde afuera.

Ingrid no recuerda ahora quién es Eleazar, pero la voz le inspira confianza. Abre y ve a un hombre cuya cara le es conocida, pero no puede precisarla; un hombre joven, con cara normal, más normal que de costumbre, pero dueña de una expresión de alguien que jamás ha sentido el miedo.

—Hola —dice—. Me dijeron que aquí podía encontrar a Josefina.

— Habitación equivocada — responde Ingrid.

— Pero la conoce — insiste él.

— Sí, claro, queda precisamente al lado.

— Gracias.

— Creo que le he visto antes.

— Sí, probablemente. Soy técnico de sonido.

— Ah, técnico.

— Sí, he trabajado en el sonido de algunas de sus películas.

— Ah, claro, qué tonta soy.

— Perdóneme por haberla interrumpido — dice el hombre, calibrando con una sola mirada rápida el cuerpo exquisito de la mujer.

— No se preocupe... hace calor ¿no?

— Sí, mucho...

— Josefina no está, de todos modos, va a andar varios días fuera de Hollywood. Toque, a ver si alguien le abre al lado. Chao.

— Chao, dijo el hombre, volviendo a mirar la zona de los senos y de las piernas de Ingrid. Llamó en la puerta de al lado, pero nadie respondió.

No pudo contenerse. Volvió a tocar en la habitación de la actriz, esperando a que el imán sexual obrara por sí mismo. Ingrid se había puesto algo más insinuante, una bata transparente que excitaba aún más que la desnudez total. Ella vio en el hombre las ansias de poseerla. Pero lo contuvo.

— Josefina es una de mis mejores amigas — dijo—. Una buena actriz, y buena gente. ¿Amiga suya?

— Sí, más que eso. Necesito protegerla. Está en peligro.

— Explíquese.

— Mire, yo sé bien cómo es el ambiente. Yo no me engaño, ni me ando con rodeos. Es urgente que la vea. Quizá usted pueda ayudarme.

—Depende.

—Sí, depende de todo esto de las drogas. Anda metida en un lío feo de drogas, por si no lo sabía.

—No.

—Entonces es bueno que lo sepa, ya que dice ser su amiga.

—Mire, esta conversación está llegando a su fin, ahora tengo que despedirme.

—Dígame la verdad, linda.

—La verdad-verdad se reduce a un consejito: límitese a disfrutar de su vida y deje a esa muchacha en paz. No se meta en líos innecesarios.

—Usted también está metida, belleza, y hasta el cuello. Ahora comience a decir algo que valga la pena.

Ingrid Valenzuela le tiró la puerta en las narices. El hombre le siguió hablando a través de la puerta cerrada.

—¡Piensa en lo que te digo! —le gritó desde afuera.

—¡Váyase ahora mismo! —exclamó ella.

El técnico Eleazar Brito se alejó de la puerta, al fin. Ella, en la habitación tomó el teléfono celular y marcó un número. Le informó de lo acontecido a su amiga Alicia Montalbán, que estaba con ella en el negocio, y ésta a su vez llamó a su jefe Domingo Monasterios. Éste, preocupado por los anuncios de Alicia Montalbán, hizo a su vez varias llamadas telefónicas a sus amigos en Estados Unidos y Venezuela. Inmediatamente mandó a investigar quién era el tal Eleazar Brito en los Estudios Metronet y con quién trabajaba. Luego puso en autos a sus cómplices más cercanos, para que cuidasen sus espaldas. Así fue. Los capos de la droga en Hollywood ya estaban alertas ante cualquier represión policial. Especialmente entre actores y actrices del mundo porno debían ser muy cuidadosos.

Josefina Montero ya había comenzado a despuntar, como su coteránea Ingrid Valenzuela, en los primeros lugares de la taquilla comercial. La diva Valenzuela era, además de actriz, cantante, una verdadera vedette llena de glamour que estaba comenzando a ganar centimetraje en prensa y revistas y una gran promoción por medio de videos y programas de TV. Varios críticos americanos y europeos le habían dedicado reportajes breves pero sustanciosos.

Hacía un año aproximadamente Josefina Montero se le había acercado a pedirle una oportunidad, y ella se la había dado. Josefina comenzó a trabajar duro en el mundo del canto, luego en el de la moda.

Después de asistir a innumerables pruebas de pasarela, tuvo suerte de ser aceptada por una empresa de modelaje. Su figura resultó exótica para los empresarios estadounidenses, que fueron descubriendo en ella un modo de ir penetrando los mercados de América Latina.

Después de destacarse en pasarelas, Ingrid Valenzuela la invitó a participar en una película, una producción de segunda, en una historia donde lo fuerte era el sexo, así se empieza una carrera, desde abajo, aceptando todo, amiga, así es este negocio, y de este modo Josefina desplegó todo el poder de su libido. Su erotismo frenético impactó en aquella película filmada en la selva venezolana, *La reina Amor*. Luego se dispuso a firmar nuevos y jugosos contratos, e Ingrid no salía de su asombro con lo rápido que iba su discípula. En verdad, iba más disparada que ella y era empecinada y obstinada en lograrlo todo, costara lo que costara. La relación íntima con productores y dueños de los estudios también había sido vertiginosa: en apenas un año era ya la amante de un empresario poderoso de la Meca del cine.

Alicia Montalbán, cubana, a pesar de su belleza y arrojo, no podía meterse enteramente en aquel mundo, aunque fuese tan próxima a las otras dos actrices venezolanas. Las superaba en edad y la verdad ya estaba algo cansada y quería desde hacía tiempo dejar el negocio para vivir una vida más tranquila con algún hombre y tener una familia, y de vez en cuando ver a su hermano y a su madre que estaban en Venezuela desde hacía tiempo. En una época vivió un breve lapso dorado que le permitió protagonizar cuatro películas, las cuales le granjearon cierta fortuna, pronto dilapidada en malos negocios y en una fuerte adicción a la cocaína, ahora felizmente superada.

En cambio, Josefina Montero era cada día más proclive al uso de ésta, poco a poco fue entrando en la adicción, casi imperceptiblemente; primero en el alcohol y la cocaína, luego en el sexo compulsivo con jóvenes fuertes. Estas tres cosas juntas componen la perfecta tríada para una completa adicción, un triángulo en donde se viaja desde el sexo al alcohol y de éste a la coca y de éste de nuevo al sexo hasta que los tres llegan a formar una verdadera llave de placer que termina convirtiéndose en pesadilla. Esto ya estaba comenzando a suceder con Josefina. El accionista norteamericano de Metronet, Ralph Owen, su amante, ya se estaba cansando de ella, y se lo hizo saber. Josefina se aterró, y le prometió regenerarse.

Domingo Monasterios facilitaba protección a sus actrices predilectas, y en algunos casos pagaba clínicas de regeneración por unos cuantos días. Así había hecho con Alicia Montalbán, la primera facilitadora de droga en el sector porno de Metronet, donde era punto clave de referencia. Y se ganaba de paso una buena tajada, muy superior a sus honorarios como actriz.

Poco a poco, las visitas de Josefina a Alicia se hicieron más frecuentes, y de ello se había percatado Ingrid Valenzuela, quien le reclamaba a menudo sus ausencias repentinas. Eleazar Brito, el primer amante que había tenido Josefina al llegar a Hollywood, también lo sospechaba. El hombre estaba enamorado locamente de la chica, aunque ella ya le había aclarado su voluntad de no inmiscuirse sentimentalmente con nadie, mucho menos de formalizar relaciones. Fueron dejándose de ver por solicitud de ella, pero en cuanto Brito se enteró de la relación de Josefina con un gerente de Metronet, sus celos se desarrollaron al máximo. Para colmo, le tocó laborar como técnico en el equipo de uno de los filmes que protagonizó Josefina, y ello le había resultado casi una tortura. Brito la asedió un tiempo, y ella tuvo miedo. Accedió una noche a salir con él y éste la notaba lejana, distinta, aunque muy dinámica y conversadora.

La noche de la cena ella casi no probó bocado. Sólo bebía y fumaba y sufría de repentinos accesos de tos, se puso pálida y debieron abandonar el restorán. Él quiso acompañarla hasta su casa y ella se lo permitió. Una vez en la puerta Josefina volvió a sentir náuseas, y él debió guiarla al cuarto de baño, donde vomitó. Quiso llamar a un médico pero ella se aterró. ¿Por qué?, pensó él mientras la atendía y ella sufría un colapso nervioso. Fue entonces cuando descubrió, sobre la mesita del recibo, los montoncitos de polvo blanco. Eleazar los tiró al suelo, en un acceso de impotencia y Josefina lo echó de la casa entre maldiciones. Eleazar comenzó a averiguar todo e hizo descubrimientos notables —en su condición de técnico anónimo se agazapaba detrás de cualquier tabique a escuchar conversaciones— las conexiones de Ingrid Valenzuela y Josefina no sólo con la droga sino con el tráfico de jovencitas para las cintas porno o la prostitución. Monasterios era un cubano con negocios en Miami y Venezuela. De Venezuela traía jovencitas que deseaban el éxito fácil. Alicia Montalbán las introducía a través de una Agencia, tratándolas como princesitas y pintándoles las distintas formas de la fama o la gloria.

La curiosidad de Juan Pablo Risco y de Nicolás Kai hacia este mundo de Hollywood se produjo debido a la inquietud casi enfermiza de Juan Pablo hacia la fábrica de estrellas, cuyo nombre textual en inglés se podía traducir en español como “Bosque sagrado”. Ya había tratado Juan Pablo de comunicarse con Josefina sin suerte, a través de la dirección de correo electrónico que aparecía en los programas de entretenimiento transmitidos por Metronet en TV, donde a menudo era entrevistada Ingrid Valenzuela. En una de esas entrevistas Valenzuela envió sus agradecimientos a Domingo Monasterios, el empresario que tanto la había ayudado. Algo intuía Juan Pablo. Comenzó a hacer deducciones a partir de las palabras proferidas por Ana la Leona aquella tarde en la plaza Chacao.

—Todas estas conexiones entre Hollywood y Venezuela parecen inverosímiles —dijo Nicolás.

—Pero de que existen, existen —respondió Juan Pablo. No me extrañaría que Venezuela fuese ahora una especie de patio comercial de Miami.

—Exacto —dijo Juan Pablo. Yo creo que Miami es el centro de operaciones. Desde ahí se distribuyen la droga que viene de Colombia, Bolivia o Perú.

—Sí, así es. Se supone que hay un operativo internacional para detener eso —repuso Juan Pablo.

—Pero no es suficiente, porque hay unas relaciones del poder con la droga, el terrorismo, la prostitución, la corrupción y hasta con la clonación. Más de la que pudieran imaginarse —aseveró Nicolás.

—Tenemos que encontrar a alguien aquí en Venezuela que nos ayude a despejar esta telaraña.

—El primer paso sería sabotear los planes de la Corporación Enolc —creo yo.

—No sé a qué te refieres. Nosotros no tenemos poder para eso —dijo Juan Pablo.

—Eso ya lo veremos —repuso Nicolás.

Capítulo trece

Nicolás Kai le anunció a su amigo Juan Pablo que necesitaba estar un par de días investigando información sobre los planes de la Corporación Enolc, y Juan Pablo comprendió que debía dejarlo solo. Él también necesitaba de cierto reposo, pensar en cómo iría a afrontar su nueva vida. De hecho, ya estaba comprometido con Nicolás en todo aquello, y apenas si podía salir de su asombro. Sus planes y proyectos estaban pospuestos indefinidamente, pero ¿cómo podía enfrentar la vida o su vocación sabiendo que todo aquello ocurría y que él no podía hacer nada, sintiéndose impotente en un mundo manipulado? Se prometió que al menos lo intentaría. Aún era joven, tenía la pequeña dote de su madre para sostenerse; podía quedarse en el estudio de Nicolás y compartir con él, desde el comienzo compartir era algo sobrentendido; él era su verdadero maestro y debía seguir con él hasta el final. ¿Cómo podía ser feliz sin luchar por una causa, por un ideal? Ni siquiera se lo podía imaginar.

En los momentos de descanso su mente se colocaba en la imagen de Sara Amarilis, y apenas creía que fuese la hija de Nicolás. Sintió deseos de ir a Catia y recorrer el barrio Gato Negro, pero algo se lo impedía. Salió a caminar por allí y sintió la tentación de las cervezas,

pero su experiencia con el alcohol no había sido nada placentera. Vio varias tiendas de ropa en la avenida Francisco de Miranda, algunas librerías y discotiendas y accedió a la tentación de entrar. Interminables pasillos acogían inmensas cantidades de libros, discos compactos y cassettes musicales de todos los tamaños y formatos; autores y compositores de todos los estilos y épocas convivían allí. Los precios eran altísimos, aunque la tecnología era de bajo costo, pero abaratarla no era un negocio en el supercapitalismo, pues la economía se derrumbaría. Con el importe de dos o tres libros o cassettes podía mantenerse hasta un mes, quizá, consiguiendo algunas legumbres u hortalizas de las que ofrecían los mercados populares, y hasta podía comprarse unos zapatos nuevos, la prenda de vestir que más le atraía. Hizo un recorrido visual por la tienda de libros y discos; la cantidad de productos culturales que podía ofrecer el comercio era asombrosa. Unas hermosas muchachas, luciendo faldas cortas y blusas transparentes, se le acercaban poniendo los productos a la orden y entregándole folletos. La técnica erótico-comercial de estas muchachas era tal que Juan Pablo podía percibir en los clientes los efectos de una lenta seducción programada, que se llevaba a cabo hasta que el producto era adquirido.

Evadió como pudo aquella seducción ficticia excusándose de andar buscando a alguien, pero una de las chicas insistió en venderle la cinta de un baladista popular de moda, que aparecía en los monitores de la tienda. Siguió caminando, y el local era tan grande que estuvo a punto de perderse; consiguió con dificultad la salida; una vez afuera la luz del sol lo deslumbró.

Al tratar de aclarar la vista vio surgir del bochorno del mediodía un grupo de pequeñas casas antiguas de tejas y chimeneas, que temblaban y hacían salir de su interior nubes de humo, florecillas y enredaderas que trepaban por las paredes de un terreno, se iban multiplicando y echando raíces rapidísimo: poco a poco las raíces fueron dibujando miembros, caras y cuerpos que daban alaridos, como de seres crucificados en las paredes. Algunos abrían las bocas y dejaban salir lenguas bífidas, mientras otros rostros se consumían con el calor y dejaban sus muecas desintegradas y derramadas sobre un muro. Vio la aparición de las Furias en lo alto de una torre. Ahí Lezama surge y le advierte de sus artes maléficas, y en eso llega el divino mensajero, que les abre las puertas de una ciudad terrible. Juan Pablo y Lezama Lima entraron en ella y ven allí castigados, dentro de arcas de fuego y a modo de sepulcros,

a los epicúreos y a los heréticos. Juan Pablo le manifestó a Lezama su deseo de hablar con alguno de aquellos condenados, al tiempo que oye una voz que le llama: es un poeta, un viejo trovador de Caracas, de allá del barrio Gato Negro de Catia, y le pide que le salve, pero Juan Pablo le dice que no puede, le hace ver que ya ha muerto, y cae en su lecho de fuego, y entonces Juan Pablo se apiadó de él y echó a llorar, y sintió que estaba quemándose por dentro.

Juan Pablo movió la cabeza para espabilarse y lo consiguió, pues ésta comenzaba a dolerle. Se sentó en un banco de la plaza Altamira y respiró hondo; pidió un refresco a un vendedor ambulante y lo bebió, con lo cual pudo reponerse un poco. Algunas parejas se besaban sentadas en los bancos; mujeres corrían detrás de sus niños jugando con pelotas y ancianos pasaban lerdamente las páginas de los periódicos agitadas por el viento. Juan Pablo sonrió, visiblemente aliviado. Entró a un abasto y adquirió unas frutas y un pedazo de queso y pan negro, un zumo procesado de cítricos mezclados para llevarlos como almuerzo a casa y compartirlos con Nikolás antes de que éste se fuera de viaje.

—Menos mal que llegaste —dijo Nikolás al verlo—. Quería enseñarte una cosa.

Estaba frente a la computadora imprimiendo un material, que luego entregó a Juan Pablo. Se trataba de un informe sobre la Corporación Enolc, donde se hacía un recuento de algunos casos de clonación de animales. Este decía lo siguiente:

Tenemos para comenzar el famoso caso de la oveja Dolly en 1997, el primer animal que creció artificialmente desde una célula hasta la adultez. Para este proceso se tomaron de una oveja donadora en gestación células mamarias contentivas de todos los datos genéticos, y paralelamente a una oveja X con un óvulo no fecundado, que surgió de la célula receptora. Las células del original se aíslan y se cultivan, mientras que los datos genéticos de la oveja X fueron eliminados del óvulo, para ser sustituidos por el Programa Genético (ADN), el cual se introduce en el óvulo de la oveja. Este crece en el vientre de la oveja X hasta parir un feto clonado, que es una copia exacta del original. A esta copia le dieron el nombre de Dolly. El único problema con Dolly fue que dos años después descubrieron que sus cromosomas eran más cortos que los normales en la parte superior, denominada telómeros. Este pequeño detalle convierte a

Dolly en un ejemplar envejecido al nacer, de “mediana edad” aunque luzca saludable y hasta pueda salir embarazada.

Al terminar de leer el texto, Nikolás reforzó la información.

—Los investigadores y científicos alucinan con este nuevo émulo del monstruo Frankenstein. Poder crear vida artificial les excita. De hecho ya ha sucedido: han logrado clonar seres humanos en serie.

—¿Y qué ha pasado después? —inquirió Juan Pablo.

—Al principio sólo se veían los beneficios —prosiguió Nikolás— producir manadas de animales alterados genéticamente para obtener proteínas, incluso órganos para ser utilizados en medicina. Estas técnicas científicas se publican en revistas especializadas y están al alcance de todos los científicos del mundo, independientemente de sus restricciones morales. Comenzaron a suceder cosas extrañas: una mujer llamó a uno de estos escritores especializados en temas genéticos, para decirle que deseaba un clon de su difunto padre: quería regresarlo al mundo como un bebito, y ver si podía llevarlo en su vientre. El científico le dio ánimos a esta señora, diciéndole que su sueño podía cumplirse. Personas con enfermedades graves pueden hacerse clones para obtener órganos de repuesto, y hasta sería posible resucitar a personas desde el pasado, en forma de clones.

Nada de lo que decía Nikolás era ficción. Los clones humanos comenzaron a producirse sin autorización de los gobiernos, constituyendo una especie de contrabando para controlar negociaciones, la política y hasta para ejercer el control mismo de la tecnología. El asunto recordaba a aquella famosa novela de Ira Levin, *Los niños del Brasil*, basada en la clonación de los genes de Hitler efectuada en Brasil, a fin de que muchos niños situados estratégicamente en varias ciudades del mundo y criados por familias “normales” establecieran pronto un nuevo orden social a través de una raza superior. Al parecer, algo similar se había logrado ya, y era llamado “nueva línea de ensamblaje” en homenaje a Aldous Huxley y su novela de anticipación *Un mundo feliz*. Experimento bastante afortunado en esta época, hecho con fines publicitarios, pero que tuvo consecuencias lamentables.

Nicolás siguió imprimiendo la segunda parte del informe, y le dijo a Juan Pablo que no se podía esperar más, que debía formarse un equipo de trabajo con gente que él ya estaba contactando, para sabotear los planes de Enolc. Pasó los folios a Juan Pablo, quien siguió leyendo:

Modificar el ADN de los ratones y de los humanos es casi lo mismo. Ya sabemos que el organismo del ratón es el más parecido al del hombre. Primero se prueba en el ratón, luego en el hombre, y los resultados son casi los mismos. Como se recuerda, la trama de *Los niños del Brasil* estaba basada en el asunto de la inteligencia superior, un concepto racista que otorga superioridad mental a la raza aria sobre las demás, es decir, se trata de una teoría genética de la inteligencia, algo que los científicos serios rechazan. La cuestión queda resumida como sigue: modificando el ADN del ratón se puede lograr que el animalito recuerde más rápidamente y memorice por más tiempo lo que aprende. Los científicos lograron averiguar mucho sobre la naturaleza de la memoria y cómo funciona. La memoria es lo fundamental de la conciencia humana, desde la percepción hasta el pensamiento, desde las sensaciones hasta el conocimiento. Por ejemplo, con los iones de calcio se puede ampliar el espectro de la memoria a largo plazo, es decir, el calcio puede crear más recuerdos. Al mismo tiempo, la modificación del ADN puede ayudar a la cura de enfermedades como el Mal de Alzheimer o el Mal de Huntington. La memoria puede ser implícita (“No declarativa”) y a su vez ésta se subdivide en memoria asociativa, otros sistemas que archivan formas, texturas, rostros y nombres. Se alojan en las cortezas del cerebro humano dentro de una rugosa capa externa. Comenzamos a perder los recuerdos seriamente después de los 50 años, fenómeno conocido con el nombre de plasticidad. El aprendizaje y la memoria, ligados a la inteligencia, pueden ser experimentos dirigidos por los tecnócratas y los políticos, que a su vez desarrollan el instinto de la ambición hasta niveles tan alucinantes como los científicos los suyos.

—De dónde sacaste esto —preguntó Juan Pablo a Nicolás después de leer.

—Es sólo una parte —contestó Nicolás—. Debemos hacer algo. Por ahora contactarnos con Félix Heredia en Estados Unidos. Ya le he enviado varios correos electrónicos y cartas a una dirección que me dio. No contesta nunca. Estoy preocupado. Él es para nosotros una especie de salvación.

Aquellas palabras sonaron a Juan Pablo un tanto patéticas.

—¿De qué nos vamos a salvar? —le preguntó.

—No me gustaría alarmarte. Que pensaras que soy un exagerado alarmista. Es lo peor que puede pasarnos, te lo aseguro.

—Dime de una vez.

—Te lo explico en el camino. Ahora mismo debemos prepararnos para salir de la ciudad. Volaremos a Nueva York. Ahora mismo voy a comprar los boletos —dijo Nicolás.

Capítulo catorce

Desde el avión Nueva York parecía una alucinación abismal. Juan Pablo y Nicolás, casi irreconocibles, iban vestidos con buenas ropas, con sendos blazers y prendas finas. Bien afeitados y disfrutando de los buenos cuidados de las azafatas, bebían vino y probaban bocados exquisitos. Deslumbrados por la belleza de una de las aeromozas, no cesaban de mirarla y de hacer comentarios. La chica llevaba un vestido azul ceñido que le hacía resaltar un lindo trasero, y los dos amigos cruzaron miradas pícaras. Era la primera vez que compartían una sensación erótica.

—De dónde sacaste el dinero para los boletos y la ropa —preguntó a destiempo Juan Pablo a Nicolás.

—Vengo de una familia rica, Juan Pablo. Mi familia era de la rancia burguesía caraqueña del siglo XIX, aunque algo venida a menos —terminó por decir.

—Pero toda esta farsa de antes... —se quejó Juan Pablo.

—Tuve que hacerlo, probarte hasta el último momento. Pero tú ya sabes de qué va la cosa...

—No, no lo sé.

En ese momento la azafata anunció el aterrizaje de la nave en territorio norteamericano, el conocido vuelo Ave del Espacio 3000.

—Estamos aterrizando. Abróchate el cinturón —dijo Nikolás.

Juan Pablo le miró con resquemor. El avión se deslizó por la pista como un pájaro liviano, y entró en uno de los hangares con bastante rapidez. Al bajar las escalerillas de la nave y pisar tierra, ambos experimentaron una sensación extraña. Recogieron los equipajes y se dirigieron a la salida. Allí tomaron un taxi; Nikolás le dio una dirección al taxista. Juan Pablo miraba el paisaje urbano de Nueva York con ojos atónitos, mientras Nikolás anotaba palabras en una libreta. Se detuvieron en una calle del barrio Queens no muy populosa, frente a un edificio modesto que hacía las veces de hotel. Entraron. En la recepción estaba un viejo, ajustándose los anteojos para ver mejor una lista. Levantó los ojos al verlos llegar. Primero le costó hacerlo, pero al fijarse bien en Nikolás exclamó:

—¡No puedo creer lo que estoy viendo!

Nikolás abrió los brazos y le estrechó efusivamente. El viejo lo palmeó varias veces. Nikolás le dijo palabras cariñosas y le presentó a Juan Pablo. El viejo Lucas Lucambio les dio la bienvenida y les hizo subir las maletas. Era un venezolano que tenía en Nueva York por lo menos treinta años. Al llegar a la habitación de aspecto vetusto, pero grande y confortable, Nikolás dio un suspiro y se sirvió un vaso de agua de un termo, y le sirvió otro a Juan Pablo.

—Supongo que querrás una explicación —anotó.

—Adivinaste —respondió irónicamente Juan Pablo.

—Discúlpame lo rápido de todo —dijo Nikolás—. Pero ni en el avión ni en ningún otro lugar público podía hablarte. Como sabes, nuestra misión es desbaratar los planes de Enolc; ahora el asunto es cómo lo vamos a hacer, y para eso necesitamos un equipo. El viejo que viste en la entrada y todo el personal de este hotel forman parte de un plan que ya sabe cómo funciona Enolc y cómo penetrar allí para sabotear un inmenso proyecto de clonación humana. Y tú debes ser entrenado.

Juan Pablo no cabía en su asombro. Nikolás era toda una caja de sorpresas.

—Soy todo oídos —dijo.

—El Departamento de Proyectos Especiales —continuó Nikolás— está fabricando clones humanos. Se supone que estos ejemplares ya están en la calle, ocupando puestos claves en el economía, la política, los nego-

cios, la educación y la cultura. La libertad para elegir está dirigida por la tecnología massmediática; el pensamiento está como succionado, subsumido en un placer instantáneo, muy liviano, pero que requiere de una gran cantidad de absorción de productos para autosatisfacerse, una especie de pensamiento narcisista, que se contempla a sí mismo. Esto nos conduce al quietismo, a la pasividad, al dejarse manipular por todo lo que produce el Macroimperio del consumo ideológico.

—Pero todavía hay investigadores, artistas, filósofos, escritores que hablan en nombre de la libertad, de la creación... —argumentó Juan Pablo.

—Escúchame —recalcó Nikolás—. Eso puede ser cierto en casos muy aislados. Pero lo más alarmante de todo es que las universidades y los centros de educación o de investigación superior están siendo eliminados. Cada vez hay menos. La educación prácticamente no existe, sólo la educación privada que pueda pagarse. Los profesores de materias humanísticas o de asuntos artísticos o filosóficos no tienen campo de trabajo en ninguna parte. Las facultades de Artes o Letras han sido eliminadas paulatinamente. Los libros de autores clásicos son considerados costosos, pesados, incómodos o inextricables. Las ideas o los mundos creados en la imaginación de los artistas clásicos son vistos como utópicos, divagantes, poco aplicables en la práctica. Incluso pueblos y sabidurías ancestrales como la hindú o la china están alejándose cada vez más de sus tradiciones, de las leyendas y fábulas que habían fundado sus identidades. Todo está siendo suplantado por la imagen trucada, por los efectos especiales, gratuitos, de puro manejo por ordenador, por el video musical y por las películas de erotismo fofo, y también por los filmes sobre catástrofes, sobre desastres arrasadores, en fin, por un pensamiento apocalíptico muy bien manejado por quienes detentan el poder tecnológico: en esas producciones apocalípticas los héroes son siempre las grandes potencias, la policía, el FBI, el Pentágono o algún hombre musculoso que por azar salva a la humanidad. Ya no existen los filmes de autor; la estética cinematográfica del director. Lo que hay son películas-negocio, donde los actores trabajan sobre la base de una taquilla segura, según guiones que han sido armados por los productores. La mayoría de las películas en EE UU son armadas por los productores, no por los directores.

—Pero esto ha sido así desde el siglo veinte, y no le veo la relación con Enolc. El cine es esencialmente divertimento —dijo, para provocar expresamente a Nikolás.

Para entonces estaban en pleno auge del Showscan, un proceso de filmación de alta velocidad y gran pantalla que ofrecía una experiencia de visión más realista que cualquier otra técnica inventada. Utilizando película de 70 mm —dos veces más ancha— fotografiada y proyectada a sesenta fotogramas por segundo y un sistema de sonido de seis canales, el Showscan constituía una verdadera innovación en masa, que ya había sido ideada y probada en el siglo veinte. Los discípulos de Douglas Trumbull, que antaño había realizado los efectos especiales de películas como *2001 odisea del espacio* (Kubrick) y *Blade Runner* (Scott), ofrecían ahora a los espectadores una experiencia más física y emocional, inundando el sistema nervioso central humano con información visual. A esto le llamó “el realismo de la fantasía”.

Para desarrollar esta técnica, unos inventores conectaron muestras de audiencia con máquinas que medía el pulso y la respiración, la transpiración y la actividad del electroencefalograma. A estos conejillos de indias humanos se les mostraban películas rodadas y proyectadas en diferentes velocidades para medir respuestas psicológicas a las escenas. Cuando el número de imágenes por segundo llegó a sesenta, el filmdador vio que las mediciones en el equipo de pruebas daban un salto. La audiencia estaba físicamente excitada por esta nueva realidad visual. De pronto había un nivel enteramente nuevo a través del cual comunicarse con una congregación de aficionados al cine, un nivel actual, visceral. Sin embargo, tal y como lo predijo Arthur Clarke —el celebrado autor de la novela *2001 odisea del espacio*— el Showscan produjo una nueva ola de megapelículas, las bombas atronadoras y apocalípticas que siempre han sido la especialidad de Hollywood. “Estas películas harán que el público desee vivir experiencias violentas, quizá a costa de la narración dramática. Un viaje simulado a través del espacio, atravesando océanos sacudidos por la tormenta o escalando las cumbres del Everest, proporcionará a los que compren las entradas más de lo que nunca han obtenido por su dinero” —explicó Arthur Clarke.

Otras técnicas más costosas eran utilizadas, como el holograma. La imagen holográfica tridimensional a todo color resulta fascinante cuando se la ve proyectada, pero son casi imposibles de proyectar en las

salas convencionales del Showscan. Solamente los muy adinerados podía darse el lujo de trasladar los equipos holográficos a sus mansiones para disfrutar de esta técnica, que crea una imagen utilizando un rayo láser para grabar información óptica acerca de una escena (pero no la escena misma) sobre una película fotográfica. Cuando es iluminado por un láser, el holograma se desarrolla de nuevo en tres dimensiones sin uso de gafas especiales. Cambiando de posición, el espectador puede mirar efectivamente alrededor de los objetos de un holograma. Sin embargo, los hologramas no podían proyectarse como una película corriente.

El Imax es otro de los sistemas de proyección, que es una pantalla gigante semiesférica bajo la cual se sienta la audiencia al estilo de un planetario. Por fortuna aún no habían desaparecido las salas de cine convencionales, que seguían siendo el medio principal para directores, actores y guionistas que producían películas de boutique, no tan ambiciosas como las películas de Hollywood. Tampoco los argumentos habían cambiado mucho desde el siglo XX; antes, la nueva tecnología hacía posible un enfoque diferente de los temas tradicionales. Las técnicas computarizadas más bien servían para captar la recreación electrónica de las voces y la apariencia física de las grandes estrellas cinematográficas del pasado. Estas técnicas ya eran más prácticas y efectivas para diseñar escenarios y sintetizar cualquier locación dentro o fuera de la Tierra, utilizando la computadora. En fin, los espectáculos eran más individualizados y menos masificados que en el siglo XX, y esto era ya un alivio.

Juan Pablo Risco estaba preparado a disfrutar de todo esto, e invitó a Nicolás a visitar una sala de Imax en Nueva York antes de seguir en el plan. Allí podían verse todas aquellas técnicas en casi cualquier parte por un costo irrisorio, lo cual en Venezuela era muy costoso y exclusivo.

—Estoy interesado en ver y recuperar el gusto por el buen cine, y estudiar y aprender estos nuevos sistemas de producción, y escribir mis propios guiones —dijo Juan Pablo.

—Veo que estás muy entusiasmado en la materia —repuso Nicolás—. Te deseo suerte en tus estudios. Pero ahora no tengo tiempo de acompañarte al cine. Que disfrutes de la función. Después te espero aquí, para hablar de la realidad de la clonación biogenética y de cómo impedirla, por las buenas o por las malas.

—Nunca he disparado un arma —dijo Juan Pablo—. Y tampoco estoy seguro de poder herir o matar a alguien —agregó.

—No te preocupes. Trataremos de sabotear el proceso usando otros métodos —replicó Nikolás. Lo del manejo de armas es secundario, aunque importante que lo aprendas, por si acaso.

—Ahora dime cuál es el plan —exigió Juan Pablo.

Capítulo quince

Casi todo el personal del hotel Old King en el distrito de Queens estaba trabajando para la causa, y se puso pronto en movimiento. Al estacionamiento del mismo llegaron camionetas cargando equipos apropiados para armar la operación. Un grupo se montó en una de las unidades para dirigirse a Manhattan. Una vez allá se detuvieron en Canyon Street y se apearon de las unidades frente al edificio Black Giant, una torre empresarial relacionada a la investigación científica. Nicolás se había encontrado de nuevo con Klara Kubin y su esposo Karl Kubin, dos judíos muy conocedores de su trabajo, muy profesionales, y los presentó formalmente a Juan Pablo. En una camioneta venían los esposos Kubin con Nicolás, y en otra Juan Pablo con Fidias Heredia y Lucas Lucambio.

Juan Pablo y Klara Kubin llegaron a la recepción de la torre Black Giant y ahí preguntaron dónde quedaba la biblioteca de la Fundación para Niños Inválidos. Ahí les solicitaron sendas identificaciones y ellos les procuraron unas debidamente falsificadas, que ya habían sido probadas por el equipo; al introducirlas en los dispositivos de seguridad no sonó ninguna alarma; luego los revisaron bien. Les permitieron desplazarse por un largo pasillo de mármol gris que los condujo a la sede de la

Fundación para Niños Inválidos, donde fueron recibidos por un grupo de eficientes secretarías, las cuales los acompañaron hasta la biblioteca. Se suponía que Juan Pablo y Klara iban a hacer una importante donación. De sus portafolios sacaron unas planillas y varias carpetas que explicaban en qué consistían las donaciones, y estos les dijeron que se trataba de grandes extensiones de tierras de bienhechuría que ponían a la orden. Pero esta era sólo una artimaña para ganar tiempo, para que Nicolás, Karl, Lucambio y Heredia pudiesen llegar hasta el sótano del edificio a hacer las debidas modificaciones en los sistemas electrónicos y los ubicaran a ellos ahí, con sólo presionar un código en un receptor electrónico portátil que revelaba sus posiciones. Juan Pablo no era muy ducho en la materia, pero tenía instrucciones precisas para hablar con la encargada de la Fundación; esta institución no era sino el parapeto del Departamento de Proyectos Especiales de Enolc. En la librería de la fundación había una computadora que podía usar para acceder a unos códigos específicos, los requeridos por Nicolás y Karl Kubin para llevar a cabo la debida interrupción de la línea. Karl llevaba un ordenador portátil que le permitiría recibir dichos datos.

No fue fácil. La funcionaria de la fundación se mostró renuente a permitirle a Nicolás y Juan Pablo el uso de las computadoras, y accedieron a duras penas. Tampoco contaban con que otra asistente los acompañaría durante el proceso de consulta. Mientras lo hacían, Klara Kubin fingió estar enferma, y en el instante de atraer hacia ella la atención, Juan Pablo pudo ganar unos minutos en el marcaje del código. Así lo hizo, y Karl pudo recibir el mensaje en el sótano.

Ya se había dado el primer paso. El segundo era penetrar en el recinto, algo más difícil. El código de acceso le permitiría ahora a Karl y a Nicolás fungir de funcionarios de la Corporación Enolc, o lo que era lo mismo, imitar el comportamiento de estos y conocer algunas de sus claves de conducta. Nicolás encontró el dato de acceso para penetrar por segunda vez en el recinto, al lado de sus compañeros. Arriba, Klara y Juan Pablo se despidieron de los secretarías y salieron del edificio, para encontrarse con Karl y Nicolás.

La actividad más intensa de Enolc era por las noches, entre 8:00 y 12:00 pm., de modo que esperaron. Se subieron a una de las camionetas grandes donde estaban los equipos. Allí Nicolás y Karl se cambiaron de ropa, colocándose los uniformes de trabajadores de Enolc, con las debidas identificaciones. Ahora les tocaba subir a ejecutar el plan.

Primero debieron cambiarse de aspecto. Un maquillador experto que iba con ellos en la camioneta les cambió drásticamente las caras por las de funcionarios ficticios, cuyos rostros aparecían en las fotos de los carnets. No hubo problemas en la recepción. Caminaron hasta la supuesta biblioteca de niños inválidos. Ahí saludaron a guardias y a secretarías.

—¿Son nuevos en la empresa? —les preguntó una. Y ellos asintieron mecánicamente.

—Haremos una reorganización y mantenimiento de la biblioteca —dijo Karl.

—Los libros se deterioran rápidamente —añadió Nikolás. Ambos estaban metidos en sus caras falsas y tenían otros nombres.

El libro como objeto de consulta estaba casi totalmente sustituido por la información de Internet, y los niños y adolescentes cada vez manejan menos este tipo de material. Eran objetos raros y anacrónicos, como incunables. Pero los niños inválidos de las clases pobres acudían a la biblioteca a leer una buena colección de libros del siglo XX, en su mayoría.

—Pasen adelante —dijo una de las muchachas.

Karl y Nikolás, en sus roles de Jorge y Ricardo, se pusieron a escudriñar los libros infantiles, mientras esperaban el momento propicio. Poco a poco fueron acercándose a la puerta principal de acceso, camuflada con paredes de libros y ficheros. Cuando ello ocurrió y las puertas se abrieron, ante sus ojos se hizo visible la magnitud del gran laboratorio, donde técnicos y científicos operaban máquinas de todo tipo, colocados en orden simétrico a lo largo del salón. Entraron con paso seguro, limitándose a saludar al estilo militar, sin hablar. Un hombre de cabello cano les salió al paso para darles la bienvenida. Ricardo López (Nicolás) le dijo que habían sido enviados de otra sección para buscar la manera de hacer las réplicas de la madre de la presidenta de la fundación que estaba agonizando, y la hija deseaba hacerla vivir eternamente. Con este argumento, el hombre cano los hizo pasar a una sección donde fueron atendidos con esmero especial. Nikolás caminó dentro del maquillaje de Ricardo López a entrevistarse con un famoso médico en reproducción biogenética, y mientras lo hacía vio con estupor —apenas sus ojos deban crédito a ello— a su hija Sara Amarilis hablando con un hombre. Quedó paralizado un momento. Luego se fue acercando para detallarla. Era ella. Estaba conmovido. Sus ojos se

humedecieron. Siempre tuvo la sospecha, pero nunca la certeza de cómo había llegado ahí, de qué modo había sido manipulada para que olvidara su pasado, su ambiente, sus parentescos. Ahí estaba su adorada Sara, embebida en su trabajo, en sus experimentos, haciendo algo absolutamente opuesto a la ética de su padre.

Había pasado un año desde la última vez que la vio. Ahora lucía madura, uniformada con una bata de la corporación. La oyó hablar; también su voz era distinta, ¿por qué? No lo sabía. Era como de otra persona; su entonación, aunque natural, manejaba en ese momento un léxico científico. La habrían llevado allí por la fuerza, probablemente, y poco a poco sometido a un adiestramiento. ¿Qué estaban haciendo ahora aquí, cuál era el próximo caso o paso para llevar a cabo los proyectos? Bajo el disfraz de aquel maquillaje, Nikolás se sentía peor que nadie. Sin embargo, tenía que continuar y ver cómo alertaba a su hija, cómo podía hablarle para sacarle de allí. El hombre de cabello cano advirtió que estaba mirando como absorto a la muchacha y le preguntó si debía hablar con ella.

—Eh, sí... —dijo Nikolás titubeante—. Tendría que preguntarle algunos datos, si me lo permite. Es la doctora...

—Rebeca Henríquez.

—Por supuesto... ella puede ayudarnos mucho.

—Después de hablar con ella venga a mi oficina —dijo el hombre.

Ahora venga conmigo, que se la presento.

—Por supuesto —repuso Nikolás.

Hicieron la presentación formal. Él la miró, lleno de afecto y temor a la vez. La muchacha tenía un halo extraño en la mirada, un brillo frío. Fue más bien un desencuentro. Las facciones eran las de su hija, aunque nunca la había visto con el pelo rojo y un tocado de mujer ya madura. Le refirió información acerca del proyecto de clonar a la madre de la directora de Enolc, cuestión que tomó un poco por sorpresa a la doctora Henríquez. Nikolás se encontraba sofocado tras el maquillaje, mientras ella le miraba como extrañada. Pero él no debía perder el aplomo, mientras no llegaran a su objetivo. Su teléfono celular sonó, y él pidió disculpas a la doctora Henríquez para retirarse. La llamada era de Fideas Heredia, que le estaba enviando los datos para acceder al Centro de Asuntos Especiales. El plan era en verdad producir un incendio en el laboratorio central, cuestión que en el fondo no era nada difícil. Más difícil sería secuestrar a la doctora Rebeca Henríquez y

que nadie saliera lesionado, que las pérdidas fueran únicamente materiales. Mientras estuvieran ocupados mitigando el fuego, Nikolás y Karl accederían a la base global de datos de la institución, con el fin de averiguar el plan maestro de clonación.

Lo hicieron como lo tenían previsto. Nikolás se alejó y un poco más allá dejó caer una cerilla encendida en un tubo de ensayo donde había un líquido, y una vez que éste se hubo inflamado se encargó de verterlo en la superficie de un gran mesón por donde se desparramó más. Inmediatamente Karl Kubin, aprovechando la confusión, amenazó a Rebeca diciéndole que estaba secuestrada, y la forzó a venir con él hasta donde estaba Nikolás para darse a la fuga. Sonaron las alarmas de seguridad y en pocos minutos el fuego se había extendido por buena parte del laboratorio, pero fue dominado rápido por los expertos de seguridad. El cometido se había logrado: por una parte destruir una serie de recipientes donde se hallaban los óvulos de seres humanos a ser clonados, obtener los datos de la base central y llevarse de ahí a Rebeca Henríquez.

La causa del “lamentable accidente” no pudo ser descubierta, pues Nikolás y Karl se dirigieron al ascensor más cercano presionando a Rebeca, quien no cesaba de insultarlos, y se largaron de allí lo antes posible, salieron por la puerta de abajo y hasta notificaron del incendio al personal de los pisos inferiores, amenazando de muerte a Rebeca si decía algo, para ir a reunirse luego con sus compañeros Juan Pablo, Fidias y Klara Kubin frente al edificio de la corporación, y esfumarse de allí pronto, antes de que la policía llegara al lugar.

Más adelante, mientras iban en el automóvil, se despojaron de los maquillajes y se propusieron conversar con quien suponían era Sara Amarilis, ahora llamada Rebeca Henríquez.

—Ahora puedes ver mi verdadero rostro —le dijo Nikolás a Sara.

—No sé de qué está hablando —dijo la muchacha.

—Te he estado buscando por meses, hija —le dijo Nikolás.

—¿A mí, señor? Debe estar loco, a usted es la primera vez que lo veo, y eso a la fuerza.

—¡Pero Sara! ¿No sabes quién soy?

—No, lo lamento. Sólo sé que ustedes son unos terroristas, y que la van a pagar caro. Me llamo Rebeca Henríquez, y trabajo en Enolc desde hace tres años.

—Debe disculparme entonces. Su parecido con mi hija es impresionante.

—¿Cómo me dijo que se llama? —preguntó ella.

—Nicolás Kai. Pero eso ya no importa.

En ese momento otra camioneta los interceptó en la esquina, donde venían Juan Pablo, Fidias Heredia y Klara Kubin. Les hicieron señas de seguirlos, hasta que llegaron al hotel. Una vez allí, se sentaron en un salón reservado para tomar algo. Estaban sedientos, y seguramente ya la policía los estaba buscando por todas partes. Nicolás le presentó a Rebeca a Juan Pablo, quien por fin conocía a la mujer de sus sueños, y quedó impresionado con la belleza de quien creía era Sara Amarilis. Nicolás se adelantó a decir su nombre.

—Se llama Rebeca Henríquez —dijo.

La muchacha ni siquiera le tendió la mano a Juan Pablo. Se veía ofuscada, nerviosa.

—No vamos a hacerle daño. Hemos cometido una equivocación —dijo Nicolás—. La sacaremos de aquí ahora mismo. Puede irse, es libre de delatarnos, ande, puede irse por esa puerta, señorita, y disculpe que la hayamos hecho pasar este mal rato.

—Pero, Nicolás, ¿estás loco? —exclamó Juan Pablo.

La muchacha no perdió tiempo, se levantó de la silla y salió caminando derecho hacia la salida, hasta perderse en el horizonte de la avenida, poblado de automóviles y edificios de cristales relucientes.

—¿Rebeca Henríquez? —inquirió Juan Pablo.

—Sí —dijo Nicolás—. Esa muchacha que acabas de ver es un clon de mi hija Sara, pero sin el alma de ella. Tiene otra mente, otra conciencia.

—Esto es terrorífico —dijo Juan Pablo.

Nicolás se sentó en la acera de la calle y se llevó las manos a la cabeza. De sus ojos brotaron lágrimas. Se apiadó de aquel ser que era y no era su hija.

—Debemos seguir con nuestro plan —dijo Nicolás secándose las lágrimas con el dorso de la mano y levantándose del sofá—. Salir de este hotel inmediatamente e irnos para el sótano de la calle 13, antes de que la policía nos haga papilla. Allí estaremos seguros un par de días, al menos.

Era un sótano donde Fidias Heredia tenía un estudio-laboratorio, muy similar al de Nicolás Kai en Caracas.

Las calles de Nueva York parecían reventar de mendigos. Por los menos dos de cada ocho habitantes mendigaban, pedían algo para sobrevivir, un pan, un refresco, alguna moneda. Los vendedores de baratijas se amontonaban ofreciendo sus productos en carpas improvisadas. Ya no había quien pusiera coto a aquel desorden de ventas callejeras donde la policía también participaba, convivía con los buhoneros, aceptando a veces sus reglas ilícitas.

Nicolás y Klara Kubin salieron a comer a la calle. Se decidieron por un par de hamburguesas callejeras de tofú de sabor intenso y mucha salsa de soya y se metieron en una camioneta. Tomaron gaseosas y luego una bebida parecida al té o café. Esperaban a que Rebeca saliera de la torre Black Giant para seguirla. Ella apareció una hora después. Entró a su carro, mirando antes en redondo. Retrocedió su auto rojo y luego enfiló hacia Park Avenue; fue seguida por Klara Kubin y Nicolás, que iban en una camioneta con el falso logotipo de una compañía de transporte. Corrieron a alta velocidad, pues la muchacha amenazó con perderse varias veces en algunas esquinas: tomó por una calle oscura que corría paralela a un gran puente metálico, en el Bronx. Después de varias vueltas por unas callejuelas se detuvo frente a un gran paredón pintado con agresivos graffitis, incluyendo a una puerta que mostraba un gigantesco zapato con dientes imitando a una boca abierta, de donde salía una leyenda irreconocible. Ahí metió la llave en una cerradura y abrió la puerta. La camioneta mantuvo de ella una distancia prudente, a fin de no hacer obvia su presencia. No se detuvo frente al paredón, sino cerca de una pequeña redoma con árboles desde donde Nicolás enfocaba un largavistas.

—No podemos estar aquí mucho tiempo —dijo Klara Kubin—. Es mejor acercarse y entrar.

—Sí, dejemos aquí la camioneta y caminemos cerca de aquella cancha de básquet —dijo Nicolás.

—Tú no puedes entrar, a ti ya te vio —dijo Klara—. Déjame hacer una primera incursión. Le diré que necesito conocer tal o cual dirección de por aquí.

—Ten cuidado.

—Lo tendré. Aguarda tú aquí —dijo.

Nicolás se quedó sentado bajo uno de los árboles aladaños a la cancha. Klara bajó por una pendiente y llamó a la puerta. Abrió una mujer con la cara pintarrajeada, luciendo un atuendo exótico.

—Busco a Rebeca Henríquez —dijo Klara.

—Aquí no vive nadie con ese nombre —respondió la mujer.

—No puede ser. Esta fue la dirección que me dieron.

—Pero ya le he dicho que no...

—Es algo importante.

—Le repito que no...

Klara Kubin inspeccionó el ambiente. Un recinto enrarecido, con poca luz, muebles metálicos y algunos cojines sobre una alfombra componían todo el escenario. Una muchacha y un muchacho muy delgados estaban tendidos allí.

—Quizá ellos puedan ayudarme —insistió Klara, señalándolos.

—Mire, ya le he dicho...

El muchacho de adentro advirtió el conflicto en la puerta y se dirigió allí.

—Oye, Carlos, esta tipa insiste en buscar a Rebeca y ya le he dicho varias veces que no...

—Dígame ahora para qué carajo busca a Rebeca —intervino Carlos, desplazando a la mujer en la puerta—. Rebeca no está y punto, aunque esté, ¿me entiende? Yo soy quien dice quién está en la casa y quién no, ¿me comprende? —recalcó Carlos, un tipo desaliñado con la ropa adherida a la piel.

—Tengo un mensaje importante para ella —insistió Klara.

—¿Un mensaje? Yo se lo entrego —dijo Carlos.

—No es un mensaje escrito. Tengo que verla y hablar con ella —recalcó Klara, tratando de dar otro paso hacia adentro. Al intentarlo, sintió que Carlos la halaba del brazo, y la mujer cerraba la puerta. Luego el hombre le asestó un golpe en la cara y la mujer la remató con un rodillazo en el abdomen. Klara cayó al suelo, donde recibió una patada en plena cara por parte de Carlos. Con la nariz manando sangre, se protegió como pudo tras unos cojines, en el piso.

—Ahora mismo vas a decirme qué diablos haces aquí —amenazó el hombre.

La mujer se inclinó y le arrebató uno de los cojines de las manos a Klara.

—Será mejor que hables —dijo.

Klara se sentó a duras penas en el suelo, cerca de una escalera. Carlos se le acercó, amenazándola con nuevos golpes. En ese instante,

por las escaleras de madera, se sintieron los pasos de una mujer vestida de rojo: era Rebeca Henríquez, con un atuendo deslumbrante.

—Ofrécele un trago a la señora, Sonia, no seas maleducada. Y tú, patán, ¿cómo puedes ser tan cobarde? ¿Pegarle a una mujer en el suelo? Quítate de mi vista, miserable —dijo Rebeca, haciendo un gesto firme con el brazo.

Afuera Nicolás, harto de esperar, dirigía los largavistas hacia la puerta en el paredón, advirtiendo la tardanza de Klara. Tampoco podía percatarse de que Klara había sido introducida allí por la fuerza. Transcurrieron veinte minutos y ella no salía, por lo cual se acercó andando hasta el lugar, notando cómo crecía más y más el zapato rojo dentado en la puerta, abriendo una especie de boca. Era sin duda un artista estupendo el autor de aquella obra ácida, todo un talento plástico de la ciudad a punto de pudrirse. Verificó en su cinturón el arma para protegerse, se acercó a la puerta y llamó. La respuesta fue la salida violenta de Carlos, acompañada de un disparo que dio a Nicolás en una pierna. Nicolás intentó sacar su arma pero el hombre había sido más rápido.

—Tranquilo, viejo —dijo Carlos—. Ahora ven, acompáñanos a la fiesta. Te está esperando Rebeca.

Capítulo dieciséis

Juan Pablo Risco y Karl Kubin recién llegaban al hotel. Se sirvieron unas cervezas en el cafetín y luego subieron las herramientas que traían. Habían logrado parte de los objetivos, y brindaron por ello con sendos vasos de chispeante birra. Se relajaron un poco, mientras quienes hacían de botones les subían las cosas a la habitación.

—Klara y Nicolás debieron haber llegado ya. Se han tardado mucho —dijo Karl.

—Sí, es verdad, pero deben estar averiguando algo importante —repuso Juan Pablo. Tomó un largo trago de cerveza, y aquel sabor seco y amargo le recordó sus primeras andanzas por los bares de Gato Negro. Afuera se veía, a través del vestíbulo, un trozo de calle de una ciudad gris, lluviosa. Se quedó absorto un rato mirando una especie de neblina, alternando con una garúa intermitente que sacaba del aire un olor raro, mezcla de gasolina, orín y humedad. Pasaban hombres y mujeres con paraguas, y estos parecían paraguas con hombres y mujeres. En un momento dado, la calle se abrió y comenzó a tragarse a todos los seres que cruzaban, carros, árboles y casas cercanos. Una tormenta silenciosa arrastraba todo hacia su centro y las gentes clamaban con muecas silenciosas ser salvadas, suplicando con las manos crispadas

como ramas secas, y todo se hundió en un remolino violento, que parecía succionar el paisaje y esto le produjo una terrible sensación en el pecho. La jarra de cerveza cayó de su mano y rebotó en una alfombra azul oscuro, que absorbió el líquido y terminó por poner fin a aquella espantosa visión. Karl Kubin se preocupó.

—¡Oye, qué te sucede!—gritó, y fue a ayudarlo.

—No es nada —respondió Juan Pablo—. Siempre me pasa, es como una alucinación, no sé.

—Tenías la cara tan pálida como un papel —dijo Karl, recogiendo la jarra de la alfombra y colocándola en la mesita—. Ahora será mejor que descanses.

—Sí, iré a darme un baño. Me imagino que comeremos algo —dijo.

—Ordenaré una buena ración de pollo crocante.

—No como pollo —aclaró Juan Pablo. Karl Kubin le preguntó por qué.

—Prefiero no decírtelo. Son razones muy personales, pero cuando las expongo parecen razones de Estado.

—Sí, ya sé, todo el cuento de las hormonas y el resto.

—No, Karl, no es sólo el cuento de las hormonas. El pollo, aunque parezca increíble, nos torna más pasivos y estúpidos a la larga. Es como la TV: ahí la tienes todo el día, omnipresente, noventa canales dando vueltas, tienes un control remoto y te crees dueño de la panacea de la diversión o el conocimiento.

—Sí, ya he oído la versión.

—No es una versión, es la verdad.

—Bueno, ¿qué vas a ordenar para comer?

—Veré el menú.

La verdad, Juan Pablo llevaba mucho tiempo sin ver el menú. Sus comidas se reducían a escasas combinaciones donde reinaban las legumbres, hortalizas, frutas y fibras, pero nada de aquello sabía a nada. Estaban también las comidas callejeras.

Una vez Kubin subió a la habitación, Juan Pablo atravesó el vestíbulo y fue a dar a la calle. En la avenida fue testigo de una vista inédita a sus ojos, una interminable galería de seres humanos y automóviles iba a toda prisa produciendo inmenso ruido, un gran sonido que se cernía sobre las cabezas de aquellos seres moviéndose en un brusco tablero de obligaciones, placeres, ocupaciones. Los establecimientos refulgían, ofrecían su colorido a la calle, tiendas ahítas de maravillas artesanales,

de objetos refinados, vestidos, trajes, joyas, calzados, licores, plantas sintéticas ornamentales, comida empacada, enlatados y botellas de innumerables diseños, todo dentro de una mole arquitectónica impresionante, en la cual los rascacielos parecían amontonarse allá arriba construyendo un vértigo de lujo, entre columnas erizadas de cristales donde se reflejaban las nubes, las locas nubes errantes, las amantes de Baudelaire, la imagen más desnuda que era capaz de deslizarse por las vibraciones urbanas, por aquel paisaje que sintetizaba el anhelo occidental del existir, el éxito supremo.

La tecnología se enseñoreaba como diosa en las calles hablando en su lengua por todos disfrutada, y por pocos entendida. Los códigos del gran mundo global, de la macroeconomía, del capitalismo de Estado podían respirarse allí en todo su triste aroma, como un melancólico soplo que lo permitía todo, congregando en las amplias avenidas los grandes aparatos con la miseria más rotunda, el poder y el éxito con los buscadores de la otra vida en las alcantarillas, en las migajas podridas que se desparramaban con el viento por los jardines, las sobras que volaban a ras de tierra y de suelo por los pantanos o por las esquinas donde dormían los mendigos o los negros en el gran ghetto, o los grupos de indios venidos de tierras secuestradas, de los latifundios perpetrados por los dueños de las corporaciones para hacer allí fábricas, industrias químicas o siderúrgicas, industrias de fármacos para aliviar la angustia de los trabajadores que estaban allí ahora viviendo en grandes panales de concreto y respirando gases turbios o aire acondicionado en oficinas burocráticas, todo ello para mantener el gran pulmón, el gran respiradero de asfalto y metal que no cesaba ni un momento, ni un instante detenía su resollar, las manecillas del reloj que infinitamente indicaba cómo hacer lo correcto, lo rápido, lo efectivo. No había tiempo qué perder en aquel falansterio de ilusiones quebradas y vueltas a recomponer, cómo sacar un mínimo de inmortalidad a la vida gastada y desgastada, al plato, al vaso lleno y vacío de nuevo. El crepitar de Caracas, su violencia o su avidez eran nada comparados con aquello.

Juan Pablo apenas caminó tres cuadras para comprobarlo. Se detuvo en cada esquina para detectar mejor la fuerza de esa encrucijada donde las calles despedían sus humores, su olor oblicuo, su frenazo y su huida: cruces de semáforos, automóviles de energía solar, de gasolina, de batería química se confundían en una jacarandá continua de gente, imprecaciones, saludos, paseos y visitas donde puertas se abrían a otras

puertas y ventanas y estas ventanas a azoteas, ascensores, escaleras, recepciones, vestíbulos, salas de espera, habitaciones, cuartos de hotel, patios, callejones, veredas, bocacalles, rejas, jardines, parques, plazas, recodos, departamentos, mansiones, arrabales, estacionamientos, estaciones de metro, vagones, bicicletas, patines, todo objeto rodante o inmóvil era visitado por una existencia cortada de donde salían trozos de carne, de metal, de ropa, de madera, de cemento, de ruido chamuscado, todo aquello vivía de un azar y de una esperanza que resbalaban por los costados del aire, del calor, del agua evaporada, del hielo, del sudor, del humo, del detritus, del carbón, de las lágrimas, de la ceniza. Todo iba volviéndose nada y de la nada iba surgiendo el mundo.

Se devolvió Juan Pablo hacia el hotel por la acera opuesta, mirando las vidrieras de tiendas y establecimientos, y era como si dentro de éstas se ocultara un orden secreto, o mejor un desorden que vendría finalmente a tomar forma en cuanto aquellos objetos llegaran a destino, a las casas de las personas cuyas manos las escogerían algún día de las tiendas por un albur, por un llamado que nunca podría ser descifrado.

Una vez frente al hotel dio una mirada de reconocimiento a la avenida. Karl aún no bajaba del cuarto y él aprovechó de subir para ducharse rápidamente, y apenas entendía cómo el agua potable salía por la regadera, lo cual representaba un verdadero milagro. Se cambió de ropa y bajó a reunirse con Karl para almorzar. Juan Pablo eligió un filete de soya y Karl un trozo de pechuga de pollo. Juan Pablo ya estaba enterado de que en Nueva York existían las más grandes fábricas de vegetales del mundo, unos gigantescos invernáculos situados cerca de los mercados donde se producían hortalizas, legumbres y frutas, resistentes lo mismo al frío del ártico que al calor de los desiertos, más grandes que las naturales. Una de esas fábricas medía 13.000 metros cuadrados y el suelo estaba hecho de arena. La temperatura, la atmósfera, la luz y el agua —enriquecida con ingredientes nutritivos para las plantas— eran controladas por medio de una computadora. También a través de una computadora se encargan los alimentos, y desde las casas es posible elegir un menú para la semana, con los ingredientes balanceados necesarios y las cantidades precisas.

Todo esto lo sabía Juan Pablo, sentado como estaba frente a su bistec de soya, bien acomodado en el asiento, mientras Karl daba cuenta de una pechuga desabrada, debidamente desgrasada y bañada de una

salsa roja parecida a la del tomate. Comieron sin ganas, dejando poco más de la mitad de los alimentos en el plato.

—Klara y Nicolás me tienen preocupado —dijo Karl.

—Ya deberían estar de regreso.

—Entonces vamos a buscarlos —repuso Juan Pablo.

—Es raro que no se hayan comunicado por los celulares. He marcado el número de Klara y tú el de Nicolás y nada que responden.

—Sí, es raro. Tampoco sabemos a dónde fueron a seguir la pista del clon de Sara Amarilis.

Salieron del hotel hacia el estacionamiento donde estaba la buseta de la Compañía. Subieron velozmente por las rampas del sótano laberíntico. Karl Kubin se conducía por Nueva York como pez en el agua. Juan Pablo apreciaba las escenas callejeras como trozos de una alucinación; las calles, superpobladas, hervían de vidrieras y anuncios, las marcas de los productos formaban un conjunto babélico de mensajes incongruentes, donde se mostraba de pronto una calle hermosa y elegante, y poco más adelante un nido de ratas humanas, saliendo de sórdidas covachas.

Llegaron de nuevo frente al edificio de las Empresas Enolc. Karl encendió un cigarrillo y fue a buscar café a una esquina, donde un vendedor ambulante lo expendía. Juan Pablo no dejaba de mirar a través del parabrisas hacia los distintos flancos de la torre. Así estuvieron casi dos horas. Finalmente Karl perdió la paciencia.

—Estoy seguro de que les ha ocurrido algo —dijo.

—Haremos lo que sea necesario —anunció Juan Pablo.

—Vamos a subir a esa torre de nuevo, para averiguar la dirección de la falsa Sara Amarilis, la señorita Rebeca Henríquez —acotó Juan Pablo.

—Tú espérame un poco aquí. Yo sé cómo entrar y llegar, y así todo irá más rápido —afirmó Karl.

—De acuerdo. Cuidate. Si algo pasa, ya sabes, me avisas por el celular.

—No confío en estos aparatos. Son lo primero que destruyen cuando atacan a alguien. Pero te aseguro que vendré pronto.

En menos de media hora, Karl Kubin estuvo de regreso, con la dirección de Rebeca Henríquez. Juan Pablo ni siquiera le preguntó cómo la había conseguido. Kubin metió el retroceso de la camioneta y salió raudo hacia allá. Atravesaron varios puentes, entre ellos el de

Brooklyn, que a esa hora de la tarde lucía tétrico, inspiraba una especie de humor amargo, pero sin dejar de ostentar una extraña belleza. Justo cuando iban en el puente sonó el teléfono celular de Juan Pablo, quien le atendió identificando la voz de Nicolás entrecortada, pues la señal era difusa. Sin embargo, Juan Pablo logró captar el mensaje central: “Nos tienen presos... son peligrosos...” De inmediato, Karl Kubin llamó al sótano para hacer venir a un pelotón de hombres armados, entrenados por él mismo en el hotel de Lucas Lucambio. Unos señores verdaderamente eficaces para allanar casas y dismantelar sitios turbios.

Nicolás había logrado hacerse momentáneamente de un celular en un lavabo donde había solicitado ir. Lo había visto en el tocador, dejado allí por olvido de alguien. Pronto tocarían a la puerta del lavabo para anunciarle que su tiempo allí había expirado.

—¡Se cumplieron los cinco minutos! —gritó la estentórea voz de Carlos.

Nicolás sangraba aún por la rodilla, y no pudo contener las ganas de orinar, así que lo hizo sobre sus pantalones.

—Entre —dijo Nicolás.

Carlos entró y sacó a Nicolás hacia la salita, lleno de sangre y orín.

—Este hombre está hecho un asco —dijo Rebeca al verlo—. Ahora tiene que decirme por qué me confunde con su hija, y quién se supone que es Sara Amarilis.

Carlos empujó y sentó aparatosamente a Nicolás en una silla.

—Sara Amarilis es mi hija, y usted es un clon de ella —dijo secamente Nicolás.

Rebeca Henríquez abrió los ojos, llena de furia.

—Óigame usted, viejo, yo no soy el clon de nadie —refutó la mujer—. Soy una científica y no puedo ser el clon de su hija porque ya estoy muy grandecita, ¿me comprende?

—Los clones envejecen aceleradamente. Usted debe saberlo, como científico que es.

Esta vez los ojos de Rebeca Henríquez reflejaron el horror.

—¿Quiere decir que por allí anda una exactamente como yo? Muy bien, soy el clon de su hija, suponga que es verdad. ¿Qué piensa hacer?

—Sólo quiero saber dónde está ella.

—¿Por qué tendría yo que ayudar a un espía saboteador?

—Si usted me ayuda yo también podría ayudarle.

—¿Ayudarme? —preguntó Rebeca entre carcajadas.

Nicolás se quejó del dolor en la pierna, y tosió varias veces. Carlos y las otras dos mujeres en el departamento mantenían a Klara maniatada.

—Si usted me ayuda a encontrarla, posiblemente yo pueda retardar su proceso de envejecimiento.

Con las palabras de Nicolás, los ojos de Rebeca se inyectaron de un espanto desconcertante.

—Soy científico, y conozco muchos de los enigmas de la clonación —subrayó Nicolás.

—No puedo creer lo que estoy oyendo —dijo Rebeca—. Es decir, usted pretende dar clases de genética a la corporación.

—Piense lo que quiera —dijo Nicolás—. Esa es mi oferta.

Rebeca Henríquez recogió furiosa los pliegues de su vestido rojo y subió las escaleras hacia su recámara. Fue directo al espejo. Tenía 15 años, pero representaba al menos 40. Sus arrugas habían comenzado a pronunciarse en los últimos meses. Dio un golpe sobre la mesa del tocador y tiró de allí varios frascos de maquillaje. Estuvo un rato pensando y luego bajó. Se plantó frente a Nicolás y le sostuvo la mirada, auscultando en sus ojos.

—Así que yo no tengo padre —le dijo—. Y en caso de que lo tenga ese eres tú, padre del original. Te voy a decir una cosa: si es falso lo que has dicho y no eres capaz de detener mi proceso de envejecimiento, la vas a pagar muy caro. Espero que sepas de lo que estás hablando. Ahora debes curarte esa herida, papá. Oye, Carlos, llama al doctor Vegas para que venga a operar a este hombre —ordenó.

—Y tú —dijo dirigiéndose a Klara—, supongo que estarás muy enterada de todos nuestros proyectos. Les aseguro que están en verdaderos problemas...

Klara Kubin permanecía maniatada en el mueble, custodiada por dos mujeres, llamadas Sandra y Casalta.

—Tengo sed —dijo Klara.

Sandra fue a un refrigerador y trajo un vaso de agua, que acercó a los labios de Klara. Carlos hacía la llamada por teléfono al médico y Casalta encendía un cigarrillo tras otro y servía copas de una botella que estaba sobre la mesa. Al poco rato llegó el doctor Vegas y exploró la rodilla de Nicolás. Le administró en el muslo una inyección para anestesiarlo y luego extrajo la bala, ahí mismo, en el mueble. Casalta trajo unas vendas y recipientes llenos con agua y alcohol, para limpiarle y desinfectarle. Rebeca lo miraba todo desde un sofá, fumando.

En ese momento llamaron a la puerta. Rebeca tiró el cigarrillo y Carlos sacó un arma que llevaba en el cinto. Los golpes en la puerta se hicieron más fuertes, hasta que lograron derribarla. Carlos hizo disparos contra un pelotón de hombres armados que penetraban en el lugar, e hirió a uno de ellos. Pero los demás entraron y allanaron el lugar. Rebeca intentó correr a su habitación, pero no le dio tiempo de subir. Ahí estaban Juan Pablo y Karl con otros cuatro hombres del operativo. Juan Pablo se acercó a Nicolás y a Klara para ver cómo estaban, mientras Karl Kubin atendía a su esposa.

—Somos funcionarios del gobierno —dijo Rebeca—. No saldrán ilesos de este atropello.

—Aquí hay drogas —dijo Karl Kubin—. Irán a la cárcel por esto.

—Me pregunto quiénes nos van denunciar —repuso Rebeca—. ¿Ustedes, unos saboteadores de los proyectos del Estado?

—Yo no tengo nada que ver en esto —dijo el médico Vegas.

—Es verdad —dijo Rebeca—. Déjenlo ir. Él sólo vino a curar a este hombre —remarcó— señalando a Nicolás.

Nicolás se incorporó del mueble y se acercó a Rebeca Henríquez.

—Nosotros dos tenemos un convenio —le dijo él.

—Espero que cumpla con su palabra —respondió Rebeca.

Capítulo diecisiete

En el Estudio 36 de Metronet Productions todo estaba listo para la grabación de una de las escenas claves de la película *El gran viaje*, una producción en la que Metronet esperaba hacerse de las taquillas más jugosas de la temporada. Actores y actrices latinoamericanos y españoles mantenían allí una asombrosa popularidad, y Hollywood los explotaba al máximo, construyendo con ellos toda clase de clisés y estereotipos.

El título épico de la película resultaba engañoso. No se trataba de un film de aventuras, ni mucho menos. En todo caso, de aventuras eróticas, con el cuerpo de Ingrid Valenzuela como protagonista. Además de las apreciables formas de la chica —una joven de 28 años— ésta sometía a su cuerpo a un cuidado intenso. De piel acanelada, su belleza mestiza asomaba en cada detalle, sus gruesos labios y ojos grandes y negros, cabello también negro. No era muy alta —medía 1,65 m.— pero de proporciones turbadoras, senos empinados y precioso trasero. Otros atributos como una bella voz terminaban componiendo una criatura físicamente apetecible. Se había convertido en uno de los llamados “símbolos sexuales” del cine, de esos que fabrica Hollywood de cuando en cuando para que su industria pueda mantenerse a flote.

Ingrid encarnaba esta vez la historia de una esposa insatisfecha, Amanda Raidi que, pese a estar casada con un millonario, se había enamorado de su diseñador, un joven que iba con frecuencia a asesorarla en materia de muebles y decoración, y terminó por convertirse en su amante. La primera vez que la hizo suya en la película, en el cuarto de servicio, Amanda Raidi ya no quiso saber de otra virilidad que la de su diseñador, y urdió con él un plan para asesinar a su esposo y huir de Los Ángeles hacia América del Sur a disfrutar de emociones fuertes, como en todos los malos guiones. Filmando una de aquellas escenas, Ingrid Valenzuela se excitó al máximo, y en la pausa del rodaje buscó al joven actor para saciar su sed carnal. El muchacho la llevó a una habitación de los estudios y allí la poseyó. Mientras se sentía poseída, Ingrid se liberaba del hastío de su relación con Domingo Monasterios, quien a la par de explotarla la trataba como un animalito de lujo. Ingrid, a pesar de su esnobismo y frivolidad, ya no tomaba drogas. Había tenido una experiencia horrenda con éstas hacía tiempo, y no deseaba caer de nuevo en el abismo. Monasterios la utilizó al principio como “mula” de la droga; ella se le había rebelado varias veces y tenido discusiones tremendas, en las que huía llorando a casa de las amigas. Él mandaba a buscarla con sus espalderos; la chantajeaba diciéndole que ya no le daría más papeles estelares en Metronet, que él la había descubierto y ella le debía todo. Todo esto fue pasando a medida que Ingrid fue teniendo éxito y dinero. Intentó mantener un amorío con un muchacho que atendía una librería en el *downtown* de Los Ángeles, y aquello había sido un infierno.

No tenía Ingrid la menor idea de cómo Domingo Monasterios logró enterarse del asunto. Con suerte, logró que Monasterios no eliminara al muchacho; desde entonces el asedio hacia ella se había vuelto una obsesión. Ya estaba acostumbrada a tomar píldoras tranquilizantes que le producían hambre o sed insaciables, o una ansiedad crónica, creando un círculo vicioso de necesidades amontonadas que iban describiendo una especie de trama o juego macabro.

Cuando llegó Josefina Montero a buscar trabajo a Hollywood y fue enviada a Ingrid por recomendación del propio Monasterios, Ingrid fue dedicándose a la chica con esmero hasta hacer de ella una actriz con posibilidades, sin sospechar siquiera que Josefina Montero ya había pasado por la cama de Monasterios. Josefina se mostró lo más frágil y trabajadora posible, y hasta logró ganarse la confianza de Ingrid. Pronto

hicieron películas juntas, llegando a conformar un dúo erótico de bastante éxito dentro del cine comercial.

Josefina Montero sí estaba interesada en hacerse rica rápido, por lo cual terminó metiéndose en el negocio de las drogas. Con el tiempo acumuló una fortuna considerable, sin que su amiga Ingrid supiera nada. Además, era la espía perfecta de Domingo Monasterios; ésta lo mantenía informado del menor movimiento de Ingrid con otros hombres. Pero Ingrid no tenía amoríos; sólo sufría de arrebatos de sexo compulsivo que desahogaba con jóvenes técnicos del estudio a escondidas. En cambio Josefina sí le contaba de sus experiencias sexuales con algunos actores y hombres de negocios, empresarios adinerados que siempre iban por allí buscando sensaciones nuevas. En poco más de un año protagonizaron cuatro películas que fueron éxitos rotundos de taquilla. Después el negocio comenzó declinar, como siempre ocurría, y fueron quedando en un plano secundario. Como no eran actrices formadas sino productos dirigidos por los estudios, fueron cambiando de formatos: trabajaron como modelos o imágenes de perfumes y cosméticos; luego como animadoras de televisión. Todo lo hacían juntas.

Domingo Monasterios bebía en exceso. Al principio comía en exceso también, pero este gusto por la comida lo había venido perdiendo a medida que se fue acostumbrando a consumir cocaína. En la época en que estuvo compartiendo la vida con Ingrid llegaba a su mansión cansado de negociar con actores y productores; allí la servidumbre le tenía el escenario listo para su rutina de descanso. Trago de escocés, cuarto de baño listo. Escuchaba la grabación de las llamadas en la contestadora telefónica; se quitaba los zapatos en el recibo frente a un grabado erótico de Pablo Picasso; se sentaba en su mullida butaca y encendía el reproductor de música o el televisor a bajo volumen. Preguntaba por Ingrid Valenzuela y la servidumbre siempre le daba informaciones vagas o fragmentarias, que él oía por rutina con una sonrisa fingida. Empezaba a despojarse de la ropa en el recibo y dejaba las prendas tiradas en la alfombra a lo largo de los pasillos. En el cuarto de baño lo esperaba la tina de agua burbujeante donde tenía otra botella de whisky para servirse otro trago. Desnudo se dirigía a una mesa independiente al lado del lavamanos donde estaba la caja con la cocaína; extraía un poco y hacia montoncitos con una tarjeta, que luego inhalaba a través de un pitillo hecho con un billete de cien dólares. Tomaba su trago de escocés en las rocas y se iba metiendo en la tina. El agua le

hacía flotar el pene y le refrescaba los testículos agradablemente. Cuando Ingrid no estaba en la casa se masturbaba en la tina antes de salir, pero si ella se encontraba la hacía llamar. Ella sabía para qué; entonces se dirigía a la habitación, se desnudaba y acostaba en el lecho tumbada de espaldas para no ver la cara de Domingo. Él se le montaba encima, le abría las piernas y le introducía el pene en la vagina violentamente. Ella sentía un dolor vergonzoso. Al comenzar a moverse la sujetaba y obligaba a estar en la posición animal de cuatro patas, hasta que él eyaculaba y ella fingía estar teniendo el orgasmo para que él se sintiese satisfecho y no le exigiese un nuevo coito.

Esta era la rutina dos veces a la semana, a lo sumo. Muy raramente se producía los fines de semana, cuando Domingo se emborrachaba por las noches, la obligaba a desvestirse y la manipulaba con cierta violencia, pensando que esto podía excitarla en una especie de juego de placer masoquista, pero no, Ingrid no experimentaba nada de aquello. Del terreno del rechazo, Ingrid fue pasando al del asco, y del asco al del odio. Ingrid fue odiándolo en silencio, y Domingo Monasterios captando aquel odio como algo cotidiano.

Un día Ingrid salió más temprano que de costumbre de una de las agotadoras sesiones de grabación. Llamó a su chofer para que la recogiera en el estudio y llegó a la casa con ganas de descansar. Subió la escalera de caracol que la conducía a su cuarto; se despojó de la ropa y miró por la ventana hacia el patio trasero de la mansión, donde podía apreciarse la piscina. Luego se recostó un rato en la cama a hojear unas revistas. Recordó que tenía que hacer una llamada al jardinero pero no tenía la agenda telefónica consigo; se dirigió entonces a la habitación de Domingo a buscarla, y al abrir la puerta encontró allí a Josefina cabalgando sobre el cuerpo desnudo de Domingo, en plena faena sexual. En ese momento Josefina estaba llegando al orgasmo, y cuando Domingo vio a Ingrid en la puerta hubo de esperar a que su amante profiriera el gemido de placer que sigue al orgasmo y se relajara. Josefina se tendió a su lado en la cama mientras él cerraba los ojos y esperaba la reacción de ambas. Ingrid, impactada, no pudo cerrar la puerta inmediatamente; Josefina vio a su amiga con el rostro cubierto de asombro y vergüenza. Ninguno de los tres dijo una sola palabra. Domingo se incorporó desnudo, tomó una cajetilla de cigarrillos de la mesa de noche y encendió uno, sin mirar a ninguna de las dos. Josefina se cubrió el cuerpo a medias e Ingrid cerró la puerta. Mareada, se devolvió a su alcoba.

—Ahora sí que metimos la pata hasta el mismo fondo —dijo Josefina a Domingo, que recién terminaba el cigarrillo y lo aplastaba contra el cenicero, despidiendo luego una violenta bocanada.

—Tarde o temprano tenía que suceder —dijo Domingo.

—Pero no aquí —respondió Josefina—. Te dije que hacerlo aquí era una burrada, coño. Ya llegué a mi fin.

—Lo que pasó, pasó —confirmó él.

Josefina se vistió. Masculló algunas palabrotas, mientras Domingo se dirigía al baño a darse una ducha.

—Esta no me la va a perdonar Ingrid. Estoy jodida —dijo.

—Ya hablaremos —dijo Domingo, antes de entrar al baño.

Josefina salió del cuarto y fue hasta la puerta de la habitación de Ingrid. La puerta estaba abierta. Ingrid, sentada en la silla de la peinadora, la miraba fijamente.

—Debes odiarme —le dijo a Josefina—. Ya sé que no hay explicaciones. No volverás a verme —le dijo.

—Me duele más por ti que por Domingo. Despreocúpate, que entre él y yo desde hace tiempo no hay nada, ni afecto, ni sentimientos. En cambio tú, mi amiga...

—Lo lamento, de veras lo lamento —alcanzó a decir—. Ahora me voy —dijo Josefina.

Ingrid vio salir a Josefina de su habitación y cerrar la puerta tras de sí. Encendió un cigarrillo. Se colocó de nuevo la ropa que traía y salió, bajando las escaleras hacia la sala. Poco después, Domingo salía de su cuarto y la encontraba abajo.

—Bueno, ya todo terminó entre nosotros, para tu felicidad —dijo Domingo.

—Sí, ya todo acabó. Concluyo la película y me largo —recalcó con firmeza.

—Cuando quieras —dijo Domingo.

Capítulo dieciocho

Karl, Juan Pablo y Nicolás, acompañados de dos hombres del Grupo, llevaron a punta de pistola a Rebeca Henríquez y sus acólitos Carlos, Sandra y Casalta hasta una camioneta grande, y desde allí a la comisaría de Queens. Primero, Kubin presentó denuncia por secuestro y por posesión de drogas fuertes. El sargento superior de policía, un puertorriqueño gordo, inmenso y calvo lleno de condecoraciones llamado Arturo Briceño los miraba a todos con suspicacia. Luego de oír las argumentaciones de Rebeca y las de Kubin, comenzó a caminar en redondo sobre su propio escritorio. Rebeca aún estaba drogada, Nicolás Kai herido; el tal Carlos con una pinta de dañado que no cabía en ella y las dos mujeres jóvenes Sandra y Casalta metidas en sus excitantes atuendos punk, con las miradas perdidas. Juan Pablo lucía una figura tímida, nerviosa, que no terminaba de encajar en todo aquello. Kubin se anunció como biólogo genético, profesor universitario que realizaba investigaciones con la anuencia de instituciones científicas. El sargento de policía se dirigió a él inmediatamente.

—¿Y usted dónde vive? —le increpó.

—Yo vivo en Caracas, y estoy aquí por invitación de mi amigo Karl Kubin.

—¿A qué se dedica?

—Soy escritor y estudiante de cine.

—Muy bonita Caracas. Tengo amigos allá, pero ustedes los escritores son expertos en meterse en problemas ajenos —dijo.

Los fue interrogando uno a uno. Rebeca Henríquez mostró sus credenciales como científico en la Corporación Enolc y expuso una complicada teoría acerca de su oficio, a fin de impresionar al sargento de la policía.

—¡Llévenselos! —ordenó—. Y ustedes —dijo señalando a Juan Pablo y Karl Kubin— por ahora quedan libres. No sé cómo consiguieron esos permisos para porte de armas, y no veo por qué querían secuestrar a este señor —dijo, refiriéndose a Nikolás.

Dos semanas después, Rebeca estaba libre bajo fianza. Fue despedida de la Corporación Enolc, aunque no prosperó la acusación de clonación ilegal. Entonces Nikolás Kai la buscó, para llevar a efecto el pacto que había sellado con ella. Rebeca envejeció aún más rápido durante el tiempo que estuvo en la cárcel. A los pocos días liberada, Nikolás la buscó para negociar con ella. Andaba por ahí, en los cafés del Village descargando la rabia, acompañada de unos tipos peligrosos. Pero Nikolás no podía esperar más. Acompañado de Juan Pablo anduvo buscándola entre los lugares que frecuentaba. Juan Pablo estaba impresionado con la cantidad de galerías de arte, teatros, cines, librerías, conciertos y espectáculos que se presentaban en el Village. Le gustaba sobre todo la literatura, el cine y la música: se imaginaba compartiendo con artistas y escritores, sentado a uno de esos elegantes cafés con Sara Amarilis; que iban por allí de paseo o a cenar, a ver alguna obra y luego a casa a hacer el amor. Pronto salió de sus sueños, en cuanto Nikolás le llamó para decirle que había visto a Rebeca. La mujer se encontraba en una mesa al aire libre, tomando tragos con un grupo de actores. Ahí estaban algunas de las estrellas de cine que salían a diario en los periódicos y la televisión, y entre ellas estaba Josefina Montero, la venezolana que había iniciado sexualmente a Juan Pablo. Rebeca reía y empinaba el codo, fumaba, la estaba pasando bien ahí. Cuando Nikolás se le acercó, la chica palideció. Se separó del grupo y esperó que los dos hombres llegaran hasta ella.

—Aquí tenemos al científico con ganas de meterse en nuevos problemas —dijo Rebeca, haciéndole señas a sus amigos de retirarse a otra

mesa. Juan Pablo los dejó solos, y poco a poco fue aproximándose a la otra mesa donde se encontraba Josefina Montero.

Nikolás se sentó a la mesa donde estaba Rebeca, y ésta ordenó dos nuevos dry martinis. Colocó uno frente a Nikolás.

—Mira —dijo Rebeca—. No te creo ni una palabra sobre lo de detener el envejecimiento de las células.

—Retardarlo, no detenerlo —aclaró Nikolás.

—Voy a serte muy franca —dijo, bajando la voz y murmurando casi—. Estoy libre bajo fianza, y muy vigilada. Y ahora acuérdate de tu pierna, no sé si te acuerdas que yo soy la autora de tu cojera...

—No, no se me olvida. Tal vez puedas ayudarme a encontrar a mi hija.

—Para serte franca, no podría negociar contigo, pues no sé dónde se encuentra. Averigüé sobre tus tristes afirmaciones sobre mí y tienes razón: lamentablemente soy un clon, y eso no me gusta. Pero tú no tienes la culpa. Fui víctima de la propia compañía donde trabajé, que ahora me mantiene libre. Hasta puedo darte una pista. El doctor que hizo la clonación, mi verdadero padre después de todo, vivía a unas cuantas cuadras de aquí. Murió hace dos años. Según un viejo papel que encontré, tu bella hija Sara fue devuelta a su país de origen, Venezuela, con el cerebro bien lavado. No debe tener ni puta idea de quién eres. Y ahora, por favor, puedes largarte. Desde que apareciste en mi vida no has hecho sino meterme en líos. Lamento mucho mi parecido físico con tu hija, que debe ser todo un modelo de virtudes.

—Toma —dijo Nikolás, extendiéndole un sobre con una nota, y despidiéndose de ella.

Rebeca abrió el sobre y sacó un papel, donde vio escrita la fórmula química de un reactivo. Tenía sentido para ella. El rostro se le iluminó.

Mientras tanto, Juan Pablo trataba de entablar conversación con Josefina Montero. Experimentó una sensación extraña al ver a un doble de Sara Amarilis hablando con Nikolás, un padre que no era su padre, y luego de ver a Josefina, su primera amante, y ella no podía reconocerlo. Era como si ninguna de las dos no fuese realmente ninguna de las dos. Quizá Josefina fingía no recordarlo. Pero inesperadamente ella se quedó viéndolo y le dijo:

—¿Eres venezolano?

—Sí, de Caracas —respondió Juan Pablo, carraspeando.

Josefina se veía muy bien, despedía sensualidad por todas partes, fumaba y veía hacia todos lados, saludando fugazmente a amigos que pasaban.

—¿Y qué haces?

—Soy escritor —mintió Juan Pablo.

—¡Vaya! ¿Escribes para cine?

—Sí —volvió a mentir.

Nicolás ya se había despedido de Rebeca Henríquez y le hacía señas a Juan Pablo de que debían irse.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Josefina.

—Sí, a mi tío Nicolás que anda por allá —señaló a la acera de enfrente.

Juan Pablo disfrutaba de la nueva belleza de Josefina; se erotizaba pensando que había sido suya y ahora era adinerada, famosa, sofisticada y llena de encantos inéditos. Se atrevió a confesarle quién era y dónde la había conocido. Josefina hizo un gesto de extrañeza, mirando bien el rostro de Juan Pablo.

—¡No puede ser! —exclamó—. ¡El amigo de mi primo Vicente! ¡Esto hay que celebrarlo! —gritó, besando a Juan Pablo en la mejilla.

Nicolás observó la escena y se acercó. Juan Pablo le presentó a su amiga y a su “tío” Nicolás, y poco a poco se fueron animando a hablar. Caminaron un rato los tres por las calles del Village y se detuvieron en una cervecería. Josefina no cesaba de preguntarles por la situación política y económica de Venezuela, y ellos por detalles del mundo del espectáculo. Ella se refirió de modo mecánico a su propio trabajo; les dijo que no podía quejarse, había tenido sus altibajos como todo el mundo, era natural, pero había hecho dinero y relaciones, y con la misma facilidad se había ido el dinero pero ya volvería, etcétera. Tomaron unas cuantas cervezas. Permanentemente Josefina era saludada por amigos, admiradores y gente que le hacía señas nerviosas con los ojos, claramente asociados con la droga, pensó Nicolás, y de alguna manera transmitió el mensaje a Juan Pablo. Éste captó la señal y entendió rápido que debía entrar en las reglas del juego, seguir la corriente a Josefina para averiguar más cosas.

Así lo hicieron. Continuaron tomando cervezas en el Village y luego Josefina les invitó a su departamento en Manhattan, que compartía con su amiga Alicia Montalbán. Era un lugar pequeño y acogedor, lleno de afiches de actores y actrices y dotado de un magnífico

bar. Allí escucharon música, buen jazz latino, mientras Josefina persistía en preguntarles datos políticos y chismes sociales sobre Venezuela, y ellos evadían el tema preguntándole a ella infidencias sobre la vida en Hollywood que ella a su vez evitaba, seguían en la música y ahora se habían cambiado al escocés y Josefina comenzaba a insinuársele a Juan Pablo y éste seguía la corriente con evidentes ganas de probar de nuevo el banquete sexual que seguramente le dispensaría la bella hembra y prima de su amigo Vicente Montero, mientras Alicia Montalbán, la bella actriz cubana, seducía a Nicolás Kai. Habían comenzado a bailar y reír y a entrar en el circuito de las risas y luego a rozarse aquí y allá, luego a palparse, Josefina encendió un tabaquito de marihuana primero y estrechó su divino cuerpo contra el de Juan Pablo, y Nicolás tenía apretada a Alicia Montalbán contra sí mientras bailaban un bolero, podía sentir su perfume, su suave piel poblada de vellitos rubios, su cabello, su exquisito cuerpo compacto que le hacía sentir vivo y viril.

De pronto les preguntó Alicia si no les gustaba el “perico” y ellos dijeron que claro que sí, y ella sacó de su cartera el polvo blancos de una cajita y lo sirvió en la mesa y lo inhaló usando un billete como tubo conductor y les invitó a ellos y ellos siguieron la corriente e inhalaron la nieve, y fue toda una sorpresa ver a Nicolás besar a Alicia Montalbán, pegarle un beso en plena boca y llevarla al mueble para acariciarla y seducirla y luego conducirla hasta una habitación para hacerle el amor, y Josefina celebró diciendo “Me gusta tu tío, es un tipo divertidísimo ese Nicolás y muy serio a la vez, es chévere, me cae bien”, y Juan Pablo hizo lo mismo con Josefina, primero la excitó en la sala mientras bailaban y la llevó al mueble, la acarició y la fue desnudando poco a poco, la falda, la blusa, le dejó las pantaleticas y la gozó y ella lo gozó a él, la cabalgó y Juan Pablo se hundía en la delicia a medida que la penetraba y entonces se la llevó a la habitación para disfrutarle en varias posiciones y se mordieron y se chuparon y lamieron hasta el cansancio. “Cómo me gustas carajito —le dijo ella— no hay como un venezolano, y tú estás más lindo ahora, y qué haces que no te vienes de ese país del coño a estudiar cine y a escribir aquí”, y él le dijo: “Sí, de verdad, lo estaba pensando y lo más probable es que me venga”. “Yo conozco buenas escuelas de dirección y tengo relaciones —le dijo ella— decidete”, y le volvió a hacer el amor. Luego se dieron una ducha y salieron a la sala, donde un rato más tarde llegaron Nicolás y Alicia, frescos, saciados de sexo, mostrando sendas sonrisas. “Este hombre es una maravilla”, le

dijo Alicia a Josefina; Juan Pablo miraba a Nicolás y casi no podía creer que estuvieran compartiendo una aventura carnal sólo como parte de una estrategia; estaban trabajando como unos profesionales de verdad.

Se pusieron ambos de acuerdo para hacerles creer a las chicas que estaban interesados en drogas y en ascender en el negocio del cine. Nicolás comenzó por preguntarle a Alicia Montalbán dónde habían conocido a Rebeca Henríquez, y ella le dijo que Rebeca era una de las mejores clientes de Ingrid Valenzuela, se lo dijo sin misterios, y así fue como Nicolás se enteró de que Ingrid controlaba la droga en un buen sector de Hollywood y en instituciones poderosas.

Se quedaron más de lo estipulado en Nueva York. Nicolás estaba urgido de regresar a Venezuela para buscar a su hija, pero debían saber más acerca de los nexos de Los Ángeles con Venezuela. Ambos continuaron saliendo con las chicas. Primero, Josefina hacía demasiadas referencias a Domingo Monasterios, que Juan Pablo iba indagando como si no lo quisiera, y ella le iba soltando la información por gotas. Hasta que por fin le reveló, durante un almuerzo, que Domingo Monasterios estaba arreglando su separación de la actriz venezolana Ingrid Valenzuela. Domingo, a su vez, hacía frecuentes viajes a Venezuela para controlar sus negocios, mientras Ingrid abandonaba la mansión de Hollywood para instalarse en una casa pequeña. Tenía Ingrid la ilusión de criar un hijo, de conseguirse un hombre joven preferiblemente fuera del ambiente del cine. Mientras que Domingo casi no tenía amigas ni mujeres confidentes; curiosamente, Josefina Montero le inspiraba confianza. Un día, estando Juan Pablo en el departamento de Josefina, Monasterios la había llamado por teléfono y citado en su departamento.

—Tienes que irte —le dijo Josefina a Juan Pablo—. Cuando Domingo me llama, siempre pasan cosas. No puedo deshacerme de él. Le gusta venir aquí, perdóname —le despidió con un beso nervioso.

Antes de irse a su hotel, Juan Pablo se quedó en las inmediaciones del edificio donde vivía Josefina, con el fin de presenciar la llegada de Monasterios y de identificarle. En efecto, Monasterios apareció poco después, bajando de su auto. Era un hombre robusto como de unos cincuenta años, pálido y de grandes ojeras, de cabello negro y muy liso. Miró a su alrededor, se colocó unos lentes oscuros y luego entró al edificio. Juan Pablo debía saber de qué hablarían, y experimentó una sensación de celos remojada de incertidumbre.

Llamó desde su teléfono celular a Nicolás para anunciarle que había visto a Monasterios, mientras Nicolás le decía tener buenas noticias y haber hecho buenos contactos con el sargento Arturo Briceño, jefe de policías de Queens con contactos en Hollywood, que andaba tras varias pistas de Monasterios en Los Ángeles. Se dieron cita en el hotel, para planificar los próximos pasos del plan.

Capítulo diecinueve

Alicia Montalbán sabía más cosas de las que podían suponerse. Estaba prendada de Nicolás Kai, quien la estaba utilizando para obtener información muy a su pesar, aunque Alicia no era ninguna tonta. Todo comenzó una tarde en que Alicia le dijo que debía visitar Venezuela. Ella era cubana, amiga de Ingrid Valenzuela en sus buenos tiempos, cuando eran más jóvenes. Tenía familiares en Caracas, su madre y su hermano vivían allá desde hacía seis años, más precisamente en Chacao, en la zona conocida como La Manzana Dorada, una cadena comercial poderosa del este de la ciudad. Se expendía allí de todo; ropa, comestibles, autos, medicinas y electrodomésticos digitales. Era uno de los negocios fuertes de los Monasterios y de Fernando Saturno. Nicolás recordó a Ana la Leona y el diálogo que Juan Pablo había mantenido con ella en la plaza Chacao.

—Dónde conociste a Ingrid? —preguntó Nicolás a Alicia.

—En Caracas, en la plaza Altamira. En un diciembre coincidimos en un restorán que está frente a la Plaza del Obelisco, festejando los días de Navidad. Ella celebraba con unos amigos en una mesa contigua a la mía. Comenzamos a hablar. Y allí empezó todo. Después me invitó a Hollywood y comencé a trabajar allá, como

modelo para filmar segmentos eróticos de escenas donde las grandes estrellas no arriesgan sus cuerpos. Después te ofrecen películas de tercera clase donde no te pagan tan mal, ya tú sabes, estás metida en el negocio, puedes mantenerte y hasta tener departamento y auto...

Nicolás inmediatamente sacó conclusiones: entre Fernando Sturno y Domingo Monasterios estaban controlando La Manzana Dorada de Caracas: restaurantes, clubes, supermercados de lujo, todo con dinero lavado proveniente de la droga.

—Odio a Domingo Monasterios —dijo inesperadamente Alicia.

Nicolás vio claramente en las facciones de Alicia Montalbán el dibujo de un dolor celoso, que le hacía los gestos amargos. Entonces aguardó a que Alicia hiciera sus propias conclusiones.

—No porque me utilizara o usara para sus fines —continuó— eso ya lo sabía desde un principio, sino porque destruyó mis únicos afectos y amistades. Yo hice dinero, Nicolás, y lo gasté porque me vino en gana, no me arrepiento. Todavía tengo por allí algún dinerillo para sobrevivir unos cuantos años; eso no es lo que me preocupa, lo que me arrecha, ¡lo que me arrecha! —gritó apretando los puños y bajando la cabeza para llorar, sin poder terminar la frase. Nicolás se acercó a ella y le acarició el cabello. Alicia se lanzó a sus brazos y él la apretó contra sí—. ¡Coño, Nicolás, ya no tengo a nadie! —sollozó.

—Bueno, cálmate —la consoló Nicolás, la abrazó como si de verdad fuese algo suyo, experimentando un extraño sentimiento.

La noche de Nueva York se abría como una flor poblada de infinitos olores mezclados. A pesar de los muchos vagones desplazándose por rieles aéreos y de las autopistas que semejabán pulpos, arañas y otros animales de muchas patas o tentáculos, la ciudad daba la impresión de estar reventando, de no poder recibir más habitantes en su gran vientre inflado, que de un momento a otro iba a parir otra ciudad. Los monitores de computadoras, procesadores de datos, televisores, pantallas interactivas de publicidad de grandes avisos luminosos mostraban gestos inquietantes, poses, sonrisas y muecas de hombres, mujeres y niños anunciando productos; se confundían en los ápices de los edificios, en las grandes azoteas que servían de soporte para descargar productos, enseres domésticos y alimentos sintéticos.

Helicópteros compactos y avionetas surcaban constantemente el espacio urbano, impregnando la atmósfera de humo, ruidos y gases que al ser tocados por las luces y los reflectores provenientes de los avisos y

vallas, coloreaban el aire a la manera de arcosiris cambiantes, y no podía distinguirse el cielo. Los pasajeros que tomaban aviones y trenes vertiginosos eran ya parte de la estructura misma de la urbe, del inconsciente, de aquel enjambre de personas que parecían intercambiar identidades, números inscritos en tarjetas magnéticas que hacían el papel de dinero, de pasaporte, de carnet, de cédula, de llaves para autos, para pasadores de metro y ferrocarriles, de boleto de avión, de llave para cerraduras de casas, estacionamientos; para beber café o comer en la calle; como identificación en el trabajo, para pagar cuentas de bancos, como seguro de vida, ficha de ahorro, tarjeta de salud en centros clínicos, hospitales, para pagar peajes en carreteras, como boletos para entrar a espectáculos, clubes, restaurantes: todo estaba metido en esas tarjetas, codificado bajo una cifra impresa en rayo láser, asociado a las huellas digitales, a la voz, a la pupila.

Así funcionaba todo en el medio natural de ciudades grandes y pequeñas; en el campo funcionaba casi igual, con la única diferencia de que allí había algunos jardines (los árboles frutales estaban destinados a las granjas), bulevares, parques y plazas con sembradíos y flores que nadie podía tocar y mucho menos cortar. Flores que eran propiedad del Estado, jardines que eran cultivos prediseñados, planificados por arquitectos o ingenieros, mantenidos por computadoras que le administraban aire, agua y los abonos necesarios para que pudiesen verse siempre bien, saludables y rebosantes.

Cerca de aquellos parques y jardines podían localizarse las ciudades de esparcimiento donde había lagos y riachuelos artificiales para pasear en bote, colinas y cerros especialmente diseñados para hacer picnics; cada árbol en los parques tenía un número que le identificaba con un espacio específico, con un área donde podían asarse las salchichas de pollo y tomar los refrescos, celebrar algún cumpleaños o boda modesta; los niños podían lanzarse a patear pelotas y los perros correr libres por un buen rato. Todo ello era alquilado por un tiempo determinado durante los fines de semana; de lunes a viernes había que trabajar duro para ganarse esas libertades, aquellos momentos de goce en unión de la naturaleza, pues los grandes viajes, hoteles y placeres estaban lejos de la realidad para la gran mayoría; sólo eran para gente adinerada; de ellos sólo se tenía noticia a través de los programas de televisión o Internet o los grandes monitores instalados en las vidrieras de los establecimientos que el Estado había hecho construir para que los ciudadanos

sintiesen que esas libertades podían ser tuyas por un momento, detenidos ante las imágenes en las pantallas en plena calle o dentro de los pequeños departamentos, donde además de cama tendida y hornilla para calentar alimentos, también podía disfrutarse de la información visual salida del monitor privado, noche y día.

Abrazando a Alicia Montalbán, Nikolás Kai pudo percibir todo el mundo que le rodeaba con mayor claridad, a la desdicha cotidiana como una norma, a las limitaciones humanas como un deber, al poder de la imaginación como un sueño manipulado, y a la historia como a un adefesio de datos perdidos en viejos archivos. El abrazo dolido de aquella actriz cubana era como el símbolo de un mundo al revés que de algún modo había que cambiar, aunque fuese en una minúscula parte.

—Cálmate —le repitió a Alicia.

Alicia se secó las lágrimas y le pidió a Nikolás que la ayudara a regresar a Venezuela a ver a su familia.

—Haremos todo lo posible —respondió él—. Pero aún tenemos varias cosas pendientes por aquí. Primero tienes que hablarnos sobre las actividades de Rebeca Henríquez e Ingrid Valenzuela.

—Mira, Nikolás, yo te respeto mucho y creo en tu causa, pero ellas son mis amigas sobre toda circunstancia. Yo no soy ninguna espía.

—Te entiendo, Alicia, pero la estabilidad de mi país está por encima de tus amigas. Ahora te pido que seas franca conmigo.

—Escúchame bien, Nikolás, te estás metiendo en un asunto peligroso, al que no tienes cómo hacer frente. Esos son unos tipos poderosos.

—Tenemos un buen equipo, con gente que puede resolver muchos problemas.

—Entiende bien, Nikolás, todo está relacionado con Domingo Monasterios. Ese tipo no es solamente dueño de empresas de televisión y cadenas comerciales, ese sujeto es prácticamente dueño del ochenta por ciento del país, además de estar metido en el negocio del juego, el espectáculo y las drogas. También tiene contactos con el gobierno central, y tú lo sabes bien.

—Bueno, todavía hay algunas cosas por saber.

—En cuanto se enteren de que andas siguiendo algunas de las pistas que puedo proporcionarte, me buscarán para liquidarme, de eso puedes estar seguro.

—Tienes suerte de seguir viva estando en ese mundo —dijo Nikolás—. Al menos ya no consumes drogas. Te prometo sacarte de esta ciudad rumbo a Venezuela, para que estés con tu familia. Yo estoy tan metido como tú en este asunto. Te voy a dar un solo ejemplo: Rebeca Henríquez es un clon de una hija mía.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Tengo una hija llamada Sara Amarilis, perdida desde hace tiempo. Es físicamente igual a Rebeca, con la única diferencia de que Rebeca envejece más rápidamente, y que está programada para continuar en el negocio de la clonación genética, que es un delito, es un negocio todavía más productivo que el de las drogas. Es un delito de Estado, un poder que de seguir así va a convertir a este país y a este planeta en una pesadilla.

—Ustedes no tienen cómo hacerle frente a ese poder —dijo Alicia.

—Lo intentamos. Tenemos un grupo, Vanguardia Ética, funcionando en varios países. Aquí en Nueva York está ahora mismo un grupo ayudando. Ahora, claro, tienes la alternativa de ir donde Domingo Monasterios y contarle todo, para que él te considere una buena muchacha y te pague con un buen cheque al portador. Puedes seguir aquí, dando vueltas entre Nueva York y Hollywood, haciendo películas de tercera y sin saber de tu familia. De todas maneras te anuncio lo que presiento: Ingrid Valenzuela y Josefina Montero están metidas hasta el tuétano en esta historia.

—Primero me estás ofendiendo, Nikolás. Yo no soy ninguna soplona ni ninguna vendida. Si ya lo sabes todo, no entiendo para qué me necesitas. En Caracas, Domingo tiene toneladas de amigos y contactos que darán conmigo en un santiamén, si descubren que ando contigo.

—Perdóname, Alicia, sé que te ofendí, pero estamos en verdaderos problemas. Tú nos puedes ser útil para establecer contactos allá en Chacao, donde está tu familia. Aquello está tan podrido como esto. Aquí no se puede ni respirar, pero allá la gente se está contaminando cada día más de una vida que no es vida, de negocios sucios que están llevando a nuestro país a la quiebra moral. Por lo que respecta a nosotros, trataremos de mantener el máximo de discreción en nuestra relación. Piénsalo, Alicia, por lo que más quieras...

Alicia se quedó pensativa un buen rato. Luego dijo:

—Haré lo que sea para ver destruido a Domingo Monasterios.

Capítulo veinte

El grupo de Vanguardia Ética estaba reunido en un hotel regentado por Lucas Lucambio, en Nueva York. Había logrado parte de sus objetivos, por lo cual celebraban con una cena con quesos de verdad, acompañados de buenas galletas y vino de uvas fabricado por un amigo de Lucas en un pequeño viñedo en las afueras de la ciudad. Compartían mesa en la cocina del restorán, y brindaron. Nicolás presentó a Alicia Montalbán al resto del grupo: Karl y Klara Kubin, a Fidias Heredia y a Gustavo Jara, viejo amigo suyo y de Fidias que había trabajado con ellos en la antigua Corporación Enolc, y que recién se integraba al grupo, proveniente de España.

Nicolás y Juan Pablo preparaban todo para el regreso a Caracas, con Alicia. Subieron a las habitaciones y empacaron; debían darle tiempo a Alicia para arreglar sus cosas; ella debía ir a su departamento y ponerse al día con deudas y cuentas. Así lo hizo. En un par de días ya había pagado las cuentas pendientes y entregado el departamento. Nicolás la ayudó con algunos detalles y más pronto de lo previsto se vieron listos a partir.

Casi ni se dieron cuenta cuando les tocó descender en el aeropuerto Simón Bolívar, en un trayecto que apenas duró media hora. Costaba

más salir del edificio, llegar al aeropuerto que trasladarse a otro país, y aún más llegar a Caracas desde Maiquetía, con el tráfico a todo meter, las colas y los embotellamientos en la autopista. Ni siquiera aquella tragedia de las inundaciones en el estado Vargas en 1999 y su secuela de más de medio millón de muertes servía ahora para que los problemas urbanos más elementales pudiesen resolverse.

La memoria del estado Vargas estaba signada por el horror de aquel diciembre de 1999 en que había comenzado a llover por una semana consecutiva. Una lluvia pertinaz caía día y noche sobre ríos y quebradas, hasta que poco a poco fue llenando los cauces desmesuradamente. Se comenzaron a oír entonces ruidos en las cabeceras de los montes, los rugidos feroces desde el Ávila hacia el mar, un estruendo zigzagueante comenzó a surgir del centro de la tierra y a convertirse en agua, en chorreras y raudales que bajaban desbordando los cauces y saliéndose y anegándolo todo: entraba el agua sin piedad a calles y a casas, como una lava fría y marrón aumentaba su fuerza y arrastró consigo carros, casas, gentes, árboles y sembradíos fueron ahogados por la corriente en una carrera loca hacia el mar, un amasijo de gentes gritando, sonidos y ecos roncros rodando como bolas gigantes de lodo donde los edificios se hicieron una sola avalancha de cosas descuartizadas que de pronto se volvían un amasijo de metales, vidrios, cabillas, estructuras de grandes torres lujosas que se quebraban como galletas cayendo sobre cualquier cosa viviente, con perros y gallinas y gatos confundiendo con los peces en el mar y las rocas de los ríos que bajaban furiosas, ayudadas por la tormenta del cielo con sus descargas eléctricas y sus truenos; en las noches la masa de agua no paraba, iluminada por los rayos continuaba ejerciendo su potencia y destripando todo. Los sobrevivientes se aferraban a los bordes de algo, al filo de abismos creados en un santiamén, de una piedra, de un palo, de una cabilla, de un cuerpo hecho jirones. Y entonces se incorporaban un rato y caminaban buscando algún punto para vivir y veían cadáveres reventados, piernas y brazos desgarrados que no parecían de personas sino de muñecas sinientras, restos de pesadillas ocurridas en otro planeta. Y entonces volvía a llover y a tronar y seguía bajando aquella montaña de agua y el sueño infernal volvía por sus fueros hasta borrar de la superficie los signos de Caraballeda, Los Corales, Maiquetía, Catia La Mar y Carmen de Uria, sobre todo de este pequeño pueblo de Uria desaparecido completamente. Muchas de aquellas urbanizaciones provisionales

ya eran nada, pueblos fantasmas por donde seguían bajando nuevas quebradas y nuevos ríos hacia nuevas playas que despedían sus cadáveres hacia otras riberas; los cuerpos viajaban flotando kilómetros y kilómetros hasta llegar a las playas del estado Falcón, donde los pescadores los confundían con delfines muertos, o con cabezas y aletas descuartizadas de tiburón. Durante los primeros tres meses del año 2000, guardias militares, brigadas de salvamento y el propio pueblo no hizo sino recoger y reconocer cadáveres o gente desaparecida o refugiarse en hospitales y galpones, o ir hacia otros sitios a intentar rehacer sus hogares. La mayor tragedia de Venezuela había tenido lugar entonces. En los próximos años urbanistas y expertos en turismo, acicateados por los nuevos empresarios doctos en catástrofes sacaron jugo económico a todo aquello, exprimieron la última gota de ganancia con proyectos de recuperación que se llevaban a cabo cada uno por su lado, hasta convertir a Vargas en un lugar absurdo, en una maqueta grotesca de lo que había sido, en un hijo erigido sobre una montaña de cadáveres donde las almas de los muertos parecían gritar desde el fondo de precipicios sin fondo, donde se oían los clamores de bocas desesperadas que abrían las aguas del mar, reclamando justicia desde el más allá. A Juan Pablo le habían referido algunas de aquellas historias terribles, y apenas se acordó de una, lo asaltó una alucinación donde Elisio les advertía que todavía le faltaba recorrer tres cercos: el de los violentos repartidos en tres espacios: los violentos contra el prójimo, contra sí mismo y contra Dios. El octavo es el de los fraudulentos y el noveno el de los traidores. Pero en este Averno la mayoría de los muertos eran inocentes, de modo que fueron sacados de allí y llevados al Paraíso de la mano de Sara Amarilis, que iba acompañando a Cristo en su caminata, y luego desapareció.

Todo esto lo vio Juan Pablo Risco en un solo parpadeo de sus intermitentes alucinaciones, luego de haber procesado las imágenes pesadillescas que había presenciado en televisión para el momento de la tragedia. Mientras subía en el monorriel japonés de lujo junto a Nicolás Kai y Alicia Montalbán, miraba con vergüenza y alivio la larga cola de carros en la autopista; sintió que la alta tecnología no hacía sino acentuar las diferencias entre ricos y pobres. El dinero de aquel viaje de regreso a Caracas era una suma aportada por los miembros de Vanguardia Ética, quienes consideraban aquella misión la más importante de las suyas.

Una vez en la ciudad se sintieron como renovados en su posibilidad cierta de llevar a cabo su objetivo. Caracas estaba especialmente convulsionada por el tráfico y la contaminación ambiental y sónica; una densa nube de smog dominaba todo el valle; los rascacielos estaban coronados de avisos publicitarios digitales anunciando productos y espectáculos, entre los cuales sobresalía el de POLLOS UNIVERS, y el de CARNE SUAVE COMO EL AMOR, los cuales podían distinguirse desde cualquier punto de la ciudad; en similar medida, el aviso gigantesco de METRONET, la compañía de telecomunicaciones donde participaban las cinco firmas más poderosas del planeta en materias de televisión, Internet, radio, espectáculos y consumo digital doméstico. En la Estación Término del Monoriel Japonés se dirigieron a tomar un taxi que les llevó desde la Cota 2000, bordeando lo poco que aún quedaba del cerro Ávila, entraron en un taxi hacia Altamira, hacia el búnker de Nicolás Kai, teniendo cuidado de quedarse a una cuadra de distancia, y de penetrar en él sin ser vistos, por la puerta camuflada de arbustos y enredaderas, uno a uno.

Al llegar adentro, Nicolás buscó refrescos en la cava y se los ofreció a sus compañeros. Alicia Montalbán estaba impresionada con la organización de Nicolás. Juan Pablo encendió una de las computadoras y se puso a escribir algo en ella, a anotar algunas de sus impresiones sobre su estadía en Nueva York, mientras Nicolás y Alicia charlaban en un sofá. Juan Pablo no dejaba de pensar en Sara Amarilis mientras escribía, y sintió la necesidad de dedicarle un poema. Pero no era momento para sentimentalismos. Lo urgente era ubicarse en la realidad y comenzar a urdir un plan. Nicolás hizo una seña a Juan Pablo de aproximarse.

—Bueno, lo primero es cómo vamos a desenmascarar a Fernando Saturno y a Domingo Monasterios. Habría que ver dónde se reúnen, grabar alguna conversación, ponerles una trampa.

—Se me ocurre algo —dijo Alicia—. Voy a ir a acercarme otra vez a Domingo Monasterios a través del Gobernador y del jefe de la Policía en Chacao, a poner una denuncia de violación sexual contra mí. Haré el papel de mujer indefensa. Me van a perdonar que haga uso de mis armas naturales, que las emplee para lograr algunas cosas.

La salida de Alicia los impresionó.

—Mientras tanto, yo trataré de localizar a Ana la Leona, a ver cómo ha estado el movimiento por aquí —dijo Juan Pablo—. Y voy a archivar toda esta información que me dio Fideas Heredia. Sacó un disquete de

su bolsillo. Nicolás se acercó a una de las computadoras, la encendió e introdujo el disquete. Fideas Heredia había hecho un buen trabajo: ahí estaban las cifras de algunas transacciones ilícitas de Monasterios desde Nueva York con el gobierno del presidente Tobías Méndez Muñoz, que apenas hacía tres años había derrocado al autoritario Laurencio Falcón. Alicia y Juan Pablo deslizaron sus miradas a lo largo del monitor, con los ojos asombrados. Alicia abrazó a Nicolás y le dijo:

—Ahora estoy cansada. ¿Puedo recostarme un momento?

—Claro —le dijo Nicolás, levantándose y tomándola de la mano para conducirla al cuarto. Al llegar, le dijo:

—Vas a perdonar el desorden, pero así viven los hombres solos. Puedes acostarte, pero déjame arreglar un poco —dijo, tendiendo sábanas nuevas y cambiando fundas de almohada, de un juego a estrenar.

Alicia se recostó. Nicolás se excitó en cuanto la vio acostada, con su precioso cuerpo y el cabello extendido sobre la almohada.

—Descansa —le dijo— que mañana tenemos mucho por hacer —se sentía celoso acerca de lo que había dicho Alicia de usar sus encantos para atrapar a Saturno. Era un comportamiento de prostituta, pero no podía evitar sentir malestar por compartirla con otro, sobre todo con tipos de la calaña de Fernando Saturno.

Alicia no vaciló ni un ápice en el logro de su objetivo. Primero, buscó a su familia en Chacao y se reunió con ella. Encontró a su madre bastante cansada y enferma, y a su hermano menor atravesando una grave crisis de adicción a las drogas. Vivían en un pequeño departamento, incómodo y de alquiler elevado, aunque no mucho más que en barrios deteriorados de Catia o Petare. Se culpó de haberles desatendido tanto tiempo, y pasó con ellos cinco días; invitándoles a pasear, narrándoles anécdotas divertidas de Hollywood. La madre de Alicia la miraba entre la ilusión y el escepticismo; la escuchaba con atención pero sabía que algo había fallado en la vida de su familia. Trabajaba en un supermercado y Alicia les enviaba dinero de vez en cuando, y aún cuando aquello no era suficiente, era bastante en una ciudad como aquella, en la que sobrevivir se había convertido en la quimera de muchos.

Después Alicia volvió a tomar contacto con Juan Pablo y Nicolás para culminar sus planes. Tal como lo tenía previsto, solicitó una cita

con Fernando Saturno en la Gobernación del Municipio, y una vez la hubo conseguido, preparó la artillería pesada.

El día de la entrevista en la Gobernación se veía tan excitante, que Nikolás no pudo evitar un brote incontrolado de celos. Alicia estaba metida en un atuendo realmente de película; lucía una figura que tal vez ningún hombre podía resistir.

En la oficina del Gobernador todo iba saliendo a pedir de boca. Fernando Saturno estaba impactado, casi chorreando la baba ante aquella escultura de carne. Alicia empleó sus facultades histriónicas y no dijo su nombre verdadero completo, sólo su nombre de pila con otro apellido para que Monasterios —amigo de Saturno— no se enterara de sus pasos allá. Saturno seguía y seguía el juego; ella sabía perfectamente estar jugando con un arma de doble filo, que el Gobernador podía manipularla y aprovecharla; sin embargo, ella tenía un plan mejor que cualquiera, hacerse la desvalida, víctima engañada de la delincuencia organizada que recién la había violado y robado. También le habló por la difícil situación por la que atravesaba su familia, de su hermano enfermo y de su madre senil y de ella misma sin trabajo fijo. Mientras lo decía cruzaba las piernas hasta la mitad del muslo, hacía gestos insinuantes al alisarse el denso cabello y hablaba con desenfado y atrevimiento, con lo cual lograba sacar brillos lúbricos de la mirada de Saturno.

—Necesito un empleo para ayudar a mi familia. Haré cualquier cosa —dijo.

—Ya veremos, ya pensaremos en algo. ¿Qué sabes hacer? —preguntó Saturno.

—Soy secretaria ejecutiva y modelo. Pero he hecho de todo. Si me consigues empleo aquí, te respondo, y hasta me pongo un uniforme, si es necesario.

—Ya encontraremos algo, si es posible fuera de aquí. Tú no eres una mujer de oficina. Además, estos trabajos burocráticos no dejan mucha ganancia, ya sabes, hay mucho control estatal —dijo, moviéndose en la silla giratoria detrás de su escritorio. La oficina estaba dominada por los colores oscuros y opacos; eventualmente el blanco y otros afiches mostraban reproducciones abstractas, y daban un toque de distinción al entorno, donde predominaban objetos de color negro. Alicia se fijó en estos detalles.

—Tienes una oficina muy linda; no parece una oficina pública, sino algo muy tuyo —le dijo.

—Hay que imprimirle el carácter de uno al sitio de trabajo —dijo Saturno, subiendo las cejas y levantándose de la silla inesperadamente:

—Te invito a cenar esta noche. Por aquí mismo en Chacao; si quieres te hago buscar con mi chofer.

—Muy amable de tu parte —respondió Alicia.

—A las nueve ¿te parece bien? Anótame tu dirección para dársela al chofer.

—No es necesario —respondió Alicia—. Yo puedo esperar en un café, o vernos directamente en el lugar, si gustas.

—No es molestia, pero si así lo prefieres, así será. ¿Sabes dónde está el café Diamante, en la avenida Roche?

—Sí.

—Bueno, de acuerdo, nos vemos ahí a las nueve.

—De acuerdo.

Alicia llegó al café Diamante a las 8:30. Se sentó a una mesa pequeña, pidió una soda, encendió un cigarrillo y abrió una revista. Era un café elegante y muy exclusivo, a juzgar por la ropa de la gente ahí. De hecho, se respiraba un glamour distinto al de New York, algo tropical menos contaminado. Varios autos relucientes se estacionaban cerca, fragancias y perfumes de marcas reconocidas llegaban cada vez que algún hombre o mujer pasaban cerca, luciendo ropa fina. Hasta los mesoneros que atendían el establecimiento ostentaban un caché singular. Las calles cercanas, ultravigiladas, mostraban sus precarias arboledas y sus jardines prediseñados, con flores de vivero, al cuidado de jardineros especiales. Nadie podía tocar o arrancar una de estas flores, pues el peso de la ley caería sobre él. Una llovizna agradable se sentía caer sobre la calle. Adentro del establecimiento se saboreaba café de verdad, y hasta el agua sabía distinto. Estuvo tentada Alicia de pedir uno de los dulces que se alineaban tras una vistosa vidriera, pero se contuvo. Vio a una coqueta adolescente disfrutando de uno de ellos, y eso la provocó. Luego, más tarde, cenaría. Apenas le dio tiempo de hojear la revista y ver algunas fotos de gente del mundillo de la farándula nacional, e iniciar la lectura de un artículo sobre la moda en Caracas, cuando apareció Fernando Saturno. La gente en el café cambió. Llegaba el Gobernador saludando a los presentes; muchos se levantaron de las mesas a saludarlo; los hombres con abrazos o apretones de manos,

las mujeres con besos. La sorpresa de Alicia fue mayor cuando le vio pasar hacia la mesa principal de despacho y saludar a la gente allí. Luego vino a la mesa de Alicia y se sentó un instante con ella. Él le hizo notar su cambio de look, su vestido gris sobrio, y un sombrero precioso.

—Te ves muy bien —le dijo.

—Gracias —dijo ella.

—¿Te gusta el lugar?

—Sí, es agradable.

—Lo abrí el año pasado. A la gente le ha gustado; hacía falta algo así por aquí.

—¿Es tuyo?

—Sí. No produce mucho dinero, pero se mantiene, y es punto de encuentro de jóvenes de sociedad, tú sabes, la gerencia del futuro.

—Ah, qué bien.

—¿Ya tomaste café?

—Sí, es excelente.

—Yo tomaré un escocés con agua —dijo, y ordenó de inmediato el trago. Hojeó la prensa mientras saludaba a otros visitantes. Ni siquiera saboreó bien el escocés; lucía nervioso; se incorporó y se despidió.

—Bueno, ahora vamos.

Alicia se levantó de la silla y se dirigió con Fernando a su automóvil, un Ford Acrópolis último modelo. Fernando abrió la puerta trasera del auto, y entraron los dos.

—A qué restorán, señor Gobernador —preguntó el chofer.

—A la Cazuela Dorada —respondió Saturno.

A unas tres cuabras quedaba el restorán. Entraron a un gran estacionamiento, decorado con un tejido de tupidas enredaderas y flores. Aparcaron, y un “botones” elegante se apresuró a abrir la portezuela del auto.

La entrada del restorán no era muy impresionante; atravesaron un sencillo vestíbulo donde más “botones” bien trajeados saludaban mecánicamente, franqueando puertas arqueadas y batientes. Lo que Alicia Montalbán vio al final del gran corredor la sorprendió: cobijadas por un lujo inaudito, un conjunto de unas cincuenta mesas recibía comensales. Un enjambre de sirvientes se movía en un decorado fastuoso, ambientado con música clásica. Dos meseros condujeron a Fernando y Alicia a la mesa reservada por Saturno. Ni en Nueva York ni en Los Ángeles había contemplado Alicia algo semejante. Pero el asunto no se quedó

ahí. Un mesonero trajo el menú, donde se mostraba una variedad enorme de platillos. Fernando apenas miró la carta, y le preguntó a Alicia qué le apetecía.

—La verdad, estoy impresionada, Fernando. Me niego a creer que esta clase de comida aún exista.

—Puedes creerlo, preciosa.

Los mesoneros pasaban con los servicios humeantes. El aroma que despedían era delicioso, muy distinto del de la comida enlatada, empaquetada, las conservas, el tofú, los vegetales y jugos, los sabores artificiales o precipitados por el glutamato, los vegetales hidropónicos y los alimentos no orgánicos. Alicia ordenó un churrasco de lomito acompañado de yuca y ensalada de aguacate. Se sentía grotesca metida en aquel vestido tan elegante, y frente a aquel poco delicado filete de carne, casi sangrante, rodeado de aguacates tiernos, palmitos y yuca de verdad. Mientras tanto, Saturno disfrutaba de un churrasco de mero en salsa verde, acompañado de papas peruanas a la huancaína.

—No será carne de una vaca loca —intentó bromear ácidamente Alicia—. Me he enterado de que los efectos de la enfermedad por ingestión de carne loca no se producen a corto plazo, sino años después.

—Me ofendes con tu observación, Alicia. Este es un restorán “A” número uno. Ya el asunto de las vacas locas pasó de moda —respondió Saturno.

—Bueno, voy a arriesgarme, pero si me enfermo voy a demandarte —volvió a bromear Alicia.

Los brotes de carne contaminada habían comenzado a reaparecer en Europa y Estados Unidos, luego del famoso caso de las “vacas locas” surgido a principios de siglo, en que habían comenzado a alimentar las vacas con harinas sintéticas que contenían restos de carne o huesos triturados de ellas mismas, y entonces las vacas comenzaron a sentir miedo, aprensión e inquietud, bajo los síntomas de movimientos anormales, temblores, alteración del ritmo cardíaco y pérdida de peso. Empezaron entonces a dar coces, a correr locas de un lado a otro, y luego morían. De todos modos, las beneficiaban para el consumo humano, y entonces los consumidores sufrieron de encefalopatía esponjiforme, una inflamación cerebral debida al consumo de carne vacuna. El asunto comenzó en Inglaterra en 1990, donde se registraron cien mil casos, y para el año 2000 ya había otros nuevos ciento ochenta mil casos. Entonces se procedió al sacrificio de medio millón de reses, para impedir

que la infección se extendiera. Pero el daño ya estaba hecho: comenzaron a surgir brotes del mal en Francia y España, y hubo demandas millonarias por el cierre de varias fincas. Entonces Francia se opuso a la comida industrial para las vacas, y ordenó que sus animales sólo comieran pasto y grama. Sin embargo, en los Estados Unidos se violó tal acuerdo y se volvió a intentar alimentar vacas con carne industrial, que se exportaba a menor precio hacia Venezuela, Colombia o Ecuador. Afortunadamente, lo habían descubierto a tiempo: sólo unas cuatro mil vacas locas fueron sacrificadas, pero ya la carne había entrado en descrédito. De ahí el auge de las Maxipolleras; de ahí también el excesivo precio de la carne buena, incontaminada, como la servida en la Cazuela Dorada.

Alicia hincó los dientes en su jugoso bistec, y Fernando Saturno brindó con ella.

—Déjame probar ese bistec —dijo, tomando la mano de Alicia y dirigiendo el tenedor hacia su boca—. Para probarte cuánto te cuidó —recalcó riendo de su chiste agrio—. Humm, está delicioso. Mucho mejor que mi churrasco de mero, te lo aseguro. Hizo una larga pausa para recibir los saludos de algunos de los concurrentes al restorán, que le saludaban o le hacían reverencias. Luego reanudó la conversación con Alicia.

—Entonces podrías hacer cualquier cosa por tu familia —preguntó, casi desganadamente, acercando su copa de vino blanco a la de Alicia, que era de vino tinto de Rioja.

—Sí, cualquiera —dijo ella, brindando.

—Háblame claro, Alicia. De los trabajitos menores que hiciste por allí, ¿no estaba el de chica de compañía de alto nivel?

—Sí.

—Me lo imaginaba. Entonces estás dispuesta a ser “contacto fundamental”. ¿No?

—Sí —contestó ella, aunque de hecho no sabía qué significaba exactamente aquella frase.

—Bien, así me gusta. Más tarde te daré instrucciones en mi habitación privada.

El mesonero sirvió dos nuevas copas: una de buen vino tinto de Rioja para Alicia y otra de vino blanco Cabernet Sauvignon para Fernando; éste introdujo un buen trozo de mero en su boca y sorbió de la copa de su vino; Alicia hizo lo mismo con su filete de lomito, que

mascó lentamente, degustándolo bien con el denso trago de tinto, en un paladeo triunfal. Fernando Saturno había mordido el anzuelo, aparentemente.

Capítulo veintiuno

A su regreso a Caracas, Juan Pablo y Nicolás se confesaron el uno al otro un sentir extraño, como si estuviesen retornando a un campo minado, dijo Nicolás, mientras Juan Pablo experimentaba como la antesala de una revelación. Estaban cerca de descubrir toda una trama macabra, pero no tenían el apoyo logístico suficiente. Sin embargo, se apoyaban el uno en el otro, y en la solidaridad de los pocos integrantes del grupo Vanguardia Ética. Karl y Klara Kubin ya estaban por regresar también a Caracas, a apoyar los planes del comité para desenmascarar a Fernando Saturno y a Julio Leconte, el jefe de policías de Chacao.

Estaban en el mes de noviembre y la lluvia persistía sobre la ciudad, arrancando de sus habitantes sentimientos melancólicos, accesos de alegría frenética a causa de la cercanía del mes de diciembre y de sus pascuas, de sus fiestas navideñas, de aquella celebración donde el jolgorio, las ganas de vivir o la esperanza se unían a las de una fuerte saudade. Con el deicidio perpetrado a diario por la gula económica y la implantación de la tecnología como un fin en sí mismo, la sociedad se solazaba en sus propias imágenes, en sus espejismos prefabricados. Uno de esos sustitutos de Dios era el de la Ciberesfera, un ente invisible

de estructuras de información transmitidas como ondas de radio, las cuales transportaban palabras, imágenes y sonidos, y éstas a su vez transmitían un determinado concepto de vida: una sola red capaz de hacer el papel de teléfono, computadora y televisión; un solo sistema sintonizaba las estructuras de información de la misma manera en que la radio sintoniza una emisora. La Cibercorriente o Ciberesfera acumulaba el flujo virtual cubriendo todas las llamadas telefónicas, correos electrónicos, relaciones económicas y administrativas de todo tipo; de este modo podían ser procesadas estadísticamente y convertirse en fieles servidores de software para planificar el futuro cercano, para que el tiempo pudiese aprovecharse de modo más preciso, podía determinarse, por ejemplo, qué hace falta en una casa o qué se debe leer.

Estos análisis estadísticos hacían la vida más fácil y rápida. Sin embargo, cualquiera podía robar esa información privada con la misma facilidad, cualquiera con un poco de rapidez mental podía apropiarse de los planos de otra persona, es decir, de su futuro. Dado que en las computadoras estaba almacenada buena parte de la información pública y privada del mundo y ésta se hallaba conectada a una red global, los ladrones electrónicos eran cada vez más frecuentes, profesionales que podían hacer trabajos bien pagados por encargo.

Justamente, uno de esos “ladrones” era el presidente de Vanguardia Ética, Karl Kubin, pero en su caso un ladrón del bien. Karl y su grupo estaban convencidos de que lo importante no era tanto el intentar frenar el avance tecnológico, sino proteger la privacidad enseñando a los niños la diferencia entre el bien y el mal. Ahí radicaba todo para ellos, y así lo enseñaban a través de seminarios donde se abordaban temas como la imaginación, el amor o la dignidad. Por suerte, buena parte de esta conciencia se estaba introduciendo lentamente en la gente a través del arte y la religión. Después de más de dos milenios, la figura de Jesús se mantenía aún firme como fuente de fe. Y la verdad de la belleza clásica se mantenía como uno de los emblemas imbatibles.

En el barrio Manuel Díaz Rodríguez de Chacao se había creado una célula importante de Vanguardia Ética, donde participaba Ana la Leona. Juan Pablo y Nicolás fueron en su busca, y no tuvieron dificultad en hallarla entre un grupo de músicos y pintores. Al principio ella no podía reconocerlos, pero Juan Pablo le recordó el lejano incidente en la plaza Chacao.

—Ah, sí —dijo—. Nos conocimos durante uno de mis ataques de rabia. Le aseguro que he tenido otros peores. Pero pasen, señores, que apenas está comenzando el performance —Juan Pablo Risco le presentó Nikolás a Ana.

—Creo que a usted la he visto por el vecindario —dijo ella.

—Sí, claro, yo también la he visto a usted antes —respondió él

—Díganme: ¿hay buenas noticias?

—Sí, precisamente... —dijo Juan Pablo—. Hay... buenas nuevas.

—Yo también tengo buenas nuevas —dijo Ana la Leona. Ya recurré a mi hijo Raulito, ¿recuerda?

—¿Sí? ¡Cuánto me alegro! —repuso Juan Pablo.

—Ya les contaré los detalles —repuso—. Ahora preparémonos a escuchar este jazz latino que nos tienen los muchachos.

Una banda de cuatro dio inicio a una música dominada por sonidos no electrónicos producidos por un violín, una guitarra española, un timbal y una flauta. Desde hacía tiempo, Juan Pablo y Nikolás no disfrutaban de tal calidad sonora con músicos en vivo. Ana la Leona lucía feliz y contagiaba con su alegría a los presentes, dando golpecitos percutidos a una lata. Juan Pablo y Nikolás se contagiaron del ritmo y la cadencia.

—Mire usted, amigo Juan Pablo —dijo Ana— mi hijo Raúl estaba preso en el nuevo retén del oeste, me lo tenían allí por un cargo de drogas que nadie pudo probar. Tuve suerte, encontré a un abogado de los buenos que me lo sacó de esa inmundicia, y ahí lo ve usted feliz —dijo, señalando al muchacho que tocaba la flauta—. Ahora da conciertos y hasta ha grabado discos, ¿qué le parece?

—Es una gran noticia —respondió Juan Pablo—. Nosotros todavía andamos tras la pista de una muchacha llamada Sara Amarilis, hija de este señor que usted ve aquí —recalcó, refiriéndose a Nikolás.

—Permítame un momento —dijo Ana la Leona, moviéndose hasta donde estaban los músicos. Se acercó a su hijo y le preguntó algo en secreto; luego llamó a Nikolás y éste fue a hablar un poco con Raúl. Juan Pablo se quedó un rato hablando con Ana y miraba de vez en cuando a Raúl y Nikolás; Raulito describía algo con gestos pícaros, un cuerpo de mujer, y a Nikolás se le iluminaba la cara. Ana la Leona le seguía describiendo a Juan Pablo los proyectos de su hijo Raulito en el campo de la música, y de pronto interrumpió el discurso.

—Creo que tienen algo importante que decirnos —dijo Ana. El rostro de Nicolás había cambiado radicalmente, estaba despedido, apacible.

—Según me ha dicho Raulito, él sabe el paradero de la muchacha que usted describe. Según parece la han llevado a trabajar a un gran bar, a una especie de prostíbulo de lujo, aquí mismo en Chacao, La Estrella Solitaria, un lugar privado que está en los sótanos del cine Altamira. Es un sitio casi inaccesible, un lugar exclusivo; ni siquiera tiene entrada visible.

—¿Y dónde conoció él a Sara Amarilis?

—Ahí mismo en La Estrella Solitaria. Raulito estaba tocando la flauta en un grupo musical. Juan José Arteaga, el abogado que sacó a Raulito de la cárcel, es amante de la música: lo oyó en el retén del oeste, y lo llevó de allí a trabajar. Un día lo llevó ahí por casualidad y vio a Sara, sentada a una mesa, con gente del poder.

—¿Pero cómo sabe que es tu hija?

—Raulito me conocía, sin yo saberlo, o mejor dicho, me conocía porque me veía acompañando a Sara, un par de años atrás. Creo que le gusta. Según su descripción es la mujer más bella que ha visto. Esos malditos pusieron a mi hija a trabajar en prostitución, ¿qué te parece?

Juan Pablo se ruborizó.

—Ese sitio es casi inexpugnable —continuó Nicolás—. No hay cómo entrar allí. Lo que podemos es montar vigilancia día y noche, y ver a qué horas entran y salen.

Raúl se acercó a la conversación.

—Nunca llegan a pie —dijo Raúl—. Entran en autos y estacionan abajo, cerca de una puerta muy custodiada. Casi nadie los ve cuando entran y salen. La única vez que traspasé el umbral de ese lugar lo hice con los ojos vendados, esa fue la condición para ir, y la del resto de los músicos. Como en la última película de Stanley Kubrick, *Eyes wide shut*. La dirección la supe porque el abogado Arteaga lo comentó, y luego se arrepintió; me hizo prometerle que no diría nada, y he roto mi promesa sólo por indicación de mi madre. Es la única que puede lograr eso. Ah, y también por su hija, señor Kai; sé por lo que debe estar pasando.

—Gracias, muchacho.

—De nada. Ándese con cuidado con esos señores. Son de lo más peligroso, incluyendo al abogado Arteaga, quien sabía que yo

era inocente. Él está locamente enamorado de una amiga mía del barrio, la hermana de Rodrigo, el guitarrista, viene por allí y sale con ella. Se ha portado bien con los del barrio Díaz Rodríguez, está entusiasmado con la cuestión de la música; le tienen un poco de miedo porque anda con la mafia, usted sabe, todavía no sabemos por dónde puede reventar la cosa.

—Bueno —dijo Ana la Leona, nerviosa por los rumbos que estaba tomando la conversación—. Espero haberlos ayudado.

—Sí, Ana, gracias —dijo Juan Pablo.

—Bueno, hasta luego —dijo Nikolás.

Nikolás no esperó hasta el otro día. Llamó a Karl Kubin y a los amigos del grupo para montar guardia en La Estrella Solitaria. Karl, Nikolás y Juan Pablo se turnaron en las esquinas del cine Altamira. El diseño de la fachada del cine era muy vistoso, con arcos que imitaban el estilo Art Deco y una gran torre metálica anunciando las películas desde lo alto, en carteles digitalizados que dejaban ver las caras de los actores haciendo gestos en una hiperpantalla, la cual podía distinguirse a varias cuerdas de distancia. La gente llegaba al cine desde la mañana, pero en las tardes y las noches iba más sosegada y mejor vestida, luciendo galas y atuendos snob; compraban chucherías y participaban del rito del cinematógrafo, que se mantenía vivo pese a los pronósticos de que iba a ser suplantado por los videos, el Imax o el Showscan. Nada de eso: había ganado terreno y la industria del cine era fuerte, poderosa. Producciones viejas y nuevas eran ofrecidas en una especie de frenesí, y la gente no cesaba de consumirlas y comentarlas.

Ya llevaban tres días merodeando los alrededores del cine, pero no lograron ver nada. Entonces fingieron ir al cine para usar el garaje y observar el movimiento abajo. Así pasaron tres días, en los cuales vieron dos cosas importantes: a Fernando Saturno llegar con Alicia Montalbán. Nikolás se alegró y se entristeció a la vez. El papel de Alicia iba a ser de primer orden en el rescate de su hija, pero aquel mundo prostituido donde estaban envueltas las dos mujeres que le importaban realmente, le producía asco, crispación, angustia.

Capítulo veintidós

Desde hacía tiempo Juan Pablo Risco no disfrutaba de momentos a solas. Su vida se estaba convirtiendo en sólo resolver situaciones, en despejar incógnitas con Nicolás Kai, metido hasta los huesos, sin percibirlo casi, en un proyecto o misión que estaba produciéndose sobre la marcha, y estaba dando al traste con sus otros sueños y proyectos.

Por las noches, en el búnker de Nicolás, leía libros y revistas de ciencia, tecnología y literatura, y hojeaba los diarios constatando en ellos las progresiones de las tendencias tecnológicas. Por ejemplo, los ingenieros genéticos ya estaban en condiciones de controlar la evolución de las plantas, animales y humanos, y ello estaba causando dilemas éticos inéditos. En ese proceso de toma de conciencia del ser humano acerca de su propia evolución, las religiones estaban luchando para oponerse a las alteraciones genéticas, pero los ingenieros en la materia estaban ganando la batalla, erradicando de las células los males y prolongando el tiempo de vida e incrementando la producción de alimentos transgénicos. Las enfermedades heredadas estaban siendo controladas y los bebés de probeta eran lo más común, especialmente luego que a comienzos del siglo XXI un grupo de científicos habían logrado descifrar el mapa genético del libro de la vida, cartografiando

un plano de la vida humana con los ingredientes fundamentales de quiénes somos, y descifrando los 3.100 millones de subunidades del ADN. Así la medicina estuvo lista a identificar desde el nacimiento las enfermedades que cada persona podía desarrollar, y producir tratamientos para prolongar la vida y la salud. Luego, los científicos trabajaron para identificar las proteínas producidas por los genes, investigación que determinó la función de aproximadamente un millón de proteínas en el organismo, y luego produjo remedios para ello. Por entonces, estaban tratando de adaptar un tratamiento a las necesidades de cada enfermo y hasta corregir las imperfecciones genéticas antes del nacimiento. Así, podrían ser curables el cáncer, el Alzheimer y la diabetes. Todo ello había sido registrado letra por letra en una enorme base de datos de una computadora. Equipos de varios países habían logrado identificar y colocar en el orden correspondiente 3.120 millones de pares químicos básicos presentes en el ADN e identificar dentro del ADN los miles de genes humanos. Estos pares básicos están compuestos de varios tipos de nucleótidos llamados adenina, timina, citosina y guanina. Por supuesto, este era un proceso costoso, del que no podían beneficiarse las mayorías.

Juan Pablo pensó que estos descubrimientos estaban efectuándose justo cuando la humanidad ni siquiera había logrado controlar la contaminación de la atmósfera, del agua, de los alimentos, y mucho menos sembrar el sentido del bien entre los seres vivos, que ya no creían en dioses ni en nada. Por un lado, las expectativas de vida artificial estaban creciendo para el ser humano y por el otro generando expectativas negativas, como la de no poder mantenerse el hombre por sí solo después de los cien años de edad. Los principios de la genética se estaban usando también para clonar órganos humanos y descubrir los móviles del envejecimiento; es decir, se estaba trabajando en proyectos opuestos a lo que le ocurría al clon de Sara Amarilis, Rebeca Henríquez. Sobre ello sabía Nicolás Kai, amigo de uno de los científicos que había decodificado el mapa genético: Francis Collins. Éste le había anunciado buenos resultados en la materia.

Después de leer un poco, Juan Pablo bajó a caminar solo por la avenida, y se puso a mirar el cielo estrellado. El vasto espacio, que antaño había sido objeto de especulaciones románticas y metafísicas, se ofrecía ahora como un gran generador de actividad económica. Basados en el hechizo insondable del cosmos, los astrofísicos habían diseñado, con la

ayuda de grandes empresas capitalistas, paquetes de viajes espaciales cuyas naves podían ser tripuladas por máquinas para llevar turistas a través del espacio. Pero una cosa estaba clara: nadie tendría que preguntarse por el significado del universo, pues la exploración espacial iba a ocupar la mente humana para toda la eternidad, lo cual iba a generar, antes que conocimiento, una serie de divertimentos sublimes bien empaquetados artísticamente, con el objeto de que pudieran producir una enorme riqueza material.

Juan Pablo pensó en Sara Amarilis y en ese clon suyo, Rebeca Henríquez, que ya estaría llegando a su fin en Nueva York. Sara Amarilis estaría por allí a unas cuantas cuadras, a la mesa o en la cama de algún potentado. Haber visto a Alicia Montalbán entrando a La Estrella Solitaria ya era un gran paso. Nicolás estaba preocupado porque ya tenía días sin comunicarse con Alicia, y hasta temió que ésta pudiese traicionarlo. Pero ella apareció como a los cuatro días, y entonces le pregunto cómo iba el asunto con Saturno.

—Todo bien —dijo—. El hombre quiere darme un trabajito en el negocio de la droga, creo, como puente, como mula. Ahora sólo hay que esperar el día de la negociación para atraparlo. Ah, y hay otra buena noticia: anda por allí Ingrid Valenzuela, promocionando un perfume, “Trópico” creo que se llama. No me vas a creer lo que te voy a decir.

Alicia hizo una pausa para introducir un suspenso. Juan Pablo la miró, inquieto, luego ella prosiguió.

—Ya no está con Metronet, renunció a la empresa de Domingo Monasterios. Y no sólo eso: descubrieron varios negocios sucios relacionados con la droga, y él está acusado en los tribunales norteamericanos. Ingrid Valenzuela está asustada. Por eso se vino a Venezuela.

—Pero nada de eso ha salido en prensa —dijo Juan Pablo.

—No. Me lo acaba de anunciar Ingrid. Hablé con ellos ayer por la tarde. Ah, y otra noticia, más bien mala: Rebeca Henríquez murió en Nueva York hace tres días, por exceso de estupefacientes. Y Josefina Montero está detenida. Bueno, dile esto a Nicolás y al grupo. Yo tengo que ir a ver a mi familia, pero en la noche voy a insistirle a Saturno me lleve a La Estrella Solitaria, a ver si se aparece por allí la hija de Nicolás.

—Las cosas se están aclarando —dijo Juan Pablo.

—Sí, estamos en medio de un terreno minado, peligroso —dijo Alicia.

En cuanto Juan Pablo le comunicó todo a Nicolás y al resto del equipo, estos lo celebraron. Se encontraban reunidos en una carpa, armada en el pequeño patio aledaño al búnker de Nicolás; por entonces ya estaban en Caracas Fideas Heredia, Lucas Lucambio, y Karl y Klara Kubin. Allí se las arreglaban para dormir y cocinar; hablaban sobre la vida social y política. Tenían buenas relaciones con Nicomedes Maya, director de *Prensa Libre*, a quien pronto llamaron para comunicarle las noticias que acababan de recibir. De hecho, un reportero del periódico localizó a Ingrid Valenzuela, y le hizo preguntas comprometedoras con relación a su renuncia a Metronet. Karl y Klara escuchaban música y charlaban, mientras Fideas Heredia y Lucas Lucambio jugaban ajedrez. Nicolás, sentado frente a la computadora, se ufanaba en buscar datos en Internet.

A cinco cuadras de allí, bajando por la misma avenida, en La Estrella Solitaria, Alicia Montalbán fingía disfrutar de la compañía de Fernando Saturno y de otra pareja, mientras buscaba con la mirada a Sara Amarilis. Ahí estaba, sentada a la barra, con un vestido de terciopelo verde oliva, con el que lucía espléndida. Conversaba con un hombre y otras mujeres. Andaba por allí también el abogado Juan José Arteaga, intentando flirtear con Sara, aunque sabía que ésta le pertenecía a Julio Leconte, presidente de la Corporación Enolc, quien al poco rato llegó y se sentó en la barra al lado de Sara, saludando a los presentes. Alicia Montalbán vio cómo Leconte tomaba por el talle a la chica, le acariciaba el cabello, y ella le devolvía sonrisas complacientes, mientras bebía Martinis en exceso. Ese hombre había dirigido todo el proyecto de clonación de Sara Amarilis para fabricar aquel androide llamado Rebeca Henríquez, cuya misión era hacer trabajos “duros” en Nueva York y Hollywood; valiéndose de su belleza lograría más rápido sus objetivos. Lo que no entendía Alicia era la relación de Leconte con Nicolás Kai, no sabía que antaño habían sido colegas en la Corporación. No pudo imaginar Nicolás que aquel hombre había puesto la vista en su hija, la quería para él a toda costa, la deseaba con una pasión aberrante, e hizo todo lo posible por intimar con la familia. Salían, programaban juntos fines de semana, iban de paseo o a excursiones. Así hasta que un día la esposa de Nicolás, Sara Kai, comenzó a sufrir de jaquecas persistentes, que fueron agudizándose hasta producirle la muerte. Nicolás quedó solo con su hija, a quien cuidaba en todo sentido. Julio Leconte y su mujer, viendo la debilidad anímica de Nicolás, se

ofrecieron para ayudarlo en la educación de su hija, y cuando tuvo mayoría de edad, la emplearon en una de las empresas filiales de Enolc. Leconte invitó a Kai a trabajar con él y todo parecía marchar bien, hasta que apareció la oferta de Leconte a Kai de clonar seres humanos, que Nicolás rechazó. Poco a poco la relación entre ellos se fue enfriando, hasta que Nicolás renunció a la empresa y quiso volver a vivir con su hija, pero ésta, inexplicablemente, no quería. La muchacha empezó a experimentar cambios extraños de comportamiento, hasta el punto de rechazar a su padre. Un día le dejó una nota: “Querido padre: Me voy a hacer mi vida en otro país, con un muchacho que conocí aquí. No soporto Venezuela. Por favor, no me busques. Estaré bien. Te escribiré. Perdóname. Tu hija, Sara Amarilis.”

Con esta nota, Nicolás quedó destrozado. Se entregó a la bebida por meses. No pudo ni quería conseguir trabajo. Detestaba la política oficial. No le gustaba el modo de gobernar de Tobías Méndez Muñoz, el flamante presidente neoliberal que tenía al país en la cúspide de la economía globalizada, flotando en un paraíso de ilusiones digitales y mediáticas, y por el otro en el filo de una bancarrota de inequidad. Los diarios anunciaban robos, asesinatos y corrupción.

Pero la verdad era otra. La letra en la nota de su hija había sido falsificada, y Sara Amarilis drogada y trasladada por órdenes de Leconte a una mansión en una isla del Caribe, a donde la iba a ver con frecuencia. Allí tenía otro laboratorio de clonación donde se había llevado a cabo la intervención de Sara, cinco años atrás. Desde entonces ella no se comunicaba con su padre, pero algo le decía a él que su hija seguía viva.

Con sus ahorros armó el búnker de Altamira y se dedicó a un negocio muy rentable en ese momento: la venta sueños e ilusiones por Internet. Sólo que él lo haría a su manera, humanizando esos sueños, dando vigor a esas quimeras e ilusiones. La gente estaba ayuna de incentivos en este terreno, de planes que dieran sentido a sus vidas. Estos sueños e ilusiones contenían en sí una gran variedad de modulaciones: fe, esperanza, ambiciones, proyectos psicológicos o religiosos, fantasías, utopías, ideales, amor, deseos, maneras atractivas de presentar el afecto, el cariño, la hermandad, la pasión y la amistad. De cualquier modo, Nicolás se las había arreglado para presentar una bonita página web y comercializarla; había logrado una relación interesante con los clientes.

En la carencia de afectos sufrida por sí mismo, Nicolás sustituía en su imaginación infinitas variedades de ilusión y fantasía, arropándolas siempre con el toque del arte, lo cual le había permitido sobrevivir con dignidad.

Alicia Montalbán sintió escalofríos al ver juntos a Sara Amarilis y Julio Leconte, pero su asombro creció cuando vio llegar a Alejandro Lameda, el comandante de la Policía de Chacao, acompañado de una hermosa chica, una jovencita de no más de veinte años, y de otros dos hombres más que tenían aspecto de guardaespaldas. Ahora estaba allí todo el equipo; sólo faltaba Domingo Monasterios para completar la escena de gánsters. Alicia se mostró bastante nerviosa, Fernando Saturno lo advirtió.

—¿Estás bien, linda? —preguntó.

—Ah, sí, Fernando, este vino no me está cayendo bien... mejor me cambio para whisky.

—Más tarde vamos a cenar en La Cazuela Dorada, no te olvides —dijo él.

Saturno se mostraba muy seguro con Alicia. Ya había tenido con ella una buena cama sexual; exhibía a la hembra a un grupo de amigos políticos y banqueros. En un momento estuvieron cerca de Alejandro Lameda, luego de Julio Leconte y Sara Amarilis. Alicia la detalló bien; la muchacha casi no hablaba, se limitaba a beber Martinis y a sonreír, un poco embobada. De improviso, Saturno tomó a Alicia del brazo y la condujo hasta la barra para presentarle al encargado del negocio, un cubano melómano que no cesaba de ponderar las virtudes de la música de su país. En el ambiente se oían boleros, música instrumental del Caribe, temas románticos. Políticos, artistas conocidos, empresarios, figuras de la farándula, de la televisión y el cine lucían allí sus galas, compartían bebidas, exquisitos canapés y otras *delicattesses*, e iban a los cuartos de baño subrepticamente a inhalar cocaína. Estuvieron allí un buen rato; luego fueron a cenar a La Cazuela Dorada y de ahí al departamento de Saturno donde éste se excusó con Alicia de no poder hacerle el amor, pues había bebido y comido en exceso, y ésta lo celebró en secreto. Sin embargo le pidió quedarse con él esa noche.

—Debo irme, Fernando, discúlpame. Voy a casa de mi mamá. Mañana nos vemos —dijo ella.

—Quédate —dijo Saturno firmemente—. Más tarde te explico de qué se trata el negocio, y te digo cuáles son los contactos.

—Mejor es que descanses. Mañana nos llamamos y me explicas todo mejor —dijo ella.

—He dicho que te quedes —dijo Saturno, autoritario.

A Alicia no le gustó aquel tono, la actitud suficiente con que le hablaba, como si ella fuese de su propiedad.

—No me hables en ese tono —se atrevió a decirle—. No soy una cosa y todavía no he hecho compromisos contigo.

—Déjate de vainas, Alicia.

—Mira —dijo ella—. Voy a salir por esa puerta y nada ni nadie va a detenerme. Duerme tu borrachera y tu indigestión, que mañana es otro día. No voy a pasar aquí toda la noche, haciendo el papel de estúpida. Ya te dije que mañana es otro día.

—Está bien, quizá tienes razón —dijo él, contrariado y cansado, bajando la guardia.

Alicia salió bastante turbada, casi temblando. Afuera tomó un taxi hasta el búnker del grupo. Debía ir a verles y contarles todo lo que había visto y vivido esa noche.

Capítulo veintitrés

Nicolás quedó casi en shock al enterarse de que su hija estaba con Julio Leconte. Dio varios golpes rabiosos a la mesa donde tomaba un café. Ahora todo dependía de la capacidad de organizarse que mostrarán, y cuál iba a ser la manera de atraparlos. Todos eran cómplices, todos comerciaban con drogas y prostitución, incluyendo a las empresas y a la policía. Ahora Alicia Montalbán debía servir de carnada para una transacción grande de cocaína que iba a efectuarse en cualquier momento. Ya que Chacao era territorio impenetrable, debían buscar dar el golpe fuera de ahí, un golpe mediático, un golpe a través de *Prensa Libre* y la televisión.

Mientras se decidían, Juan Pablo leía una obra del filósofo y escritor francés Paul Virilio, *La estrategia de la decepción*. Muchos consideraban a Virilio un pesimista paranoico, un obsesionado en una visión trágica del futuro y de la historia. Para Virilio se estaba viviendo continuamente en el siglo XXI una aceleración de la realidad histórica, a través de una sincronización cibernética que gobernaba todo y lo transformaba en un cibernundo reducido casi a nada. De este modo, la economía política tendría que ponerse a la par y ser una economía sólo de

la riqueza. Los pobres están excluidos de este proceso de aceleración del futuro.

Virilio hablaba del clon exótico, del ser semejante. Se esperaba asistir a la sucesión del prójimo por ese ser lejano, verosímil, producto de la ingeniería genética. Algo le impresionaba:

En cuanto a nuestros sentimientos, como el amor o la esperanza, dependen menos de la ciencia que de nuestra conciencia, que no es una computadora ni una biblioteca. La amplitud de las memorias informáticas o de los anaqueles cargados de libros tiene poco en común con el pensamiento y su animación vital. La ciencia sin conciencia es la ruina del alma. Una ciencia privada del trabajo de la conciencia lleva fatalmente a la inercia (...) La gran ilusión contemporánea es esta industrialización del olvido de la alteridad, la ausencia del amor al prójimo.

Se vivía todo esto en gran proporción, en cierto modo se percibía el genio genético como una manera de promover la serialización de los seres vivos, la voluntad de estandarizar la vida; en verdad, la industrialización significaba un simplismo, un empobrecimiento generalizado de lo diverso; las comunidades reales estaban siendo sustituidas por una democracia virtual.

Había otra idea de Virilio, la de Ecología gris. La ecología verde fue aquella que surgió en el siglo XX a causa de los estragos causados por la contaminación de las sustancias en lo verde, en el agua, en el aire, los animales, las plantas. Ahora la Ecología gris contaminaría los plazos, las distancias. La mundialización sería, entonces, la contracción telúrica de las distancias temporales, es decir, el fin del mundo. Otra idea suya estaba referida a la llamada policía de las imágenes, donde el exhibicionismo y la curiosidad se fortalecen para producir una imagen ópticamente correcta, fetichista, que tiende a la aprobación unánime de la opinión pública.

Juan Pablo estaba realmente impactado por aquellas ideas; se las comentaba a Nicolás, Karl y Klara Kubin.

—Sí —dijo Karl Kubin—. Todo está como para deprimirse. Las instituciones importantes, como las educativas, se han vuelto esclavas del poder económico, y las religiones catarsis colectivas. El índice de suicidios es alarmante, pues el capitalismo de Estado a la larga provoca impotencia, por estar basado sólo en la eficiencia económica. El

progreso económico *per se* nos va a llevar a una competencia global frenética, a la lucha de todos contra todos.

—Sí —dijo Klara—. Todo el mundo está defendiendo lo suyo, aún cuando nadie lo esté atacando. El Megaprogreso es la verdadera negación del hombre, un gigantismo, un delirio que nos hace creer que somos dueños del tiempo y de la historia. Por suerte, aún está la gente marginada, para aglutinarla en Vanguardia Ética. La idea de esta agrupación era liberar por el arte, enseñar y divulgar los viejos valores de la amistad, la lealtad, el amor. Al humanismo había que hacerlo renacer. En Catia podía lograr un buen contingente, con la ayuda de Juan Pablo; en Petare, el trabajo lo estaba haciendo Lucas Lucambio; en Chacao, Ana la Leona ya había organizado grupos que recibirían las charlas de Nicolás Kai, quien se hallaba estudiando algunas ideas de John Ralston Saul en su obra *Los bastardos de Voltaire*. Según Saul la democracia había desaparecido, pues las decisiones se tomaban más allá de cualquier participación democrática: son decisiones de expertos. Y los expertos no trabajan por la democracia sino por el poder y los sectores de poder. Por otro lado los tecnócratas añaden que cuestionar, alentar la duda, es un signo de falta de profesionalismo; más aún, que implica poner en peligro millones de vidas, cuya realidad está basada en la certidumbre, cuando por el contrario, está basada en la incertidumbre. La certidumbre es la negación de la inteligencia. Estamos en una dictadura comfortable, la vamos pasando bien...”, dice Saul.

Nicolás Kai siguió leyendo el libro de Saul al grupo que le escuchaba:

El dios de los tecnócratas es ese concepto de la economía. Ellos no tienen la menor idea acerca de cómo encontrar una dirección, ni la idea ni el talento para hacerlo. La economía es ese Dios, y él, según ellos, va a encontrar su propio equilibrio de la mano de la tecnología. Nuestro deber es seguir el curso natural de la economía. Y lo peor es que creen aclarar algo cuando opinan que la civilización y la tecnología avanzan tan rápidamente que no hay manera de darles forma ni de perder el ritmo del desarrollo. Es una manera velada de admitir que son mecánicos, técnicos, un modo de confesar que no saben conducir. ¿Qué dicen las elites? Tranquilos, cálmense, no hay problema. Tal es siempre la respuesta del tecnócrata, del que teme que la población entre en pánico. Toda duda es antipatriota para ellos, jamás admitirán que están equivocados. Lo que tenemos ahora es una nueva forma de corporación planetaria, la sociedad

basada en el agrupamiento de los sectores según sus intereses, es decir, interest mediation, mediación de intereses: los grupos tienen intereses y se discute exclusivamente sobre estos intereses. Hay un compromiso basado en el “yo tomo esto y usted toma esto otro”, y ese compromiso ignora y niega la idea de civilización, la vacía. Vivimos un vaciamiento de sentido de la solidaridad, una caída del interés por lo propiamente humano.

—Eso está muy bien dicho —confirmó Klara Kubin—. Hay una idea complementaria que quisiera glosar: la del llamado crecimiento canceroso, es decir, el sistema produce más de lo que puede vender, y paga a los empleados cantidades inferiores al valor de su trabajo, para extraer más beneficios y hacer posible un nuevo crecimiento, que se dispara hasta hacerse proliferante, recargado, canceroso. Algunos teóricos han llamado a esto la “etapa barroca” del crecimiento, donde hay sobreproducción, reducción de los beneficios, y por lo tanto, colapso —subrayó Klara. Y ahora pongámonos en movimiento para recuperar a Sara Amarilis —agregó.

—La mejor manera es seguirlos —dijo Karl—. Ver dónde van luego de salir de La Estrella Solitaria.

—Esta misma noche lo hacemos —confirmó Nicolás—. Ya tenemos el auto identificado. Tendremos que esperar la llamada de Alicia, que va a estar en el club con Fernando Saturno.

—Alicia está muy asustada —dijo Klara—. Este Saturno la quiere meter en el negocio y además hacerla su amante fiel. La está presionando demasiado.

Comieron unos emparedados insípidos y luego fueron a descansar. En la noche estaban frescos, prestos a esperar la llamada de Alicia.

Allá estaban, en efecto, en el club, brindando, bebiendo y disfrutando, el ambiente repleto, con la gente que casi no cabía en la barra y en las mesas. En el fondo, cerca de un cuarteto de jazz que interpretaba obras de Duke Ellington, estaban Saturno y Julio Leconte, acompañados de Sara Amarilis y Alicia. Alicia intentaba entrar en confidencia con Sara, pero ésta apenas le devolvía frases entrecortadas y sonrisas. Alicia logró preguntarle dónde vivía.

—Vivo en el Country Club, en la casa de Julio; allí tengo dos perros, dos sirvientes y dos guardias. Nadie me visita, no tengo amigos —dijo. Sus palabras se diluían en la algarabía del bar.

—Se están haciendo amigas —comentó Leconte—. Tu amiga Alicia es muy simpática, se ve muy desenvuelta al lado de mi pequeña, que es tímida.

—Es bueno que entren en confianza. Sara necesita relacionarse más.

—Sí, por eso la traigo aquí a menudo, pues no quiero que nadie vaya a fastidiarla a la casa. Está en tratamiento.

—¿Y qué tiene? —preguntó Saturno.

—Está descompensada, hipersensible. No puede beber mucho, pero siempre se sobrepasa con esos cocteles, que tampoco puedo prohibirle, porque se echa a llorar y me reclama. Por cierto, dentro de poco nos marchamos.

—Ah —dijo Saturno, distraído.

Alicia se levantó para ir a la toilette, y desde allí llamó por su teléfono celular a Nicolás Kai para decirle qué ruta tomar. El Country Club estaba relativamente cerca, pero estaba muy vigilado, una especie de fortaleza. Nicolás Kai pensó que lo mejor era interceptar el auto antes de llegar a la mansión. Leconte no iba en ese momento con guardaespaldas; iba solo con la chica en el auto, conduciendo él mismo. Había que interceptarlo en uno de los ramales inferiores antes de que estuviese en la zona vigilada. El plan era simular un choque, atravesar la camioneta en su camino con el objeto de que Leconte se bajara del auto. Cuando salieron del club, la camioneta y el auto de Karl Kubin se detuvieron a la altura de una redoma, en un sector oscuro. La camioneta aceleró y dio adrede contra el auto de Leconte. Éste, furioso, se bajó del auto. Primero salió Klara Kubin fingiendo disculparse, y después Nicolás y Juan Pablo salieron encapuchados, con máscaras. Karl no le dio tiempo a Leconte de sacar su revólver; se le abalanzó y le agarró los brazos para maniatarlo. Ahí estaban en plena acción. Karl y Juan Pablo fueron a la otra puerta y sujetaron a Sara Amarilis, que gritó y pateó con rabia, lloró frenética al saberse secuestrada. La llevaron por la fuerza a la camioneta y ahí intentaron calmarla. Juan Pablo se detuvo a verla, y era más bella de lo que pudo haber imaginado. Llevaba un vestido negro ceñido, unas joyas en los brazos y el cuello, y un perfume exquisito. El susto y las lágrimas la hacían más indefensa; estaba débil y atontada. “¡No, no!”, repetía desconsolada, ¡Suéltense, déjenme!”, mientras Juan Pablo trataba de apaciguarla.

Leconte logró zafarse de los brazos de Nicolás y estuvo a punto de arrancarle la máscara; le asestó un golpe en el abdomen que le hizo

tambalear; luego Nicolás le contestó con un golpe de karate que puso fuera de combate a Leconte, dejándole inconsciente. Lo recogió del piso y lo metió en el carro, para llevarlo y dejarlo cerca de una zona más oscura, a la orilla de una vía empedrada anexa a un campo de golf. En la camioneta, detrás de Nicolás, venían los demás.

—Deja de llorar, no vamos a hacerte daño —dijo Juan Pablo, quitándose la máscara.

—Todo esto lo hacemos por ti, hija —recalcó Nicolás, quitándose la capucha y la máscara.

Desde el fondo de sus ojos llorosos, Sara parecía reconocer levemente el rostro de su padre, pero estaba muy asustada.

—¿Qué le hicieron a Julio, dónde está? —preguntó la muchacha.

—Sólo está desmayado. Se pondrá bien pronto y... empezará lo peor.

—Vámonos rápido al búnker —dijo Klara Kubin.

Capítulo veinticuatro

Nicolás y Juan Pablo se turnaban para ver dormir a Sara Amarilis. Tenía un sueño tan profundo que apenas se movía; de vez en cuando se detenían a mirarla fijamente para comprobar si se sobresaltaba. Eran casi las doce del mediodía y todos allí esperaban a que despertara. Encendieron el monitor y se enteraron de cómo los medios difundían la noticia de la agresión al magnate Julio Leconte y el secuestro de su hija, la bella Angélica. El gobernador Saturno apareció en las noticias declarando que pronto atraparían a los culpables. La Brigada Contra el Vicio trabajaba duro para dar con los delincuentes.

En el búnker las paredes estaban adecuadas para no dejar entrar señales de ningún tipo; además Nicolás había tenido el cuidado de revisar las prendas de Sara, collar y reloj pulsera, para descartar que pudieran ser objetos detectores que revelaran sus paraderos. Tenían allí todo dispuesto para cuando la muchacha despertara: el baño listo, comida y algunas vitaminas para ayudar a la memoria de Sara.

Al fin, a eso de la una y media del día, fue despertando del sueño. Absorta, asustada, miraba a su alrededor y se cubría con las sábanas, aunque aún tenía puesto su vestido. Nicolás y Juan Pablo la miraban, tratando de transmitirle confianza.

—¿Qué hago aquí, por el amor de dios, por qué me trajeron, quiénes son ustedes? —preguntó.

Nicolás se acercó a ella y le extendió algo con la mano. La muchacha dudó primero en recibirlo; luego lo hizo. Era un sobre con varias fotos. Las miró. Era ella, a diferentes edades: de ocho, diez y catorce años; en algunas estaba con su madre y en otras con Nicolás. Al terminar de verlas, volvió a desmayarse, lo cual era indicio de que le habían impactado. Juan Pablo la detalló entonces, y su belleza era ahora distinta: una mujer situada fuera del tiempo. En su rostro herido y en su tribulación se mezclaban el candor y el engaño, la pureza y la sensualidad en una proporción crispante. Su hermoso cuerpo, su rostro perfecto; sus grandes ojos asustados habían mostrado algo profundo, algo que él nunca antes había presenciado. La amaba, la deseaba, quería protegerla, cuidarla, hacerla suya, adorarla, ser su marido, su amante, todo al mismo tiempo, todo concentrado en aquel ser desconocido, qué clase de destino le había unido a ella desde aquel día en que la vio flotar en la pantalla del monitor, desde que sintió pena por el fatal accidente de su madre, por el respeto y el afecto que había ido experimentando hacia Nicolás, su soledad y su Eros aún no resuelto se consagraban en aquel ser manipulado por las drogas y la prostitución organizada, de quien habían extraído aquel ser terrible llamado Rebeca Henríquez, que por suerte ya no conocería. Por todo aquello Sara lo dejaba paralizado, con el aliento cortado y el corazón ahíto de sístoles y diástoles, de sentimientos cruzados. Temía que ella nunca le correspondiese. Sintió dentro de sí todo lo que un hombre joven puede sentir: pasión, ternura, bondad, celos, amargura. Nicolás vio parte de estos sentimientos reflejados en el rostro de su joven amigo y experimentó algo extraño en su interior, como si un designio secreto los hubiese unido, como si un destino superior los hubiese acercado para hacerles cumplir una misión, como si la función de Vanguardia Ética y todos los esfuerzos para rescatar a buena parte del país de la estupidez del capitalismo de Estado hubiesen comenzado a compensarse; no todo había sido en vano, habían valido la pena las investigaciones y el esfuerzo. Ahora todo parecía recuperar su sentido.

Juan Pablo dejó solos al padre con la hija. Hablaron largo rato en la habitación y luego salieron; Sara Amarilis se duchó y luego salió a comer algo, una rebanada de pan con queso de cabra y una pera, acompañada del resto del grupo que la miraba como si hubiese llegado de

otro planeta. Ya había reconocido a su padre y sabía todo lo acontecido. El rostro de Nikolás no cabía en su felicidad; sus gestos se volvieron nobles y su carácter menos amargo, todo en cuestión de minutos. Su hija lo miraba aún tímidamente, con gratitud y tranquilidad. Todos comenzaron a mirarse distinto, con pequeñas sonrisas dibujadas en los labios. Ella inspeccionó el ambiente, hizo algunas preguntas acerca del tiempo y dijo que quería salir un momento. Su padre la acompañó un rato al patiecito que hacía las veces de jardín, y ella respiró hondo. Cerraba los ojos, respiraba hondo una y otra vez. Más tarde Nikolás le anunció que debían hacerle un análisis de sangre, que aún estaba intoxicada y debía seguir un tratamiento de rehabilitación. Ella poco a poco fue entrando en confianza y comenzó a hablar con cierta desenvoltura, aunque de súbito era pasto de la tristeza.

—No recuerdo bien dónde conocí a Julio Leconte —dijo la muchacha—. Un día me vi en una mansión, rodeada de lujos y atenciones. Me dijo que mis padres habían muerto en un accidente, que él estaba entre sus mejores amigos y me protegería como a una hija; yo también andaba en el auto y me había salvado de milagro. Me hizo ir a varias clínicas para seguir tratamientos. Yo pensaba que era un buen hombre. Comenzó a presentarme a estrellas de cine en fiestas y no permitía que saliera de esa gran casa en las afueras de Los Ángeles. Me daban unas píldoras para los nervios que me hicieron perder todo tipo de voluntad para hacer cosas. Me llevó a Hollywood, pero a mí no me gustó el ambiente. Después me invitó a Nueva York, y allí un día me declaró su amor pasional. Yo intenté resistirme, pero él me sedujo. Iba a ser peor, me dijo, de todos modos me forzaría o me golpearía, así que me dejé llevar —dijo, con voz quebrada, y luego sollozó.

—Poco a poco te irás recuperando, irás superando el trauma, te lo aseguro —le dijo su padre—. Ahora debemos salir del embrollo donde nos hemos metido, nos andarán buscando en este momento. Disponen de alta tecnología. Estamos tan cerca de ellos que esto quizá les haga sospechar menos. Estarán buscándonos por los barrios. Tuvimos que dejar la camioneta abandonada en el camino. Fue una colisión violenta.

En ese momento Juan Pablo salió al patiecito y los acompañó. Nikolás se dirigió a él.

—Alicia debe estar hecha un manojo de nervios —dijo Juan Pablo.

—Quién es Alicia —inquirió Sara.

—Una actriz amiga, recién ganada para la causa. Ahora debe estar con Fernando Saturno.

—Creo que yo la conozco. La he visto un par de veces en el club —dijo Sara.

—Debemos asegurarnos de que esté bien. Luego en la tarde tenemos reuniones con los grupos de Chacao, Catia, Petare y El Marqués.

El teléfono de Nicolás repicó. Era Alicia Montalbán, que no podía deshacerse de Saturno, aunque éste no sospechaba que ella les había administrado las pistas al grupo. Con todo el lío del secuestro de Sara- Angélica, se quedó sola en el departamento de Fernando Saturno con el fin de buscar información; hurgó en infinidad de cajas, algún disquete con un rótulo; encendió la computadora de Fernando para buscar en el disco duro algún archivo que le revelara cifras de negociaciones, y dio con uno. Lo grabó en un disquete. Esperaba entregarlo a Nicolás lo más pronto posible. Para eso le llamaba. Nicolás salió y tomó un taxi hasta la plaza de Chacao, donde Alicia lo aguardaba.

—Ahora debo ir a casa de mi madre —le dijo, luego de entregarle el disquete—. El ambiente está demasiado tenso. ¿Cómo está Sara? Leconte le dice la niña Angélica. ¿Cómo ha reaccionado?

—Bien, bien. Ponte en contacto y cuídate. Esta tarde es la reunión con los grupos de Catia, Petare y El Marqués. Ahí estarán esperándonos los Comités de Fuerza, el director de *Prensa Libre*, Nicomedes Maya, y otros periodistas. Mañana tendremos otra en Catia con los amigos de Juan Pablo y luego pasado mañana otra aquí en el barrio Díaz Rodríguez, para informarles de lo mismo. Con la información que yo tengo y esta que me estás entregando, creo que podemos acusarlos.

—Veo que están organizados. Ahora debo irme —dijo Alicia—. Y buena suerte. Yo tendré que seguir en la farsa, para que este tipo no sospeche.

—Estás muy linda, Alicia, luces mejor que nunca —sorprendió Nicolás a Alicia con aquella frase. Alicia se le acercó y le dio un beso en los labios y Nicolás lo sintió en todo el cuerpo. La miró ilusionado cuando se metió en el taxi. Estaba celoso porque la mujer que realmente le gustaba estaba haciendo de carnada en aquella operación con aquel gobernador corrupto; no podía ni quería imaginarla haciendo el amor con aquel sátrapa sólo para obtener información. Se sentía mal por ello, descompuesto. Se devolvió al búnker a leer el contenido del disquete, y al llegar encontró a su hija Sara y a Juan Pablo embelesados,

mirándose. Estaban absolutamente alelados, sumidos el uno en el otro. Juan Pablo trató de disimular en cuanto vio a Nicolás. “Algo está pasando”, pensó. “El amor está planeando sobre los techos de esta casa. De paso me ha agarrado a mí.”

Introdujo el disquete en la unidad de PC y comenzó a leer el contenido. Ahí estaba todo: nombres, fechas, transacciones, cifras. Alicia sabía manejar el aparato, utilizando el comando de pegar los archivos, todos los que pudo, en un verdadero trabajo de edición. Las transacciones millonarias de Domingo Monasterios y los depósitos bancarios por venta de estupefacientes; las movilizaciones de millardos a la industria cinematográfica de la pornografía, donde Ingrid Valenzuela y Josefina Montero eran accionistas principales. Ahí estaba el negocio de la clonación para manipular gerentes que obedecieran sin chistar las líneas impuestas por la Corporación Enolc para la fabricación de Robots Industriales Independientes, los cuales redundarían en una eficiencia matemática a la empresa. Luego, la fábrica de Alucinaciones de Placer que era el negocio en ciernes, con el cual se producía la fama, la gloria y el dinero virtuales, los cuales darían la sensación de poseer el tiempo o de alcanzar la inmortalidad; como en la época remota de los antiguos reyes chinos y faraones egipcios. La computadora, a través de efectos especiales, revelaba grandes reinos, espacios infinitamente lujosos donde no era posible morir, todo era susceptible de ser dilatado con la droga y los efectos, con la compra de sexo diverso, con experiencias sexuales múltiples. Todo ello coronado con la venta de experiencias, uno de los efectos más costosos. Para entonces, el planeta tenía unos ocho millardos de habitantes y sus perspectivas de vida, merced a la tecnología, se habrían aumentado con sustitutos de células cerebrales, trasplantes de ovarios y testículos, implantes de ductos de esperma e incluso de penes; la clonación de nervios y células sanguíneas. Las computadoras avanzadas —que nunca habían sido manejadas por Nicolás ni por su grupo— tenían ya cerebros artificiales que podían producir textos como los creados por humanos. La inteligencia artificial ya era un hecho, pero los amigos del grupo de Vanguardia Ética se negaban a reconocerlo.

En cuanto al Credicidio o muerte de las creencias, éste había sufrido transformaciones centrales en el campo de la astronomía, cuando los observadores del espacio descubrieron en los confines de las galaxias una energía que actuaba en forma opuesta a la fuerza de la gra-

vedad, sellando los agujeros dejados por la permanente expansión del universo; esa expansión va haciendo grietas y líneas que alguien o algo va halando desde el otro lado, para rellenarlo con una forma de energía. Uno de los científicos descubridores del hecho anunció un nombre para estas ondulaciones energéticas: Telón de Radiaciones Cósmicas o TRC, una especie de constante cosmológica que va cerrando los espacios vacíos dejados por el Universo en expansión. Las autoridades eclesiásticas se aventuraron a llamar Dios a esta energía, y pidieron a los científicos que intentaran fotografíarla. Así lo hicieron, a través de enormes telescopios asentados en globos estratosféricos, y al revelar la imagen y observarla en el microscopio vieron una especie de piel compuesta de varias nubes tupidas y tramadas a la manera de burbujas. Pero el asunto fue más allá: estaba en descubrir a qué momento de la historia pertenecía la foto, es decir, cuál era su tiempo, pues lo que captamos de los cuerpos siderales es la vaga luz que estos nos envían desde miles de años, es decir, de un pasado remoto al que nadie podrá alcanzar, un punto donde la memoria y el porvenir se juntan. Y sólo Dios, dicen los sacerdotes, es capaz de producir semejante milagro, lograr la anulación del tiempo en el espacio cósmico, para que comprendamos la eternidad. Nosotros sólo vemos una minucia de algo que está en el pasado y se mueve hacia el futuro a una velocidad vertiginosa, posible gracias a esa energía, a ese telón de radiaciones. De cualquier modo, el TRC es ahora muy bien visto por los escépticos, los científicos y hasta por los políticos, que han hecho todo lo posible para acercarse a las viejas tradiciones religiosas, especialmente a la cristiana y la budista, con el fin de impedir el Credicidio, y eso representa ya una esperanza.

Por otra parte, era posible que los policías que integraban las Brigadas Contra el Vicio no fuesen otra cosa que Robots Industriales, clones que buscaban cualquier expresión de ocio crítico, filosofía o pensamiento, duda o incertidumbre para extirparlas, para triturarlas sin que pudiesen germinar en otra parte.

En ese mismo año del 2030 se estaban produciendo ya los primeros contactos reales con seres extraterrestres, y floreciendo la bioingeniería y la minería espacial; en el 2040 el control de la gravedad y la transmutación serían hechos; en el 2060, la vida artificial y la ingeniería planetaria serían grandes sucesos; en el 2090, el transmisor de materia y un cerebro mundial serían realidades, así como la tan ansiada Inmortalidad, para luego en el 2100 lograr finalmente el encuentro con los extraterrestres,

lo cual cambiaría por completo el porvenir de los seres vivos. De hecho, la exploración del espacio ocuparía la mente de la humanidad para toda la eternidad. Vanguardia Ética apenas estaba aportando una minúscula parte desde Caracas para que los logros futuros no se produjeran sobre la base de un gusto y una concepción únicos del capitalismo de Estado, en un país inmensamente rico y atrasado como Venezuela. Todos ellos velaban para que se tomara en cuenta, más allá de todo deseo material, el legado anímico, poético y órfico de la humanidad.

Los tres sectores de barrios populosos de Catia, Petare y Chacao pudieron ver en sus computadoras personales las cifras y transacciones contenidas en el nuevo disquete, y esta información fue suministrada inmediatamente a *Prensa Libre*, órgano que la difundió con amplitud y lujo de detalles tanto en papel impreso como en la red Internet. Varias cadenas de televisión no manipuladas por Monasterios también se asociaron al hecho, que fue transmitido por la cadena Global TV. También, el juicio seguido a los cuatro mafiosos más grandes del país.

Antes de que pudieran reponerse de la sorpresa y el impacto, fueron ordenados autos de detención para Fernando Saturno, Domingo Monasterios, Alejandro Lameda y Julio Leconte, y para otros contactos en el exterior como Luisa Valenzuela, Josefina Montero y varios directivos de empresas intermediarias transnacionales. El mismo presidente de la República, Tobías Méndez Muñoz, tomó cartas en el asunto y se aseguró de que las afirmaciones divulgadas en *Prensa Libre* y otros medios fueran ciertas. El director del matutino, Nicomedes Maya, y otros periodistas y medios independientes, estaban en peligro; la propia policía de Chacao podía agredirlos donde estuvieran. Las Brigadas Contra el Vicio ya habían allanado barrios de Petare y Catia, pero no podían imaginar que el centro principal de las operaciones estuviese a pocas cuadras de la Jefatura y de la Gobernación.

Las principales megacorporaciones dudaron al principio, y se sintieron víctimas de una confabulación, pero no tuvieron otra opción que aceptar los hechos.

Sara Amarilis fue recuperándose lentamente; Nicolás Kai la llevó a un reputado psiquiatra, quien le encauzó primero en un tratamiento psicoanalítico, apoyado con sedantes y medicinas naturales. El principal problema de Sara era la memoria de las experiencias oscuras; no quería recordar los días transcurridos junto a Julio Leconte. Las primeras sesiones clínicas fueron duras; Sara se echaba a llorar y alcanzaba

la histeria. Poco a poco, a través del análisis de sus sueños, fue tratándose con una terapia adecuada. También debió superar su adicción a los Martinis y al cigarrillo, y recuperar su apetito. Dejó de fumar más pronto de lo esperado; más difícil fue alejarla del alcohol. Cuando su organismo se recuperó por una dieta y los nutrientes básicos surtieron efecto, reaccionó positivamente y alcanzó el descanso nocturno de manera gradual, sin las pesadillas que antes le acechaban.

Durante todo este proceso tuvo a su lado a Nicolás y Juan Pablo. El apoyo de Juan Pablo fue decisivo. Éste no le abandonó nunca en los trances difíciles: aquella solidaridad fue cosechando la cercanía de las pieles y las miradas; Juan Pablo se hundía en los ojos de ella, le apretaba las manos para darle ánimos. Llegó el momento en que ella lucía recuperada del todo; comenzaron a salir, a ir al cine, a los parques y a las piscinas. Nadaban, comían ensaladas y bebían zumos de frutas orgánicas.

Un día se hallaban nadando en la piscina de un club; Sara se veía mejor que nunca, parecía una diosa flotando en un estanque turquesa. Juan Pablo también había recuperado la alegría de vivir y paseaba con ella por el jardín del club, se sentaron en la hierba bajo un árbol, y una suave brisa rozaba sus cuerpos. El día estaba radiante, ofrecido para ellos. Se besaron largamente, se acariciaron y las caricias exigieron el cumplimiento del acto carnal, de la síntesis amatoria, y entonces alquilaron una habitación en el club para fabricarse el Eros, para reinventarse los cuerpos en el nudo perfecto de piernas y brazos y bocas y lenguas que se complementaban con ojos y suspiros y gemidos placenteros en la penetración de él y la recepción jugosa de ella con sus piernas tersas y su vulva que era como una seda cósmica y el falo viril de él como un proyectil estelar que atravesaba el misterio de la noche, y los dos se viajaron, se entretejieron, se confundieron en un cuerpo como nunca antes, el uno quería ser el otro y lloraron de alegría y de éxtasis, cumplidos en aquella palabra, amor, cuyo significado entendieron entonces, pues ya no querían vivir el uno sin el otro, ninguno de los dos podía respirar verdaderamente sin conocer la presencia cercana del amante. Tenían los ojos cubiertos de una niebla cariñosa, sonreían como niños, se podía pensar que no caminaban, sino que flotaban en esa feliz condición enamorada que hace que dos seres mortales se comporten como inmortales.

Embebidos en su goce, fueron a pedir la autorización de Nicolás para contraer matrimonio, y Nicolás les bendijo desde su corazón, casi no cabía en aquel momento dichoso de ver cumplida su esperanza, y él

también se jugó el todo por el todo con su Alicia Montalbán, y se casaron los cuatro el mismo día, en una finca con pájaros y vacas y flores, en una iglesia pequeña.

Juan Pablo buscó a sus amigos de Catia, fue al barrio Gato Negro a invitarlos a su fiesta de matrimonio. Se encontró de nuevo con Vicente Montero y le confesó que lamentaba mucho el caso de su prima Josefina. La familia Montero le anunció que Josefina había logrado irse del país, viajado a Francia y cambiado la profesión de actriz por la de diseñadora de modas, y le iba muy bien.

Karl y Klara Kubin se asociaron con Ana la Leona y montaron un centro de arte y tecnología. Se mudaron al barrio Manuel Díaz Rodríguez de Chacao, hacia el Norte, en una pequeña colina. De vez en cuando dictan cursos en universidades de la ciudad.

Nicolás Kai y Alicia Montalbán no quisieron vender el sótano del búnker en Chacao, pues sentían nostalgia de los viejos tiempos. Colocaron allí una pequeña granja para cultivar legumbres, hortalizas, frutas no contaminadas y un viñedo. Continuaron en su trabajo de impedir la clonación de los seres vivos a través de la Fundación para el Ser Humano. Son invitados permanentes de instituciones mundiales a dictar cursos de verano, y han publicado sendos libros sobre la materia que se venden ampliamente en todos los idiomas. Siguen de presidentes vitalicios de Vanguardia Ética, y no se dejaron amedrentar nunca con progresiones futurólogas apocalípticas.

Juan Pablo Risco no se convirtió en cineasta sino en escritor, cuentista y novelista, y de vez en cuando acepta contratos para escribir guiones de cine de autor y películas *underground*, lo cual le entusiasma, divierte y le produce buenas entradas. Dejó de sufrir de alucinaciones infernales y más bien, antes de conciliar el sueño, le asaltan imágenes celestes y paradisiacas.

Dada la belleza de su esposa Sara Amarilis, temía que ésta quisiera convertirse en actriz. Pero no. Se convirtió en editora y periodista; es jefe de Redacción de *Prensa Libre* y edita libros infantiles. Acaban de tener una hija, Analivia Plurabela, que es un encanto de niña.

Índice

Capítulo uno	11
Capítulo dos	21
Capítulo tres	29
Capítulo cuatro	37
Capítulo cinco	43
Capítulo seis	49
Capítulo siete	61
Capítulo ocho	67
Capítulo nueve	75
Capítulo diez	85
Capítulo once	93
Capítulo doce	99
Capítulo trece	107
Capítulo catorce	113
Capítulo quince	119
Capítulo dieciséis	129
Capítulo diecisiete	137

Capítulo dieciocho	143
Capítulo diecinueve	151
Capítulo veinte	157
Capítulo veintiuno	169
Capítulo veintidós	175
Capítulo veintitrés	183
Capítulo veinticuatro	189

Edición digital
Junio de 2018
Caracas, Venezuela



Averno, novela escrita en clave de anticipación, presenta buena parte de los dilemas tecnológicos, políticos y morales que han marcado al siglo XX y parecen pervivir después: terrorismo ideológico, droga y prostitución en círculos políticos y del espectáculo, clonación humana, alimentación transgénica, contaminación ambiental y, sobre todo, el poder global que grandes corporaciones económicas desean ejercer sobre los individuos, manipulando sus conciencias a través del capitalismo de Estado. A estas fuerzas negativas se enfrentan las de una minoría creadora que con el poder del arte, la literatura, la religión y la ética, intentan soslayar el vacío adonde pretenden conducirlos aquellas.

Gabriel Jiménez Emán (Caracas, 1950) es narrador, poeta, crítico, ensayista, investigador, antologista y traductor. Ha publicado *Los dientes de Raquel* (1973), *Los 1001 cuentos de 1 línea* (1981), *Relatos de otro mundo* (1987), *Una fiesta memorable* (1991), *Tramas imaginarias* (1991) *La gran jaqueca* (2002), *La isla del otro* (1979), *Mercurial* (1994) y *Sueños y guerras del Mariscal* (2001).

Ha incursionado en la poesía con *Narración del doble* (1978), *Materias de sombra* (1983), *Baladas profanas* (1993) y *Proso estos versos* (1998) y en el ensayo con *Diálogos con la página* (1984), *Provincias de la palabra* (1995) y *Espectros del cine* (1998). Con *Averno*, Jiménez Emán ingresa con paso seguro a la tradición novelística de las utopías de ciencia ficción, realizando a la vez una audaz tentativa por insertarse dentro de la *bildungsroman* o novela de formación.

